



EL ALMA DE LA RADIO

· ÁNGELES DOÑATE ·

se

Lectulandia

La vida de una locutora de radio, que responde cartas sentimentales en antena, y las de varios de sus oyentes se entrecruzan en una historia de amor, desamor, malos tratos y soledad situada en la Barcelona de finales del franquismo e inicio de la democracia.

Cuando Aurora se convierte en la nueva voz de Elena Francis se encuentra con una gran responsabilidad. Por un lado, debe impedir que Elisa, una joven de diecisiete que ha anunciado su intención de quitarse la vida, se suicide.

Por otro, llenar la vida de personas solitarias como Germán, quien escucha el consultorio a diario.

Lo que nadie sabe es que Aurora es tan infeliz como muchos de sus oyentes y que acaban de romperle el corazón. Un día se pregunta dónde van a parar las cartas que no llegan a sus manos, y descubre que las queman.

Muchas muestran una realidad fea, llena de violencia doméstica y represión política que los anunciantes no quieren que se asocie al programa. Aurora, indignada, se lleva todas las cartas que puede a su casa para responderlas en sus horas libres. Tras muchos años de vacío emocional, encuentra un sentido a su vida.

Lectulandia

Ángeles Doñate

El alma de la radio

ePub r1.0
Titivillus 02.09.18

Título original: *El alma de la radio*
Ángeles Doñate, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



«Cuando enciendes el transistor, es asombroso todo lo que puedes ver con tus oídos».

ASHLEIGH BRILLIANT

Nota de la autora

Durante gran parte del siglo xx, las ondas de la radio entretejen la vida de muchas personas. En la paz de los hogares, en mitad de las trincheras, en las oficinas, en los transportes públicos... la voz de los locutores ha acompañado a niños, jóvenes, mayores. La música, las noticias, las tertulias, los partidos de fútbol, las entrevistas a famosos y no tan famosos... ayudaban a saber, a divertirse, a enfadarse... a vivir.

Hay programas y profesionales que merecen un capítulo en los libros de Historia y los de microhistoria, esos que escribimos cada uno, día a día. ¿A quién no le acude a la mente una sintonía si piensa por un segundo? ¿Quién no ha visto a su padre o a su madre desesperados por sintonizar el dial para no perderse el final del partido o de una canción?

Esta historia, a pesar de ser explicada con tinta y no con voces, es un homenaje a todos ellos, los que hacían radio y los que la escuchaban... de la mano de Virtudes Leo, una mujer que descubre frente al micrófono y a través de las vidas de sus oyentes la verdadera razón de la suya, el amor y la realidad social y política que en ese momento atraviesa su país. Virtudes y su programa, el *Consultorio de la Señorita Leo*, se inspiran en el *Consultorio de la Señorita Francis*, un programa de radio que, durante décadas, acompañó a muchísimas mujeres españolas. Les aconsejó sobre belleza, problemas del hogar, mal de amores... gracias a la correspondencia que se estableció entre las oyentes y las diferentes profesionales que encarnaron a este personaje que muchísimos creían real. La Señorita Francis era hija de una época que ya pasó pero que muchos aún recuerdan, a veces con nostalgia, a veces con rabia o dolor.

Los personajes de *El alma de la radio* se declaran deudores de la Señorita Francis, pero se reconocen independientes. Su autora declara su admiración por todas las mujeres y hombres que sobrevivieron a aquellos años, muchas veces grises. Y por todos los profesionales que les acompañaron a través de la radio, tratando de dar lo mejor de sí, temporada a temporada.

«Por eso digo adiós»

Barcelona, 8 de junio 1977

Querida Señorita Leo,

Me llamo Elisa y es la primera vez que escribo una carta.

¡Ojalá no hubiera tenido que hacerlo nunca!

Se la envió a usted, pero en realidad va dirigida a mis padres. A ellos no tengo el valor de mandársela. Espero que puedan perdonarme algún día por lo que estoy a punto de hacer.

Estoy cansada y solo tengo diecisiete años. Pero es que cada día he vivido por dos y lo que es peor... sé que así será el resto de mi vida.

¿Se imagina usted lo que es eso?

Mis padres tuvieron gemelos, pero mi hermano murió con cinco años. Había nacido muy débil, con problemas de corazón.

Desde entonces, me convertí en la superviviente. No soy más que eso.

Haga lo que haga, él siempre está presente. Por muchos años que pasen, hay personas muertas que ocupan más espacio y hacen más ruido que las vivas. Cuando me miran, no pueden evitar pensar en él y reviven el dolor de su ausencia. Marco es la sombra pegada a mis talones y yo soy la sal que cae en la herida abierta de mis padres, que no les deja cicatrizarla.

Cada oportunidad que pierdo la pierdo para mí, pero también para él. Si desaprovecho una habilidad, la desaprovecho también para él. Cada sueño que no cumplo, cada error que cometo, cada...

Y lo peor de todo es que yo también echo de menos a Marcos. A veces creo que me estoy volviendo loca. Siento que lo voy a traicionar, porque yo tuve la suerte de quedarme con la vida, la de los dos.

Preferiría no haber llegado hasta aquí.

Necesito descansar, señorita Leo, espero que pueda entenderme.

Todo pesa mucho para mí.

Quiero descansar, papá y mamá.

No llores por mí.

Por eso digo adiós y os pido perdón.

Elisa

Germán cerró los ojos.

Tumbado en su cama, trató de imaginar a la chica mientras escribía aquella carta tan triste. ¿Habría cumplido su amenaza? Tal vez, mientras él escuchaba sus palabras por la radio, Elisa ya no existía, como una estrella lejana que vemos, pero ya se ha extinguido.

La voz de la locutora lo había transportado a una pequeña habitación con las paredes de color celeste. Por algún motivo la imaginaba así. Allí, una chica de diecisiete años con mirada de cincuenta se inclinaba sobre una hoja de cuadritos, aferrada a su pluma con el mismo desespero que un náufrago se agarra a lo que queda de su barca.

Desde su oscuro cuarto en la pensión, Germán podía incluso ver las palabras de tinta emborronadas por las lágrimas.

Unos golpes en la puerta le sobresaltaron.

—Abra inmediatamente —dijo una voz chillona al otro lado—. ¿Cómo se lo tengo que decir? No es la primera vez que se duerme con el pitillo en la mano... ¡Un día se quemará vivo! Y de paso a todos nosotros.

Germán contuvo la respiración y trató de no mover un solo músculo de su cuerpo. Había visto en los documentales que algunos animales del Amazonas, para escapar de sus depredadores, se pasaban horas en la misma postura. Si podía hacerlo un bicho cualquiera... ¿por qué no lo iba a conseguir él, un representante de la especie superior?

—No me tome por tonta, señor Gómez. Sé que está usted ahí —insistió la mujer—. ¿No me quiere abrir la puerta? ¡Pues abra el cajón de la mesita!

El solitario viajante siguió sin moverse.

No le hacía falta obedecer la orden para saber qué encontraría ahí dentro: una biblia de bolsillo y un papel plastificado que contenía los *Diez Mandamientos de la pensión La Perla*.

El quinto era: «No fumarás dentro del cuarto».

Germán abrió los ojos solo para confirmar que el humo del último cigarro enturbiaba aún la habitación. Sonrió con satisfacción. Desafiar a doña Concepción y a su régimen tiránico en aquel piso de huéspedes de la Barceloneta le provocaba cierto placer.

Al otro lado de la madera, oyó la respiración entrecortada de su patrona.

Se la imaginó olisqueando su puerta como un perro sabueso.

—Un día tendremos un disgusto —murmuró la mujer mientras se alejaba cojeando por el pasillo—. Y todo será rechinar de dientes y lamentaciones...

Solo entonces Germán se atrevió a revolverse en su cama, dando la espalda a aquella voz agria. Luego se puso en pie.

Se dio cuenta de que, al colgar el traje en el armario, se había quedado abierto. El espejo interior le devolvía ahora su propia imagen: un varón de treinta y muchos, alto para los de su generación, hombros anchos y una promesa de tripa a corto plazo.

Un hombre sin mujer y sin hijos, pero con siete maletas descansando a sus pies.

«Poseo un reino de lencería, encajes, sedas y ropa íntima femenina», solía decir cuando pedía cama en las pensiones y hostales.

De más joven, cada semana había buscado clientes en una ciudad distinta. Y, por las noches, los compañeros de bar eran todos nuevos.

En aquellos primeros años solo era fiel a Chérie, aunque supiera que su relación se sustentaba en una mentira. La marca que representaba en exclusiva para el litoral mediterráneo presumía de ser «made in France». Así lo explicaba él en las pequeñas mercerías que visitaba a lomos de su Seat 1400.

—Estos sujetadores vienen de París, como los niños. Solo que a ellos los traen las cigüeñas y a esta maravilla de satén la traigo yo —repetía una y otra vez para embaucarlas.

Los primeros años, de tanto decirlo, casi llegó a creérselo, aunque los viajes a primeros de mes a la fábrica de Mataró le devolvían a la realidad.

Aquello le había resultado divertido hasta que dejó de serlo.

Quince años después, ya tenía sus puntos de venta fijos y a las dependientas les daba igual de donde venían los productos. Eran vistosos, salían bien de precio y a las clientas les gustaban, tres motivos suficientes para hacer pedidos generosos. Sus primeros compañeros de barra, viajantes como él, se acabaron casando y fueron sustituidos por otros con menos arrugas y una conversación que le sonaba a repetida.

Hacía tiempo que Germán prefería pasar las noches con su vaso de whisky Dyc en el cuarto, a solas con *la voz* y las historias que narraba su única posesión de valor: la radio.

Sintonizaba el dial con pericia y, mientras aguardaba el sueño, descubría vida y milagros de otros oyentes a través de sus cartas al consultorio radiofónico. Lo había descubierto por casualidad y, al principio, el morbo y el aburrimiento le llevaron a engancharse. Sin embargo, ni uno ni otro tenían ya importancia.

Era con *ella*, fuera quien fuera, con quien se citaba cada noche.

Con la presentadora del programa. O mejor dicho, con su voz, dulce pero con un punto seco que impedía que se hiciera empalagosa.

«Tienes una voz vivida», suspiró mientras se encendía el último cigarrillo de la jornada.

Mil y una noches había tratado de imaginarse cómo sería su amiga y cada vez el resultado era distinto.

«Ya no eres una treintañera, eso está claro», pensó.

Sin saber muy bien por qué, se la imaginaba con una melena castaña, no muy alta, y con una talla noventa de sujetador.

En su fantasía, la voz de la señorita Leo vivía en el centro de Barcelona. Había enviudado prematuramente y tenía dos hijos que iban a la escuela, tal vez a la Salle Condal, como su padre. Aunque era mujer, tenía que trabajar para llevar el pan a la mesa.

—Hoy te quiero así —le habló a la radio, exhalando círculos de humo.

Justo en ese momento, *la voz* repitió el nombre de Elisa, que desplazó a la locutora en los pensamientos de Germán.

—No lo hagas, chiquilla, no lo hagas... Espera un poco. ¿No sabes que en menos de veinticuatro horas todo puede cambiar? Aguanta, Elisa, te lo ruego. Solo unos días. ¡Espera! No tienes nada que perder. —Fueron las últimas palabras que el viajante lanzó a la noche anónima antes de quedarse dormido, sin saber si aquella chica aún podía escucharle.

Vientos de libertad

Sole subió el volumen del aparato de radio.

Estaba fregando los platos de la cena y la voz de la locutora era su única compañía. Le había impresionado la carta de aquella chica porque tenía la misma edad que su hijo Toño, el mayor. Necesitaba oír qué le contestaban desde El consultorio de la Señorita Leo. ¡Era tan triste lo que contaba!

Querida Elisa,

Tu carta me ha conmovido profundamente.

Haces muy bien en pedir ayuda, porque hay momentos de la vida en los que nuestras fuerzas no alcanzan y necesitamos otros apoyos.

Entiendo lo que dices sobre tu fatiga vital, porque el cansancio no es algo exclusivo de los adultos. También los niños y los adolescentes se sienten abrumados a veces ante las exigencias de la vida, como es tu caso ahora.

Tus padres y tú misma habéis tenido que pasar una prueba muy dura desde la muerte de tu hermano gemelo. Su pérdida es una ausencia que siempre llevaréis con vosotros, pero no por eso debes negarte el permiso de ser feliz.

Por favor, Elisa, no te precipites. Tendrás tiempo de descansar de aquí a setenta años o más, cuando hayas vivido todo lo que tienes que vivir, que es mucho.

Puede que ahora mismo no veas la luz fuera del pozo, pero te aseguro que esa luz existe. Hasta ahora solo has conocido la tristeza y la desesperación, pero fuera te esperan nuevas experiencias, un futuro profesional para realizarte y también el amor, sí, un chico que te va a dar todo el cariño que necesitas y te ayudará a cerrar las heridas.

No abandones la lucha, Elisa, no dejes de caminar hacia delante. No es el momento de decir adiós. Es tu hora de vivir.

*Con mucho cariño,
Virtudes Leo*

Sole no había perdido ningún hijo. Tenía cuatro tesoros que le daban algunos disgustos y muchas alegrías. Su segundo hijo se llamaba Ramón, y tenía trece años. El tercero, Miguel, acababa de cumplir diez y Esteban, el más pequeño, tenía siete y

fue un último intento de conseguir la niña.

Después, por fin, su marido se cansó de buscarla.

No paraba de dar gracias a Dios por ellos. Si no los hubiera tenido, quizás ya no estaría un martes por la noche allí.

«Como Elisa, yo también estoy muy cansada. Pero mis cuatro mosqueteros son suficiente motivo para seguir al pie del cañón», se dijo mientras untaba mantequilla en los bocadillos que se llevarían al colegio al día siguiente.

Sole tenía cuatro rosas y una sola espina clavada en el corazón, pero tan grande que había conseguido desangrarla.

Hacía veinte años que estaba casada con Antonio. No había conocido a ningún otro hombre. Con solo dieciséis años ya eran novios.

Se habían conocido en el taller donde los dos trabajaban: ella era aprendiz de costurera y él, chico de los recados. Su madre le dijo que podía aspirar a más. Pero a ella su pelo negro engominado y sus andares de *dandy* la deslumbraron. Tras dos años y algunos meses de noviazgo, él le pidió que se casaran. Eran las fiestas de su barrio, Gracia. Estaban bailando en la plaza, cuando él pidió a la orquesta que le dejaran subir al escenario.

—Soledad, ¿quieres compartir conmigo todos los bailes de tu vida?

Tantos años después aún recordaba perfectamente el momento en que firmó su sentencia con una sola palabra: «Sí».

Se casaron cuando ella tenía diecinueve años y, al principio, como en las novelas, todo fue de color de rosa. Su marido le pidió que dejara de trabajar para otros y que lo hiciera solo para la familia que formarían juntos.

Ella lo hizo con gusto, porque eso mismo había hecho su madre antes. El primer hijo fue muy bien recibido. En el segundo embarazo fue cuando todo se empezó a complicar. Su marido quería a toda costa que fuera una niña, pero no estaba en su mano complacerlo.

A Antonio se le agrió el carácter. Empezó a beber. El nacimiento del tercer varón empeoró aún más las cosas. Empezó a culparla de todo lo malo que le sucedía: si se le averiaba el coche o su equipo de fútbol no ganaba el partido. Perdió su trabajo en el taller debido a sus ausencias injustificadas y Sole creyó que ese sería su fin. Le faltaba al respeto constantemente y, aunque aún no le había dado una paliza, varias veces se había llevado un cachete.

Entonces se quedó embarazada del cuarto y un vecino, que se apiadó de ella, le ofreció a su marido un trabajo de guardián de noche en una fábrica.

Para ella y sus hijos, supuso un respiro.

Solo coincidían con él los domingos. El resto de días, apenas se cruzaban.

La calma que reinaba en su hogar era de cartón piedra, pero Sole hacía tiempo que se conformaba con muy poco.

—Mamá, ¿puedo escuchar un rato la radio contigo? —dijo su hijo mayor, asomándose por la puerta.

Ella sonrió. Toño era tan guapo como su padre lo había sido de joven. Tenía el mismo pelo negro, pero no se le parecía nada en el carácter: era muy cariñoso.

—¿Y los pequeños?

—¡Ya duermen!

Sole asintió y su hijo se coló en la cocina.

—¿Quieres un vaso de leche caliente con cacao? —le ofreció.

Cinco minutos después, los dos mojaban galletas, sentados frente a frente. En riguroso silencio, escuchaban la canción que en ese momento sonaba en la emisora:

Dicen los viejos que en este país hubo una guerra y hay dos Españas que guardan aún, el rencor de viejas deudas. Dicen los viejos que este país necesita palo largo y mano dura para evitar lo peor...

Sole miró a su hijo que, en ese momento, parecía a punto de consultarle algo. El chico dudó y ella le sonrió para animarlo.

Toño preguntó casi en un susurro:

—¿Tú te acuerdas de la guerra?

La pilló desprevenida. En casa jamás hablaban de política: ella y su marido nunca habían querido meterse en líos. Sin duda, el ambiente de las últimas semanas había hecho mella en su hijo.

—Yo era muy pequeña, Toño —suspiró—. Nací en plena guerra, así que no tengo recuerdos... Los abuelos son los que se acuerdan, pero no les gustará que les preguntes. ¿Sabes? Hay cosas que es mejor no tocar.

Le pareció que su hijo la miraba de lejos.

En la radio, el grupo Jarcha seguía cantando:

Pero yo solo he visto gente que sufre y calla, dolor y miedo. Gente que solo desea su pan, su hembra y la fiesta en paz.

Libertad, libertad sin ira, libertad. Guárdate tu miedo y tu ira porque hay libertad sin ira, libertad, y si no la hay, sin duda la habrá.

«Ojalá fuera posible eso: libertad sin ira» se dijo Sole mientras se secaba los labios con su servilleta.

—Así que nunca has votado en unas elecciones —murmuró su hijo.

—No, cariño. Las últimas se celebraron hace cuarenta y un años... ¡y yo solo tengo cuarenta, aunque a ti te parezca mucho más vieja! —respondió tratando de hacerle sonreír.

—¡Me da tanta rabia no tener veintiún años! No podré votar.

Lo miró y le pareció que se había hecho mayor de golpe.

«Vivimos tiempos extraños que nos hacen madurar a todos», se dijo.

Sole había crecido tranquila. Tras las dificultades de la posguerra, de la que ella

apenas se acordaba, los mayores de su familia la habían cubierto con un manto de silencio y desmemoria que había sido muy útil a todos para sobrevivir durante la dictadura.

Con orden, seguridad, algo de pan y trabajo, los gobernantes habían comprado los recuerdos de sus padres y tíos, pero también los de muchos de sus vecinos y conocidos.

Cuando llegó a la edad de tener su propia opinión, el amor le evitó verse en la obligación de expresarla. Antonio sabía de todo y mucho más que ella. Él se encargó de explicarle cómo eran las cosas y la descargó de cualquier responsabilidad más allá de lo que pasaba entre las cuatro paredes de su casa. Con el tiempo, sus propios problemas le impidieron prestar atención a lo que sucedía en las calles o en las casas de otros.

Y así se le habían pasado los años hasta que el veinte de noviembre todo se había precipitado: el dictador Francisco Franco había muerto. Las fichas del dominó cayeron y, finalmente, el veinticuatro de mayo, el presidente interino Adolfo Suárez había convocado elecciones.

Por primera vez en su vida, tenía que tomar una decisión «política» y eso le generaba desasosiego.

—¿Tú ya has pensado a quién votarás, mamá? —le preguntó Toño, clavándole una mirada intrigada.

—Yo de esas cosas no entiendo y le preguntaré a tu padre...

—¡Mamá! No pongas excusas. Cada persona, un voto —dijo vehemente su hijo—. ¿Quién te gusta más?

Ella se encogió de hombros. Se levantó y le dio la espalda a su hijo mientras trasteaba. No quería que la viera dudar.

En los últimos días, los diferentes candidatos se habían dedicado a hacer campaña y, quisieras o no, se metían en tu vida.

Recordó con emoción la mañana que toda su calle apareció llena de carteles. Eran las ocho y tenía que acompañar a los pequeños al colegio. Frente a su portal, sonreía el presidente en funciones, bajo el lema «Los hombres que hacen posible la democracia».

La hija veinteañera de una de sus vecinas salía en ese momento por la puerta y le espetó:

—Ya dice bien el tío, «los hombres de la democracia». ¡En su lista van treinta y dos candidatos y una candidata! Ya le vale.

A ella le inspiraba confianza aquel hombre. No lo había hecho tan mal hasta ese momento. Además, los cambios repentinos no le gustaban. «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», solía decir su madre. Y a ella le parecía que tenía mucha razón.

—Es difícil elegir... —dijo acordándose de otro candidato, aquel chico joven y guapo que se presentaba por el PSOE.

Era bastante moderado y, cuando hablaba, encandilaba a los ángeles. «La libertad está en tu mano», proclamaba.

—Eso es cierto. ¿Sabes cuántos candidatos se han presentado a las elecciones? — le preguntó entusiasmado su hijo, y sin esperar respuesta añadió—: ¡Más de 5300!

—¡Dónde iremos a parar!

—Y el congreso solo tiene 350 diputados... Sole miró a su hijo sorprendida.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

Toño, feliz, respondió:

—Nos lo ha explicado en clase el profesor de Historia. Y también nos ha dicho que pueden votar más de veintitrés millones de españoles.

Sole sintió una punzada de orgullo. Ese chico aplicado era su hijo. Sería el primer Martínez que llegaría a la Universidad. ¿Se licenciaría como abogado? ¿Maestro?

La voz del locutor, que en ese momento hablaba del Partido Comunista, captó su atención. Estaban escuchando un programa especial con motivo de las elecciones.

Miró a su hijo y vio como asentía con la cabeza. Aquello, a ella, no le había dado buena espina. Una cosa era Felipe González, con su sonrisa y su suave acento andaluz, o incluso Tierno Galván, que se presentaba por el Partido Socialista Popular y que tenía pinta de profesor ecuánime, y otra muy diferente aquel Carrillo, del que se contaban muchas historias feas.

¿Sería el profesor de Historia de su hijo uno de aquellos maestros republicanos represaliados que les llenaban la cabeza de pájaros?

—Esta fiesta es nuestra. Es a nosotros a quienes nos preguntan. Abrimos nuestras líneas para que opinen todos aquellos que nos escuchan en esta última noche antes de las votaciones. Este es un momento histórico y queremos saber cómo lo viven los ciudadanos —dijo una voz exaltada a través de las ondas.

De fondo empezó a sonar una canción que Sole reconoció inmediatamente. ¡No habían parado de pasarla por la radio en las últimas semanas!

Habla, pueblo, habla. Tuyo es el mañana. Habla y no permitas que roben tu palabra. Habla, pueblo, habla. Habla sin temor, no dejes que nadie apague tu voz. Habla, pueblo, habla. Este es el momento, no escuches a quien diga que guardes silencio. Habla, pueblo, habla. Habla, pueblo, sí. No dejes que nadie decida por ti.

Se oyó el timbre de un teléfono y el locutor dio paso a una primera llamada.

—Trabajador, ¡el partido comunista es tu partido! Amas de casa, obreros, campesinos, jóvenes...

—Disculpe, este espacio no es un espacio electoral. Estamos en jornada de reflexión y no se pueden expresar opiniones políticas —dijo el locutor.

Sin inmutarse, el otro continuó:

—No permitáis que os digan lo contrario: votar comunista es votar democracia.

Votar porque todos seamos iguales, porque podamos ir por la calle sin mirar quién nos sigue, porque...

La sintonía del programa interrumpió el improvisado discurso, para dar paso a otra llamada.

—Buenas noches, ¿con quién hablamos?

—Me llamo Roberto Romanones de Ruiz. Nacido en 1920 en una aldea de Ourense de la que nadie ha oído hablar.

—Buenas noches, don Roberto. ¿Quiere compartir con nosotros cómo vive estas horas?

—Con miedo, muchísimo miedo. Esto es el fin.

—¿Perdone?

—¿No los ha oído? ¡Vienen pidiendo venganza! Traen el caos. ¡Suárez ha sido un blando al legalizar a los comunistas!

Sole recordó entonces como, unos meses atrás, Santiago Carrillo había entrado a escondidas en España. Provocó su detención y, al hacerlo, el presidente Suárez se había visto obligado a tomar una decisión sobre la legalización del partido.

Se espantó al imaginar lo que podía ocurrir cualquier día en cualquier calle. En las ondas, alguien tenía el mismo sentimiento que ella.

—Don Roberto, cálmese.

—Hicimos una guerra... ¿para esto? Los echamos una vez. ¿Tendremos que derramar otra vez sangre para...?

Un nuevo corte sorprendió a los oyentes. Esta vez, un anuncio de champán acabó con el oyente de ánimos caldeados:

«Negro como la noche, oro como el fuego. Cordón negro».

La verbena de San Juan estaba a las puertas. Y ni las primeras elecciones ni todos los políticos del mundo impedirían que ella, Sole de Martínez, preparara su famosa coca un año más. Así se lo prometió a Toño antes de enviarlo a dormir.

«Mi primera coca democrática» se dijo mientras cerraba la luz y la puerta de su cocina con una sonrisa.

El primer paso

Aquel era un miércoles muy poco miércoles, pensó Aurora mirando por la ventanilla del autobús. «Tiene aspecto de domingo», murmuró para sí.

Se había sentado, como cada día, en el asiento de la última fila, cerca de la ventana. Desde su casa en San Gervasio al trabajo, en la calle Caspe, tenía más de media hora de trayecto y estaba decidida a aprovecharla bien. En aquel rincón conseguía volverse invisible y concentrarse en sus papeles... O al menos, lo había conseguido todos los días hasta ese.

Habitualmente, entraba en la emisora sobre las cinco de la tarde y salía a las doce de la noche. Sin embargo, aquel día todo era diferente. Incluso su horario.

Eran las once de la mañana y la calle Balmes, pasada la plaza Molina, estaba completamente atascada. Los coches y motos se movían lentos, como si fueran en procesión. «Pero una procesión muy alegre», se dijo al oír las bocinas y las canciones que escapaban por las ventanillas bajadas.

Al llegar a la altura de la Avenida Diagonal, el autobús se detuvo en seco. Cientos de personas habían cortado la principal arteria de la ciudad. Chicos jóvenes se fundían en abrazos con ancianos desconocidos, amas de casa con profesores de universidad y obreros con artistas, mientras cantaban felices.

Aurora suspiró, apartó la vista de la calle y se concentró en el sobre que tenía entre las manos. Era una de las misivas que los psicólogos habían seleccionado para el programa de ese día y que ella esperaba que no hubieran echado en falta, porque no era bueno que esas historias andaran viajando por la ciudad. Se sintió algo culpable, pero pronto algo llamó su atención haciendo que lo olvidara. Llevaba dibujado el marco rojo y azul de las cartas que viajaban en avión.

Miró los sellos. Unas coronas y la palabra *Sverige* no dejaban lugar a dudas: venía de Suecia. Con delicadeza, los recortó con los dedos.

«Seguro que estos no los tiene Nicolás», sonrió al pensar lo contento que se pondría su hermano cuando se los llevara el domingo.

Abrió el sobre y, como siempre le ocurría, se perdió entre unas cuantas líneas torcidas que alguien había escrito con pulso nervioso.

Querida señorita Leo,

Me llamo Manolo Carretero Ruiz.

Al acabar la guerra, y por razones que no vienen al caso explicar, abandoné España. Dejé atrás dos sobrinos huérfanos, hijos de mi hermana

Catalina.

Animado por los cambios que vive nuestro país, me dirijo a usted. Me han hablado de su programa los familiares de otros emigrantes. Me han contado que usted trata de ayudar, dar consejo... no sé si puede ayudarme a mí, pero no me quedan muchas otras opciones. Quisiera saber de mis sobrinos. Las cosas me han ido bien aquí, en Estocolmo. He juntado algo de dinero. Aunque tuve algunas mujeres, no he llegado a formar mi propia familia.

Me hago mayor y quisiera contactar con ellos para darles lo que les corresponde. En su día, quedaron en el hospicio de un convento de Badajoz. Contacto con usted para que me ayude a encontrarlos...

Aurora levantó la vista de aquel pedazo de vida. El autobús había dado un frenazo. El chófer, contagiado de los nervios generales, conducía peor que nunca.

Miró a través de la ventanilla y vio un montón de gente haciendo cola frente a uno de los colegios electorales que ese día salpicaban el mapa de la ciudad. Algunos aguardaban muy serios. Se habían vestido para la ocasión y parecían sacados de algún retrato de boda. Otros, en cambio, reían y saltaban. Sus caras mostraban los estragos de una noche sin dormir.

«Cierto, Manolo, nuestro país vive cambios. Pero ¿serán definitivos?», se preguntó Aurora mientras imaginaba como todos aquellos ciudadanos, en cuestión de minutos, estarían introduciendo una papeleta en una urna. «La mayoría de ellos, por primera vez. Quizás se hagan una foto para enseñársela a sus hijos cuando los tengan», se dijo emocionada.

En ese momento, pensó en sus padres y en cómo les hubiera gustado haber vivido ese día. Desde que se había levantado a las siete de la mañana no dejaba de acordarse de ellos.

Por eso mismo, a las nueve había sido de las primeras en bajar al colegio electoral. Dentro de su bolso, junto al sobre con su voto, había colocado una foto que conservaba de los dos juntos. Era su favorita: se les veía mayores, de la mano y sonriéndose el uno al otro.

«Así ellos también han vuelto a votar hoy», le había explicado muy seria a Paquito. Este la había mirado con sus ojos inexpresivos y redondos antes de empezar a repetir como de costumbre:

—¡Hola, Caracola!

Una vez más, había confirmado que su loro era muy poco sensible a los momentos históricos.

Dos minutos después, estaba inmersa en otra misiva, totalmente diferente.

No sé qué hacer, Señorita Leo.

Él es un hombre casado y yo soy una mujer decente. Hace más de diez años que soy su secretaria y, hasta ahora, jamás se me había insinuado.

Hace cosa de tres o cuatro meses, empezó a hacerme regalos. Al principio, eran tonterías, pequeños detalles. Un lunes, tenía una rosa en mi mesa. En otra ocasión, que viajó a Suiza por negocios, me trajo una caja de bombones. ¡Es que el chocolate es mi perdición! Incluso me ha invitado un par de días a comer, con la excusa de que teníamos mucho trabajo. Y aunque no pasó nada, ¿por qué tuvimos que comer en un reservado?

Eso debería haberme hecho sospechar, pero como en tantos años no había pasado nada...

Hace un par de semanas, ¡la cosa cambió! Con la excusa de hacer unos balances, me hizo quedar hasta muy tarde en el despacho. Estábamos los dos solos. Mientras yo repasaba unas cuentas, él se situó a mi lado y, como quien no quiere la cosa, puso su mano en mi cintura.

¿Y qué cree que pasó? Nada. Ni él ni yo hicimos ningún gesto.

De ahí no pasó, pero desde entonces, noto su mirada sobre mí. Y, las mujeres, señorita Leo, entendemos muy bien las miradas y su significado.

Aurora suspiró. Llevaba más de diez años en el programa. ¿Cuántas cartas como esa habría leído ya?

«Secretarias solteras, jefes casados... ¡se repite más que el ajo!», se dijo un poco enfadada.

Aquellas historias no le gustaban: no solían acabar bien y, por muchos consejos que la señorita Leo les diera a aquellas chicas, se temía, pocas veces los seguían. Consejos que, muchas veces, se dictaban con un ojo puesto en la censura, que tenían un olor a rancio y naftalina, pero otras veces eran puro sentido común.

La mayoría de cartas que leía en el aire eran de amor y desamor, de primeros recuerdos y de últimos, de infidelidades y lealtades más allá de la tumba. De novias celosas que se desesperaban por no recibir cartas de sus novios que estaban en la mili, de muchachas soñadoras que hablaban sobre príncipes azules o de chicos tímidos que no se atrevían a declararse a sus vecinas o a las hermanas pequeñas de sus mejores amigos.

Al principio, leer alguna de ellas era como echar sal en la vieja herida que cruzaba su corazón. Le parecía descubrir entre líneas a una joven e inexperta Aurora, perdidamente enamorada, y a punto de dar un paso del que se arrepentiría el resto de su vida.

En cambio, las notas de hombres casados con extrañas fantasías, de amas de casa que llevaban una doble vida o de personas que no se atrevían a confesar que les gustaban los de su propio sexo la entretenían.

Algunas veces, la sorprendían historias de madres preocupadas por hijos fuera de control, o de viejos amigos que se buscaban tras años de separación.

«Quién me hubiera dicho, cuando me licencié en Filosofía y Letras, que acabaría haciendo algo así...», se dijo justo cuando el autobús enfilaba la calle Pelayo.

Un montón de furgonetas de la policía habían bloqueado la esquina con las Ramblas. Un silencio sepulcral ocupó el autobús.

El chófer aminoró la marcha y, por radio, consultó a la central qué estaba pasando. La respuesta llegó entrecortada, pero todos pudieron oírla. La extrema derecha había hecho detonar pequeños explosivos. En diferentes ciudades, los cuerpos de seguridad estaban desactivando bombas.

«No podía ser tan fácil», pensó Aurora mientras la recorría un escalofrío.

Tras bajar del autobús, cruzó la Plaza Cataluña, abriéndose paso entre palomas en desbandada, turistas y barceloneses que corrían de un lado a otro. El escalofrío la abandonó al ver la alegría que la rodeaba.

Para que la gente pudiera votar, en los trabajos se habían concedido permisos retribuidos. Estaba claro que la gente había decidido aprovechar aquel regalo para ejercer su derecho recién estrenado, pero también para tomarse un café o pasear.

Aquel día no dejaba de ser festivo, como pudo comprobar nada más puso el pie en los estudios de radio.

Don Ramón, el director del programa, la esperaba con una copa de champán en la mano, eufórico.

—Aurorita, hoy no puedes negarte. Hoy te tomas conmigo una copa —le dijo guiñándole el ojo.

Su corbata torcida y las ojeras que lucía le inspiraron ternura. Su jefe era un hombre extremadamente pulcro y, a pesar de ser viudo y sin ninguna mujer en su vida, tenía a gala ir siempre muy limpio y planchado.

«Sin duda, esta última noche sin democracia ha sido muy larga», pensó Aurora.

Lo imaginó en el estudio, rodeado de otros veteranos periodistas, temiendo hasta el último minuto que los militares sacaran los tanques a la calle y acabaran con aquel sueño de libertad. Entre coñac y tabaco, habrían dejado resbalar la noche, pegados a los teletipos.

—Está bien. Hoy acepto —dijo sonriendo y a la vez segura de que, al día siguiente, subiría de nuevo a su trono de mujer inaccesible para no darle ilusiones a don Ramón.

Se encaminaron hacia el estudio en el que cada día se grababa *El consultorio*.

Allí, sus compañeros parecían adolescentes en pleno guateque. Habían empezado la fiesta hacía un buen rato. El más joven de todos, Michael, un psicólogo de madre inglesa, hacía de barman en la barra improvisada sobre la mesa. Su compañera Anita, grafóloga y psicoanalista, sintonizaba emisoras en diferentes aparatos de radio.

Las voces de los locutores, en castellano y de cuando en cuando alguna en inglés, se mezclaban con los cantos de Mario, el técnico de sonido, un hombre habitualmente serio y taciturno.

«Hoy es un miércoles muy poco miércoles», volvió a repetirse Aurora, mientras apuraba su copa tras brindar con todos ellos.

—Muchachos, ¡vamos a hacer historia! Todo está a punto de cambiar —dijo don

Ramón, ceremonioso—. Todo menos este programa, que debe empezar en tres, dos, uno...

—¡Estamos en el aire! —gritó Mario.

En ese momento, la bombilla roja del estudio de grabación se encendió.

Un silencio profesional se adueñó del pequeño espacio.

Unos labios perfectamente delineados y pintados de rojo, sensuales pero no muy carnosos, se acercaron al micrófono y, en plena mañana, desearon buenas noches.

Eran los labios de Aurora.

Tiempo muerto

El amanecer sorprendió a Elisa escribiendo.

En esa hora que no era de nadie, ella se refugiaba en las páginas de su diario. Lo hacía a solas con sus pensamientos y con Leif Garrett, que susurraba a sus oídos «If everybody had an ocean across the USA, then everybody'd be surfing like California», una y otra vez, atrapado en su radiocasete.

Le gustaría conocer California, pensó. Allí todo el mundo parecía feliz: siempre en la playa, surfeando, tomando el sol o bailando con una Coca-Cola helada en la mano. Todos eran guapos, estaban morenos y reían.

¿Por qué ella no podía ser una chica americana más, «y surfear por encima de las olas y de los problemas»? se dijo. Como la chica del anuncio de Coca-Cola que la miraba desde las fachadas de la ciudad, prometiéndole unos sorbos de felicidad si se bebía un refresco con ella.

Releyó la última frase que había escrito en su diario tres días atrás: «Todavía no».

Se le erizó la piel y sintió sobre sus muñecas una leve y fría presión. Quizás aún podría nadar en las playas de California.

Tras escuchar por la radio la respuesta de Virtudes Leo, había decidido esperar. No sabía muy bien el qué: una señal del destino o un terremoto que pusiera su vida patas arriba. La voz y las palabras de la locutora le habían transmitido una esperanza, frágil y ligera, pero esperanza al fin y al cabo, de que algo así podía suceder.

«Siempre estoy a tiempo de...» murmuró acariciando un paquete de plástico que escondía bajo su almohada y no pudo acabar la frase al imaginar las cuchillas y sus siniestras promesas.

El sonido de un despertador le anunció el fin de la tregua en el reino de los insomnes. Al fondo del pasillo se abrió una puerta y Elisa reconoció los pasos de su padre avanzando hacia el baño. Medio minuto después, escuchó cómo el agua caliente empezaba a correr por las cañerías.

Vivían en un viejo piso del Ensanche, grande y oscuro. Lo habían heredado de sus abuelos. La finca era señorial, aunque el paso del tiempo se dejaba notar.

Su madre, que se deslizaba por el suelo de mosaico sin hacer ruido, debía de estar ya en la cocina, dirigiendo su pequeña orquesta. La tostadora encendida, la cafetera a punto de silbar y la nevera abierta de par en par obedecían sus órdenes sin rechistar.

Se escondió bajo la sábana justo una milésima de segundo antes de que la cabeza

de su madre apareciera por el marco de la puerta.

—Elisa, hija, despierta... —dijo una voz dulce y paciente.

No respiró, no se movió, aunque sabía que las madres tenían un sexto sentido para descubrir cuándo sus hijos dormían o solo simulaban hacerlo.

—Hoy deberías ir al colegio. Ayer don Justo llamó muy preocupado —un suspiro acompañó esta última frase—. Le preguntó a tu padre por qué no ibas a clase desde hacía tres días, que si estabas enferma, o...

El bulto de Elisa en la cama seguía sin moverse. Pero la adolescente sabía que era una defensa muy débil frente a una madre cabezona como la suya.

Sintió como se sentaba en el borde de la cama.

Un movimiento torpe apartó la sábana y dejó su cara al descubierto.

—¿Por qué no lo intentas? Un último esfuerzo, Elisa, para no perder el curso. Los exámenes están al caer. —Su madre la miró con cariño—. ¿Eso es lo que te tiene tan preocupada? ¿Crees que vas a suspender?

Se encogió de hombros.

Si su madre la conocía tan poco como para pensar que los exámenes podían suponer un problema para ella, no valía la pena esforzarse en explicarle nada.

Elisa siempre había sacado buenas notas. Estudiar era su refugio. Había dedicado muchas horas a los libros, todas las que robaba a sus inexistentes amigos. Ninguna materia le interesaba especialmente, pero tampoco ninguna le suponía demasiado esfuerzo.

Sabía que, en cuanto acabara el bachillerato, su padre le conseguiría un puesto de secretaria o recepcionista en su empresa. Aprendería mecanografía, taquigrafía, perfeccionaría su inglés aprendido con diccionario y horas de música y, con eso, podría pasar unos cuantos años en la Gestoría Plaza, hasta encontrar un marido. Entonces dejaría el despacho para cuidar de él y de los hijos que Dios le regalara.

Eso era lo que esperaba su familia de ella.

Ella no esperaba de sí misma ni eso ni nada.

Quizá, de manera inconsciente, había decidido retardar ese momento. El curso pasado, y para sorpresa de profesores y familiares, había suspendido varias asignaturas en junio. Estaba cansada, muy cansada. Quizás esa había sido la primera vez que había tirado la toalla.

A pesar de que durante el verano le habían puesto una profesora de repaso, en septiembre no aprobó ninguna de las materias.

Llevaba toda la vida en las monjas de Lestonac. Allí había estudiado también su madre. Aprovechó la catástrofe para suplicar a sus padres que la cambiaran de colegio.

Había sido muy convincente: repetía tercero de BUP, pero lo hacía en la Academia Almi, en San Gervasio. Estudiaba la rama de Letras y solo una asignatura se le atascaba: el dibujo.

«En Almi estudia lo mejorcito de cada casa: repetidores, quinquis de clase alta

expulsados de otros centros y una zombi como yo», pensó mientras caminaba por el pasillo. A sus padres eso no les importaba: los profesores tenían fama de estrictos y los resultados les avalaban. Muchos alumnos conseguían enderezarse tras pasar por sus aulas.

Era viernes y las caras de la mitad de los compañeros con los que se cruzaba mostraban los estragos de un fin de semana anticipado.

En la puerta de su aula, encontró un cartel pegado con celo. Alguien había escrito apresuradamente:

VIERNES POSTELECTORAL
CLASE ESPECIAL EN EL AULA GRANDE
PARA ALUMNOS DE TERCERO DE BUP Y COU
(DE 9 A 11)

Elisa miró su reloj justo antes de empujar la puerta. Eran las nueve y cuarto. Descubrió una silla vacía en la última fila.

Se sentó tratando de pasar desapercibida, sin atreverse a respirar, y concentró su mirada en el estrado.

Don Justo, micrófono en mano, estaba absolutamente emocionado.

—¡Más de un 70%! ¿Saben qué es eso, damas y caballeros?

A Elisa le hacía gracia la manía de tratarles de usted que tenía el director de la Academia y profesor de Historia. Tenía cerca de sesenta años, siempre llevaba una pajarita de color burdeos y las camisas perfectamente planchadas. Usaba unas gafas redondas como las de John Lennon, pero estaba en las antípodas de un cantante de rock. Era un hombre extremadamente tranquilo, educado y, a sus ojos, incluso amable.

—¡Un número! —gritó una voz anónima.

—¡Un porcentaje, zoquete! —gritó otra.

—¡Una aproximación! —especificó una tercera.

Se oyeron risas apagadas entre los cerca de cincuenta alumnos que asistían a la charla.

—Una lección de democracia —respondió don Justo sin inmutarse—. El pasado miércoles, se calcula, con los primeros recuentos, que más de un 70% de los españoles convocados a las urnas acudieron a votar.

A Elisa el dato la sorprendió. Perdida en sus propios problemas, apenas había prestado atención a las elecciones. Sus padres eran votantes de centro. Sabía que estaban contentos porque Adolfo Suárez había ganado, quedándose a escasos escaños de la mayoría absoluta. A ella tanto le daba, aunque había oído en la parada de autobús como un joven indignado le explicaba a otro:

—Los mismos perros con diferentes collares. No olvides que Suárez desfiló con la camisa azul y estuvo en la Secretaria General del Movimiento desde muy joven. El

rey Juan Carlos lo nombró presidente a dedo...

La respuesta aún resonaba en sus oídos:

—Suárez es listo. Sabe jugar sus cartas. No volverá atrás.

Una hora después, el director de la Academia Almi comentaba con cierto disgusto en el aula tomada por el sueño:

—A pesar de que algunos han tratado de acabar con la fiesta, el pueblo ha hecho oír su voz. Y estrenamos democracia. Dos jóvenes encabezan las listas de ganadores: el presidente Suárez y, pisándole los talones, el socialista Felipe González.

Don Justo les explicó entonces que Cataluña era la única región española en que la izquierda había sacado más votos que el centro, a pesar de que se repartían entre varios partidos. Aunque para él, la mejor noticia estaba clara:

—La extrema derecha no ha sacado un solo voto.

Un susurro sonó junto a Elisa:

—¡Por fin las cosas van a cambiar! Que vuelvan a las cavernas, que es donde tienen que estar.

La chica no pudo evitar mirar al autor de semejante declaración.

Un chico con un pelo moreno precioso y una camiseta gris con la palabra *The Strand* estampada sobre una batería dibujaba concentrado. Parecía imposible que un segundo antes hubiera dicho nada, pero ella estaba segura de haberlo oído.

Entonces, sus dibujos captaron la atención de Elisa.

La voz de don Justo, las risas de sus compañeros y sus propios pensamientos pasaron a un segundo término. El lápiz que empuñaba aquel chico parecía una varita mágica incansable.

De ahí salían dragones en llamas, caballeros con escudos, caballos al galope... Parecían a punto de tomar vida en aquella aula desvencijada. ¿Cómo se podía conseguir algo así?

Sentada en el autobús de vuelta, con los ojos cerrados, recordó cada uno de los detalles de aquellas figuras.

Una vez más, lamentó ser tan tímida.

Cuando la charla había acabado, no había sido capaz de decirle nada al joven artista. Este había guardado su libreta en la mochila y, por una breve fracción de segundo, le había sonreído... hasta que sus amigos le reclamaron a gritos desde la puerta.

Elisa estaba segura de que, un minuto después, él ya la había olvidado mientras corría por los pasillos.

Ella no.

Seguía pensando en él incluso en la cama y con la luz apagada.

«¿Quién eres?», suspiró mientras su corazón daba un pequeño y desconocido brinco.

Recuerdos al asalto

—Ay, Paquito, si esas patitas sirvieran para bailar... ¡Qué bien lo íbamos a pasar! — exclamó Aurora, mientras danzaba alrededor de la jaula de su indiferente loro.

En la Segunda de Radio Nacional sonaba el *Danubio Azul*, de Johann Strauss. Esa ya era una razón de peso para estar de buen humor. No se cansaba nunca de escuchar música clásica.

Pero además, era domingo y su hermano Nicolás iría a comer y pasarían la tarde juntos. Ella vivía en la casa de sus padres desde que había nacido. La voz y el cuerpo de su hermano pertenecían a aquel paisaje que, tras la muerte de los dos ancianos, se le antojaba desierto.

Pero él se había ido muy joven para vivir a su aire y no estaba dispuesto a volver. Un domingo cada quince días y los cumpleaños era lo máximo que ella conseguía robarle.

Los dos se adoraban, pero la vida les había llevado por caminos muy diferentes. A Nicolás, por uno de subidas y bajadas por el que era difícil seguirle.

Comerían un cocido receta de su abuela. Después de dormir la siesta, le propondría acercarse hasta el Cine Atenas para echarle un vistazo a la cartelera. Las películas que proyectaban solían ser infantiles, pero a Aurora no le molestaba lo más mínimo. Le encantaba hacer cola entre familias entusiasmadas o ver los ojos brillantes de los más pequeños cuando en la pantalla cobraban vida Tarzán y la mona Chita.

A su hermano, sin embargo, aquellas escenas le ponían nervioso. «Seguramente acabaremos viendo alguna película del ABC», se dijo. Era el otro cine del barrio con cartelera para adultos.

En realidad, cualquier opción le parecía bien. El cine y su hermano eran su pasión.

Aurora le sacaba seis años a Nicolás. Desde el mismo día en que nació, ella arrinconó sus muñecas. No volvió a tocarlas: volcó todo su cariño en aquel bebé que de tan rubito y pelón parecía un querubín.

Eran cerca de la una. Su hermano estaba a punto de llegar. Por suerte, ya estaba todo preparado.

Mientras probaba el caldo con la cuchara de madera, recordó cuántas veces le había dado su papilla en aquella cocina. Nicolás siempre había sido muy mal comedor y ella y su madre inventaron todo tipo de juegos y canciones para conseguir que se acabara lo que le ponían en el plato. Aún ahora, cuando su hermano rondaba

los cuarenta, Aurora seguía preocupándose por que comiera.

Cada quince días, la escena se repetía: ella le decía que lo veía más delgado que la vez anterior, que si comía, que qué comía... Él protestaba. Ella insistía en llenarle dos veces el plato. Él volvía a protestar, pero lo rebañaba. A última hora de la tarde, Aurora salía de la cocina con una bolsa llena de táperes: «para asegurarme de que comes algo con sustancia».

Esos táperes jamás volvían vacíos a casa, pero ella confiaba en que por lo menos hubieran cumplido con su misión.

Nicolás no se había casado. Ella, tampoco.

Él nunca había querido hacerlo. Ella sí, pero de aquello le parecía que hacía mil años.

Eran una familia muy corta. «Estamos condenados a extinguirnos», pensó triste al sentarse con un vaso de limonada en el comedor. Por suerte, sus padres, nunca sabrían que, a los cuarenta y cuatro años, Aurora Vázquez se había quedado para vestir santos. Su madre habría muerto de la pena por no tener nietos. Y su padre, le habría recalcado por milésima vez: «Ya te dije que él no era trigo limpio, que no podía traerte nada bueno».

Francisco, ese era el trigo sucio.

Oír su nombre, leerlo, decirlo... Solo pensarlo, aún le provocaba temblores.

Dio un sorbo a su limonada. «Se ha de beber sin azúcar, como la vida», solía decirle su hermano.

Nicolás de eso sabía mucho. Él fue quien le presentó a Francisco y, aunque ella nunca se lo tuvo en cuenta, él no había conseguido perdonárselo a sí mismo veinte años después.

Ella tenía veinticuatro años. Era una flamante recién licenciada en Filosofía y Letras llena de sueños. ¿Sería profesora de instituto? ¿Trabajaría en alguna editorial? Por aquel entonces todo le parecía posible. Estaba a punto de comerse el mundo... aunque pronto descubriría que el mundo casi se la comería a ella.

Había pasado cinco años en la Universidad de Barcelona.

A pesar de estar en pleno centro de la ciudad, sus gruesos muros la habían aislado de lo que sucedía fuera.

—Que la nieta de un maestro republicano, represaliado, llegue a licenciarse... es un triunfo, mudo pero triunfo —le repetía su madre, que aún tenía grabada en las retinas la imagen del padre muerto en una cuneta.

«Rojo, adoctrinador de niños», decía el cartel que alguien había dejado a su lado. Ahí quedó enterrada la ideología de su familia.

Aurora empezó a buscar trabajo y lo que encontró fue el amor.

Su hermano era muy mal estudiante. A los dieciocho años estaba claro que no iría a la universidad, así que entró a trabajar en las oficinas de una de las empresas del puerto haciendo de chico para todo. Ese fue el principio del fin para los dos hermanos.

Nicolás empezó a frecuentar malas compañías.

Una de ellas fue la de Francisco, un hombre con los treinta y cinco cumplidos, que era compañero de despacho y de juergas. Aunque su hermano pronto le superó: era imposible seguir la carrera a muerte que había iniciado Nicolás. Del tabaco al alcohol, de ahí a la marihuana y a las anfetaminas, pasando por las apuestas ilegales y las timbas amañadas.

De eso la familia no se enteraría hasta un par de años después, cuando aquello ya no tuviera marcha atrás.

El horizonte era la heroína. Y su hermano había acabado llegando hasta allí. Sus padres ya no lo habían visto. Habían muerto antes de enfermedad y dolor.

El inicio de su perdición venía de la misma época.

No tenía que ver con cartas de póker trucadas sino con cartas de amor amañadas. Francisco no tenía familia en la ciudad, así que Nicolás empezó a llevarlo muchos domingos a comer a casa.

Sus padres, hospitalarios, lo acogieron con los brazos abiertos, sin saber que metían al lobo en su corral. Tardarían un tiempo en darse cuenta.

Francisco pronto cambió la compañía de Nicolás por la de Aurora.

Las dos campanadas del reloj del pasillo la distrajeron de esos pensamientos. «Nicolás siempre llega tarde. No hace falta que me apure», se dijo.

Para evitar que la espera se le hiciera pesada, decidió colocar unas fotos en su álbum. Se las había dado don Ramón. Eran de la campaña electoral.

En una se veía a su jefe saludando a Jordi Pujol, el máximo representante del nacionalismo catalán en las últimas elecciones. El nieto de campesinos se había convertido, con solo cuarenta y siete años, en una figura de gran influencia política.

Aurora colocó su foto junto a la que todo el equipo del programa de la Señorita Leo se había hecho junto a Antoni Gutiérrez, Guti, el líder comunista. Se había presentado por el Partit Socialista Unificat de Catalunya. Desde muy joven había pasado temporadas en prisión. Eso a ella le había causado admiración. En la foto se le veía como un hombre curtido. Aunque Aurora no era de los suyos, le alegró que hubiera sacado un escaño en las últimas elecciones.

«Las tres», se dijo mientras recalentaba el cocido.

¿Dónde estaría su hermano? Había llamado a su piso, pero, como era de esperar, nadie había respondido a la llamada.

Nicolás compartía casa con un par de mujeres, madre e hija. Era tan guapo que, incluso castigado como estaba por la droga, seguía teniéndolas a su alcance. Ella prefería no preguntarle: no sabía quién de las dos era su novia o si lo eran las dos. Su hermano prefería no explicarle.

«Quizás ha tenido un sábado movido», pensó preocupada.

Recordó las primeras veces que eso había pasado.

Ella y Francisco se habían echado a las calles a buscarlo, sin decírselo a sus padres, desesperados.

Entonces, él todavía era su novio, un hombre apuesto, divertido y soltero. Aún le prometía que un día, cuando él consiguiera el ascenso y un trabajo seguro, se casarían. Ella le creyó y dejó de lado sus sueños profesionales.

Se buscó trabajo de recepcionista en Radio Peninsular, cubriendo una jubilación. Y se dispuso a pasar otros cinco años más viviendo la vida de otros. Cuidó de sus padres cuando enfermaron y estuvo estrechando su mano cuando murieron. Vigiló a Nicolás todo lo que pudo y le protegió de sí mismo hasta donde el chico le dejó.

Trabajó por los sueños de Francisco. Le acompañó haciendo oídos sordos a las vecinas, que decían que se le pasaría el arroz.

Y cumplió veintinueve años.

Y su vida acabó. O así lo sintió ella. Solo su llegada al programa aportó algo de luz a sus días.

—Paquito, ¡qué lástima que no te guste el cocido! —le dijo al loro mientras rebañaba el plato.

Eran cerca de las cuatro y estaba segura de que Nicolás ya no vendría. Con un poco de suerte, le llamaría en un par de días, con alguna excusa. Y le prometería visitarla el siguiente domingo. Ella pasaría la semana aferrada a esa conversación de dos minutos: su hermano, estuviera donde estuviera, seguía vivo.

El pájaro, que no sabía de angustias, rompió en una carcajada impostada y metálica.

—*Paquito come pipas. Paquito come pipas. Paquito come pipas.*

Miró al pájaro con asombro. A veces pensaba que era más listo que ella.

«Digan lo que digan, es un animal inteligente», le había dicho Carmen, su vecina y mejor amiga, cuando se lo había regalado.

Era un día cualquiera de febrero. Las Navidades anteriores ella se había enterado de lo de Francisco. Nunca se hubiera imaginado, cuando había entrado a trabajar en la radio, que allí descubriría la verdad de su vida.

Empezó de recepcionista, pero, un buen día, se quedó embarazada de su primer hijo la locutora de uno de los programas con más audiencia de la emisora, *El consultorio de la Señorita Leo*. Probaron un par de sustitutas de la veterana y no hubo manera de dar con una nueva voz para la señorita Leo.

Don Ramón, el director del programa, cada vez que le pasaba las llamadas, le decía que tenía una bonita voz. «Dulce para ofrecer confianza, pero algo seca para mantener la distancia profesional, como la de nuestra señorita Leo. ¡A veces hasta os confundo!», le repetía. Así que una mañana le hizo una prueba a ella, Aurora, la

repcionista. Y en cosa de dos horas, y por clamor de todo el equipo, abandonó su mesa a la entrada del edificio para subir a la segunda planta.

Así fue como se convirtió en la nueva Virtudes Leo.

A pesar de que no era lo que siempre había soñado, aquel cambio la hizo feliz a pesar de que no lo pudo compartir con nadie, ni siquiera con su novio.

—Es parte de la magia del programa —le insistía don Ramón—. Piensa que la gente cree que Virtudes Leo existe. Se la imaginan como de la familia, como alguien con *glamour* y... ¿qué dirían si supieran que en realidad somos cinco personas?

La vida le sonreía. Tenía un novio que besaba por donde ella pisaba, aunque resultara alérgico al matrimonio, y la reconocían en su trabajo.

En los últimos años, muchas veces se había preguntado si, de saber lo que le aguardaba, hubiera dicho que no a aquel puesto.

Un día, la Señorita Leo recibió una carta.

Llegaba desde un pueblo del Pirineo. Un ama de casa, madre de tres niños, se quejaba de que su marido estaba siempre ausente. Se había ido a Barcelona para probar suerte cuando estaban recién casados, prometiéndole llevársela con él en cuanto obtuviera un buen trabajo. Pero los años iban pasando, llegaron los hijos y él nunca encontraba la oportunidad de cumplir su promesa. La buena mujer le explicaba a la señorita Leo que él era un marido atento y cariñoso, un padre ejemplar, pero solo presente a través del teléfono y las cartas. El trabajo le absorbía horas y días, a pesar de estar tan mal pagado que no llegaba ni para comprarles a ellos unos billetes de autobús.

El equipo del programa quedó tocado por aquella historia. Se acercaban las fiestas de Navidad. Se imaginaban al joven padre trabajando hasta altas horas de la noche, tratando de ahorrar hasta la última peseta... y decidieron darle una sorpresa.

La familia tomó un autobús de línea hasta Barcelona.

Un equipo del programa fue a la estación a recogerlos.

Aurora los acompañó después de prometerle mil veces a Don Ramón que no llamaría la atención. No podían arriesgarse a que alguien reconociera su voz y atara cabos.

Todos le parecieron adorables, incluida ella. Los tres chicos tenían las mejillas sonrosadas y llevaban bufandas iguales que sin duda les había tejido su madre. Ella estrenaba abrigo y se veía de lejos que había ido a la peluquería para la ocasión. La locutora miró sus manos de campesina, llenas de grietas y con las uñas rotas. Era mujer de pocas palabras, pero llevaba la sonrisa pintada en la boca.

Todos estaban nerviosos.

También Aurora, enternecida. Para ellos, tomar el metro fue toda una aventura. Las luces de Navidad decoraban las calles, las tiendas lucían sus mejores escaparates.

Aurora se sentía como un paje del Rey Baltasar.

En la cafetería de al lado de la radio, don Ramón, Michael y Anita tomaban un café con un hombre que estaba a punto de ser el más feliz de la tierra. Lo habían convocado asegurándole que había sido premiado con una cesta navideña. Había sido seleccionado gracias a un concurso de las Páginas Amarillas. Todos creían que se llevaría una sorpresa enorme.

Pero la sorpresa se la llevaron todos.

Aurora entró en el café cerrando la comitiva. Llevaba al más pequeño de los niños de la mano. Justo delante caminaba el mayor y, dos pasos más allá, la madre con el mediano que iba hablando con el resto del equipo que había ido a recogerlos.

Buscó con la mirada a sus compañeros y, cuando los encontró, su corazón se detuvo.

Los niños salieron corriendo y se abalanzaron sobre un hombre que, con los ojos abiertos como platos, no daba crédito a lo que sucedía. Las dos vidas que con tanto esmero había entretejido separadas, acababan de encontrarse, haciéndose un nudo.

—¡Arturo! —gritó feliz una mujer con un abrigo nuevo.

—Francisco... —murmuró Aurora.

Cinco segundos después, el mundo empezó a dar vueltas, desbocado. Arturo, Francisco, Arturo, Francisco... ¡ni siquiera le había dicho que tenía dos nombres!

La oscuridad se apoderó de sus retinas.

La cicatriz de su sien derecha le recordaría, aún quince años después, que justo en ese momento se desplomó sin sentido.

La tarde de domingo se le echó encima.

El timbre de la puerta sacó a Aurora de la modorra en la que había caído.

—¡Carmen! Pasa —dijo contenta al ver a su amiga en el marco de la puerta.

—¿Está Nicolás? ¿O ya se ha ido? —preguntó justo antes de darse cuenta por su mirada triste de que ni una cosa ni la otra—. Pues qué quieres que te diga, hija... Me viene de perlas que no esté.

Desde el fondo, se oyó un berrido:

—*Hola, Caracola. Hola, Caracola...*

—Hola, Paquito, pájaro de mal agüero, ave de corral sin gracia —respondió ella riéndose—. Ponte guapa, Aurora. ¡Nos vamos al cine! Mis padres se quedan con Mencita y me dan la tarde libre... En el ABC siguen con el ciclo de *Trinidad y Sartana* y hoy ponen una que no quiero perderme.

Aurora tomó apresuradamente el bolso.

Sabía que los padres de su amiga, que era viuda y criaba sola a su hija de diez años, acababan de hacerles un regalo.

Cerró la puerta del piso tras de sí.

Allí quedaron, a oscuras, los malos presagios por el incierto presente de su hermano, las puñaladas pasadas de Francisco, los sueños rancios, la muerte de sus

padres...

«Después de todo, el domingo aún puede ser un buen día», se dijo mientras, del brazo de su amiga, subía por la calle Balmes camino del cine.

6

Moviendo hilos

—¿Estás segura, mujer?

—Segurísima, Germán.

—Mira que tardaré en volver...

—¡Esperaré!

—Uy, ¡nunca te había visto tan reticente! ¿No estarás pensando irte con otro?

—¡¿Cómo dices eso?!

—No sé, no sé... Pero recuerda, ¿quién te va a mimar como lo hago yo? —dijo el hombre entornando los párpados con una sonrisa pícaro.

—Después de tantos años, ¿por quién me tomas? —se ofendió la mujer—. Cualquiera diría que no me conoces. ¿O quizás me confundes con otra?

Él se encogió de hombros mientras recogía su maleta. Esa vez había conseguido venderle algo menos de lo esperado.

—¡Como tienes tantas! —añadió ella mientras le daba la espalda y se dirigía al fondo del local.

Él se hizo el indignado, con expresión divertida.

Maruja era una de sus mejores clientas: si la presionaba, siempre conseguía que se quedara cuatro o cinco piezas más, de las de primerísima calidad. En épocas como aquella, con el verano a las puertas, la visitaba siempre para acabar de redondear los pedidos antes de las vacaciones.

Una vez en la calle, Germán sonrió al repasar la jornada: «No me ha ido nada mal esta mañana. He visitado cinco mercerías y de todas me llevo encargos por un buen importe. Una más y lo dejo por hoy».

—Bólide, ¡volando hacia el centro! —exclamó mientras ponía la llave en el contacto de su coche.

Miró por el retrovisor y sacó el morro del coche. Un bocinazo le alertó de que lo mejor era que esperara. Resopló y bajó la ventanilla.

Se encendió un Ducados: el olor a humo siempre le tranquilizaba. Le recordaba a su padre, un hombre del que había disfrutado poco porque murió al principio de la posguerra: una granada de mano en el frente del Ebro lo había dejado muy tocado. Había ido olvidando su voz, sus comentarios, incluso de qué color era su pelo... pero no había podido olvidar su olor a tabaco negro.

Germán no se llevaba bien con su nostalgia. Carraspeó.

Encendió la radio mientras bajaba por la calle Muntaner a la velocidad que el tráfico y la Guardia Urbana le permitían.

—¡No fastidies! ¿Otra vez tú? Es la quinta vez en dos días... —exclamó amenazadoramente a la radio.

Miguel Bosé, un joven cantante hijo de torero y actriz italiana, cantaba con voz aññada:

Linda, agua de la fuente. Linda, dulce e inocente. Ahora que te abrazo pienso en otra. Linda, corazón de seda. Linda, antes que suceda, antes de tenerme dentro, escucha: Linda, te voy a ser sincero, no estoy pensando en ti y no, no quiero lastimarte, robarte tu primera vez pensando en otra.

—¡Menudo niñato! —le insultó Germán sin saber muy bien por qué.

Él no había sido un hombre de demasiadas novias. Formales, solo un par. También había estado con algunas mujeres de las que no se casan. Y así se le habían ido pasando los años. Se acercaba a los cuarenta y hasta su madre lo daba casi por perdido.

«Pero aún así le sigo rezando a San Antonio para que te encuentre una buena chica, de buena familia, que te quiera. ¡Sería un milagro! Tú serás un buen marido, hijo, como lo fue tu padre», se consolaba la mujer al animarlo a pasar por el altar.

Germán tenía una hermana que también vivía en el pueblo y que le había dado a su madre tres nietos «como tres soles». Sin embargo, a la mujer no le parecía suficiente: quería que también él sentara la cabeza.

«Y a ser posible, que me vuelva para allá, con ella», se repetía él mil veces. «Y eso sí que no. ¡Pueblo grande, infierno chico!».

A él ninguna de sus mujeres le había marcado tanto. Sintió una punzada de celos que espantó exhalando la última bocanada de humo. ¿Cómo iba a tener envidia de aquel adolescente, que cantaba la letra y recuerdos que otro le había prestado?

«Has conseguido ser número uno esta semana. Veremos cuánto duras chaval en esto de la música», gruñó mirando la radio.

Aunque no se lo reconociera a su madre, Germán era un romántico y creía que, en algún rincón del mundo, había una mujer para él. Una mujer que en ese momento estaría leyendo una novela de Corín Tellado en un banco de la plaza, yendo a clases de mecanografía o, por qué no, sentada frente al micrófono de una radio.

Ese pensamiento trajo otro consigo.

«Después de la última visita, me voy a tomar un coñac. Me lo he ganado. Iré al café de la Radio... y quizás pueda ver qué cara tiene la voz que me ha robado el corazón», pensó frente al escaparate de su última visita comercial.

La Mercería Santa Ana, en plena Puerta del Ángel, siempre había sido uno de sus locales favoritos.

«Si no lo encuentras allí, es que no lo venden», le explicaba a su madre. Fundada un año antes de que estallara la Guerra Civil, había sabido mantenerse en pie a través de los años más duros de bombardeos y dictadura. Ahora, con la transición dando

pasos vacilantes, en su edificio de dos pisos seguían ofreciendo miles de hilos y lanas, cremalleras, corchetes...

«Un universo soñado para cualquier ama de casa y modista», pensó Germán mientras empujaba la puerta del local, armado con un muestrario de medias de seda.

—Un carajillo, muchacho —pidió Germán.

El mozo, que apenas se afeitaba, corrió a cumplir con la petición del nuevo cliente.

Uno de sus compañeros veteranos, acodado en la barra, conversaba con un habitual. Germán, sin comerlo ni beberlo, fue incorporado a una charla en la que no tenía ningún interés.

—¡Dónde iremos a parar! —gesticuló exageradamente el camarero—. Ahora, cualquiera se va a creer con derecho a reclamar y conseguir lo que quiera. Incluso esos pelagatos que nunca han dado un palo al agua...

—La vida entera pagando impuestos, ahorrando en la cartilla del banco, con una hipoteca al cuello, todo para tener cuatro metros cuadrados donde caerse muerto y... —bufó el cliente— llegan estos y, ¡ala!, una casa para ellos.

—Mire lo que le digo, esto será el caos —le atajó enfadado su contertulio—. ¿Usted qué piensa, caballero?

Germán se encogió de hombros. Tenía el periódico en las manos y no quería distracciones.

—Eso, ¿usted que cree? Nosotros estamos dispuestos a escuchar opiniones contrarias, ¡que conste! —intervino el otro cliente.

Trató de escapar sin lograrlo:

—La verdad es que no se sobre qué hablan...

—De la noticia de hace un par de días. ¡Seguro que se enteró! ¡El secuestro del autobús! —dijo el camarero.

Germán recordó que había oído algo en la radio tres días atrás. En el extrarradio, cien personas habían secuestrado un autobús para dirigirse al Ayuntamiento y reclamar la entrega de las viviendas que las autoridades les habían prometido. Vivían en chabolas.

—Por suerte, las fuerzas del orden se comportaron —resopló el otro cliente—. Con el rabo entre las piernas y en el mismo autobús, se volvieron a su barrio.

A él le parecía genial que la gente reclamara lo que le habían prometido. Desde muy joven tenía claro que «el que no llora no mama», como decía un famoso tango de principios de siglo. Pero decidió evitarse problemas que lo despistaran de sus dos misiones principales: darle un vistazo al diario y tentar su suerte a ver si, por casualidad, la señorita Leo se dejaba caer por la cafetería. Dio la razón sin mucho énfasis a los otros dos y hundió su cabeza entre las páginas de local, donde tropezó con varios muertos.

Leyó el titular de la noticia que abría la página:

HALLAZGO DEL CADÁVER DE UN HOMBRE EN LA COSTA DEL MASNOU.

El día anterior se recuperó gracias a unos pescadores el cadáver de un hombre que resultó ser el de Pedro Luis Oliva Selva, de 30 años, que llevaba desaparecido desde el día 9, cuando se lanzó a las aguas de Premiá para salvar a una pareja de novios cuando zozobró su embarcación.

«Hay que tener mala suerte, ¡pobre infeliz!», pensó. Él era hombre de secano y el mar le imponía mucho respeto.

En la misma página un recuadro llamó su atención. El titular era muy similar al anterior:

HALLAZGO DE UN CADÁVER EN UNA OBRA.

Sin embargo, el texto demostraba que aquellos dos muertos no tenían mucho más en común:

La víctima tenía antecedentes como delincuente habitual. En la calle Francisco Aranda, n.º 75. Estaba tendido sobre unos hierros y un cable del tendido eléctrico. Se cree que habría tenido un accidente al entrar a robar.

Dio un sorbo a su carajillo: «Un héroe y un villano, al final, unidos por el mismo destino», murmuró mientras saltaba a las páginas de Nacional. En la página veintitrés, un artículo captó su atención: «Volar está al alcance de la mano. Con la técnica de la meditación trascendental se puede conseguir la levitación, la invisibilidad y la satisfacción de los deseos».

«¡Hay que fastidiarse! Y pensar que *La Vanguardia* es un periódico serio... Esto lo lee mi madre y se lo cree. Como ella, todas sus vecinas. Y ya la hemos liado», se dijo indignado.

Germán miró su reloj de pulsera: las ocho.

Dos carajillos y dos periódicos después, ya estaba seguro de que «la voz de sus sueños» no iba a aparecer ese día por allí. «Hubiera sido mucha casualidad que viniera», se dijo mientras sacaba la billetera para pagar.

Aquella tarde, durante un buen rato, había acariciado la posibilidad de que la señorita Leo, encorsetada en una falda tubo y sobre unos altos tacones, abriera la puerta del Café. Se habría acodado en la barra, junto a él. El camarero se habría dirigido a ella por su nombre.

«Y entonces yo, yo, yo...» se repetía Germán un rato después, cuando las oportunidades ya eran más que caducas.

La respuesta de Germán quedó suspendida en el aire, junto al tenedor con un trozo de tortilla de patatas de su cena.

Algo electrizante se había apoderado del ambiente del Canódromo de Meridiana, un universo irreal y masculino.

Veloz, un galgo esbelto que hacía honor a sus antepasados griegos, acababa de dar la última vuelta y encaraba la recta final hacia la meta que le señalaba un pellejo que olía a liebre. Siete canes más lo perseguían con el alma derrotada, sabiendo que esa noche no cenarían ni dormirían como ganadores.

El público estalló en gritos. Unos eran de alegría. Otros, de enfado. La mayoría, de decepción, como los de Germán, quien una noche más volvería a la pensión con unos duros menos en el bolsillo, pero sintiéndose parte de una tribu de perdedores, humanos y animales. Por eso acudía allí a cenar y jugar a menudo, junto con muchos otros hombres desconocidos que, con el paso de los años, se habían vuelto casi conocidos. Apostaba sin esperanza de ganar o perder, entre las paredes de un edificio que, a pesar de los premios de Arquitectura y los elogios de la prensa, no podía esconder el gris que invadía la vida de muchos de sus habituales.

Setecientos galgos vivían allí para correr desesperados tras un conejo para entretener a más de mil hombres, que corrían igual de desesperados tras el dinero. Ni unos ni otros alcanzaban su pieza.

Sin embargo, mientras caminaba por el barrio del Congreso buscando un taxi, Germán sintió que él era el menos perdedor de todos.

«Soy el rey tuerto en el mundo de los ciegos», murmuró.

Tenía algo que le hacía único.

«Una voz» le aguardaba en la pensión, puntual, dispuesta a salvarle cada noche de sí mismo y de la soledad que llevaba cosida a los talones.

Descartes

Aurora meneó la cabeza frente a la saca llena de cartas que había conseguido salvar.

Aquello le parecía un engaño, «una injusticia del tamaño de una catedral y una tomadura de pelo a nuestras oyentes», le había dicho enfadada a don Ramón. Este, tras ver que no la tranquilizaría por más razones que le diera, la había dejado plantada con todos aquellos mensajes descartados.

—Ya son cadáveres, Aurorita, ¿no ves que huelen? —le dijo antes de desaparecer por la puerta y retarla—: si quieres hacerles el boca a boca es cosa tuya. No me opondré, para que veas que no soy tan mala persona.

La locutora llevaba más de quince años en el programa y, en todo aquel tiempo, nunca se había preguntado cuántas cartas recibía la señorita Leo. Si lo hubiera hecho, se habría enterado de que cientos cada semana. Entonces, habría sumado, seis cartas por programa a un programa por día laborable, y se habría dado cuenta de que allí había gato encerrado. Es cierto que, al principio, se había contratado una chica para que respondiera algunas de ellas, pero en cuanto se fue porque a su marido funcionario lo trasladaron a otra provincia... nadie había vuelto a preocuparse de aquella tarea anónima.

¿Dónde iban a parar miles y miles de páginas escritas entre lágrimas y suspiros por muchas mujeres españolas? ¿Las que no respondían los psicólogos? ¿Las que no leía ella por la radio?

Esa mañana de junio, Aurora, que había llegado hasta *El consultorio* gracias al azar, su bonita voz y el cariño no disimulado de don Ramón, se enteró por fin de que la mayoría de las cartas que recibía la señorita Leo, o sea ella, acababan acumuladas en sacas que, en la Noche de San Juan, se quemaban en la calle con los muebles viejos y muñecos de tela. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta en todos los años que llevaba en el programa? Aurora maldijo su despiste.

—Hoy es veintitrés de junio, día en que se cumple la sentencia de hoguera —le habían dicho Anita, la psicóloga, y Mario, el técnico de sonido, mientras arrastraban las primeras sacas fuera del almacén.

Sin dar crédito a lo que oía, se había presentado en el despacho de su jefe. Estaba convencida de que allí había algún tipo de error. «Seguro que para ahorrarse trabajo, estos tunantes, a espaldas de don Ramón, se deshacen de parte de la correspondencia». Su sorpresa fue mayúscula cuando el viejo periodista le confirmó que obedecían sus órdenes:

—O lo que es aún más sagrado, órdenes del anunciante. ¿Tú crees que a

cosméticos Leo le puede interesar que se traten en el programa temas políticamente incorrectos? Se dedican a la belleza y el maquillaje, Aurorita, ¿cómo van a querer que se les asocie a cosas feas? —le había dicho sarcástico—. Aunque la verdad, no sé muy bien cómo se nos coló la carta de esa chiquilla, la tal Elisa... Tendré que pedir que estén más atentos.

Aurora le recordó que la democracia ya había llegado, que era un país libre. Y que la opinión del patrocinador era importante pero no definitiva.

Don Ramón, un buen hombre al que la profesión y la vida habían vuelto cínico, se enterneció al escuchar a la locutora.

Hacía tiempo que estaba enamorado de Aurora, desde que la mujer trabajaba en la recepción de la Radio. Era amable, educada y tenía una voz con mucha personalidad. En cuanto la primera Virtudes Leo se dio de baja, el director del programa convenció a los jefes de la emisora de que la recepcionista era un diamante en bruto, había pasado las pruebas que habían hecho y además, ¡su voz se parecía tanto a la de la anterior locutora! Qué mejor para el programa que la continuidad... Lo hizo por el programa, pero también por la chica, preparada para un trabajo más interesante que el que llevaba a cabo y, para qué engañarse, por él mismo. No se acostumbraba a ser viudo y Aurora, alegre, soltera y de buen ver, le pareció un buen partido. Pronto se dio cuenta de que había acertado en que sería una muy buena locutora... pero que no tenía nada que hacer respecto a convertirla en su reina de corazones. Desconocía las razones, pero cualquier intento amoroso acababa en fracaso.

—Aurorita, ¿de verdad crees que las cosas han cambiado tanto? Aquí siguen mandando los de siempre y, desde la barrera, vigilan la fiesta del pueblo —suspiró—. A la que haya un primer desmán, los militares sacarán sus tanques, los curas sus crucifijos y los terratenientes, sus monedas. Y fin de fiesta. Aquí paz y después gloria.

La mujer no se dio por vencida.

¿Qué historias contenían aquellas cartas que las hacían tan peligrosas y subversivas? ¿Acaso eran políticas? ¿Misivas revolucionarias?

Don Ramón negó con la cabeza, mientras se dirigía con ella al almacén para dejarle leer alguna de aquellas notas al azar.

—Una España que a nadie le gusta, Aurora —calló mientras elegía un par y se las daba para que las viera—. En realidad, contienen verdades. Incómodas, feas, duras... ¿por qué airearlas?

Al cabo de un rato, la mujer descubrió a qué se refería. Gran parte de aquellas cartas hablaban de lo mismo: de noches de terror, de golpes, de insultos, de encierros... Mujeres maltratadas que habían reunido las migajas de valor que les quedaban para escribirle a ella, Virtudes Leo, y compartir su dolor.

«¿Qué sentirían al ver que su llamada de socorro se entierra en una saca de descartes? ¿Qué pensarían si supieran que nunca nadie va a escucharlas?», se

preguntó con una lágrima asomando a sus ojos.

Anita y Michael se encargaban de abrir todas las cartas. En cuanto detectaban una de una víctima de violencia doméstica, violación o represión política, firmaban su sentencia de silencio. La enviaban a la saca del cuarto oscuro hasta que sacaban las miles acumuladas para echarlas a la hoguera.

—Buscamos cartas divertidas, entretenidas, aquellas con las que cualquier oyente pueda sentirse identificada, ¿entiendes? —le había respondido Michael al ser interpelado aquella mañana del descubrimiento.

—Exacto... ¿Qué mujer casada no cree que su marido tiene una amante? —había añadido Anita—. ¿O espía a la vecina jovencita? Los líos de faldas son muy rentables entre las casadas. En cuanto a las solteras, ¿cuántas no esperan a su príncipe azul? ¿O se enamoran de un hombre con familia?

—O de dos hermanos gemelos, como esta —rompió a reír Mario, con una carta en la mano.

Con voz de falsete, el técnico de sonido se puso a leerla:

Querida Virtudes,

Me ha costado mucho escribirle. Créame si le digo que estoy muy avergonzada por lo que le voy a explicar, pero ¡estoy desesperada y no sé a quién recurrir! Tengo que tomar una decisión: en la cómoda de mi habitación descansan dos anillos de pedida exactamente iguales. Como lo son los que me los han regalado. Pedro y Pablo son gemelos. Nos conocemos desde muy jóvenes porque somos vecinos.

Hace unos tres años me puse de novia con Pedro, que es dentista. Todo iba viento en popa. Es un chico trabajador, educado, cariñoso... ¡Un primor! Pero el pasado verano se puso con gripe el día de mi fiesta de cumpleaños. Por no darme un disgusto, envió a Pablo con instrucciones de hacerse pasar por él. Por supuesto no debía besarme ni rozarme, pero... ¡hacía tanto calor! Bebimos sangría y una cosa llevó a la otra. ¡Ay, señorita Leo! Aquello eran besos y caricias. Me electrizaba con solo mirarme. ¡Y cómo me hacía reír! Yo no entendía nada. Durante dos años de noviazgo, la verdad es que Pedro había resultado de lo más soso. ¿Qué pasaba aquel día? Lo descubrí cuando ya era demasiado tarde.

Amo a los dos. O mejor dicho, a un trozo de cada uno.

Y los dos me aman a mí por entero. Tanto que ambos me han pedido la mano sin que el otro lo sepa. Ahora, me veo obligada a tomar una decisión. Hasta ahora, he seguido viendo a los dos en el momento que más me convenía. Pero ha llegado el momento de casarme, formar una familia y...

¿Qué puedo hacer, señorita Leo?

¿Con quién me quedo? ¿Cómo se lo digo al otro sin herirlo? Piense que

todas las cenas de Nochebuena, los cumpleaños de mi suegra y fiestas familiares las pasaremos todos juntos. Quisiera evitar enfrentamientos y escándalos.

*Suya,
La amante dividida*

—Me las llevo —dijo con voz firme Aurora.

—¿Qué? —preguntó sorprendido Mario.

—Que me des esa carta y todas las de la saca que aún no habéis sacado del almacén para quemar —insistió la mujer—. Me las llevo a casa en un taxi.

Sus tres compañeros no daban crédito a lo que oían.

—Don Ramón me ha dicho que si quiero hacer el boca a boca a estos cadáveres es cosa mía.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer en concreto? —preguntó Michael.

—Leer y contestar estas cartas —respondió sonriendo Aurora.

—¿Todas? —soltó Mario.

—¿Contestarlas? —añadió Anita, quien rápido sacó un manual del cajón de su mesa y se lo ofreció. Eran una serie de instrucciones que, la dirección del programa, les había dado a ellos para poder hacer esa tarea.

Aurora, ignorándolos, arrastró la saca hasta su mesa. De repente, le pareció que todo adquiriría sentido. Como en una película a cámara rápida, recordó sus años de estudios, los libros de psicología que siempre le había gustado leer, su entrada en la radio como recepcionista, su paso a locutora del *Consultorio* y, finalmente, se vio a sí misma aquella mañana con los brazos en jarras frente a las sacas de cartas olvidadas. «El Universo ha puesto en marcha la maquinaria. Nada pasa porque sí. Yo no soy solo una bonita voz, una cotorra como mi Paquito. Yo sé escuchar, siento y pienso. Y a partir de ahora, escribiré. Todas esas mujeres sabrán que alguien las comprende, sufre con ellas, las acompaña», se dijo sonriente.

—A partir de ahora —añadió desafiante mirando a sus compañeros—, me daréis todas las cartas que descartéis. No importa si son diez o cien, las leeré y contestaré personalmente.

—Pero gratis y fuera de la oficina —oyó que gritaba don Ramón encerrado en su despacho.

Estaba a punto de contestarle cuando una anciana, salida de ninguna parte, apareció junto a su mesa de trabajo.

Con voz vacilante se dirigió a ella:

—Perdón, ¿la señorita Leo?

Aurora dio un respingo.

¿Cómo podía haber adivinado aquella mujer que ella era Virtudes Leo? El éxito del programa se basaba en gran parte en que la audiencia desconocía quién había

detrás de la voz. Y, ¿cómo había conseguido burlar a la recepcionista de la radio? Deberían recordarle a esa compañera que se concentrara mejor en lo que hacía o un día todos tendrían un disgusto.

Los guionistas y productores preferían mantener la magia del misterio.

«La señorita Leo son una y mil mujeres diferentes. Tantas como oyentes tiene. Queremos que cada una la imagine como más le guste», le habían dicho al firmar el contrato. Por eso, había una cláusula en la que se le prohibía específicamente explicarle a nadie a qué se dedicaba. «Solo puede comentarles a sus seres más allegados que trabaja en el programa. Invéntese lo que quiera: se ocupa de la producción, hace de secretaria de don Ramón... lo que sea menos decir que es usted la voz. Tendríamos que despedirla», le habían asegurado muy serios los del Departamento de Personal.

Ella había cumplido a rajatabla con la dichosa cláusula. Solo Paquito conocía su doble vida. «Pero como vives en una prisión, sé que mi secreto está a salvo contigo», le decía ella riendo.

—Perdón, ¿la señorita Leo? —insistió la señora.

Antes de que pudiera responder, la psicóloga se acercó:

—¿Quién pide por ella?

—Soy una admiradora que quería...

Anita la tomó por el brazo y la arrastró hacia la puerta.

—La señorita Leo no se encuentra aquí.

—Puedo esperarla...

—Uy, ¡imposible! No se sabe cuándo volverá.

—¡Pero si tiene programa esta noche! —trató de defenderse la abuela cuando ya era arrastrada por el pasillo.

—Es una veterana, viene cuando quiere, lo graba y se va...

—Pero es que le escribí una carta, firmé «la viuda triste» y no me ha respondido —sollozó—. Es cuestión de vida o muerte para mí —acertó a decir antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

Anita resopló y renegó mientras volvía a su mesa: no tenía paciencia con las ancianas. Mario y Michael bromearon inventando de qué iría la misiva que había enviado.

Aurora permaneció en silencio.

De pie, en mitad de la sala y con los ojos cerrados, hizo una promesa que solo el universo escuchó:

«Viuda triste, pronto tendrás tu respuesta».

Noche de fuegos

—¿Se te ha pasado el enfado? —preguntó don Ramón con cariño—. Mira que no me gusta verte de morros...

—¿Qué dirían tus oyentes si supieran el genio que te gastas? —insistió Anita.

Aurora miró uno a uno a sus compañeros de programa.

Estaban todos acodados en la barra de El Piolindo, dando cuenta de un buen pollo asado acompañado de una copa de cava.

Era la primera vez que celebraban aquella fiesta juntos. Habían trabajado todo el día y ahora cenaban juntos allí antes de irse a la celebración de la verbena en la Avenida María Cristina, en Montjuich.

Les sonrió y ellos respiraron aliviados.

¿Cómo enfadarse con sus compañeros? En ellos había encontrado la familia que no tenía. Con sus padres muertos y Nicolás siempre ausente, el equipo era con quien contaba. Cuando dos inviernos atrás estuvo dos semanas en casa con neumonía, Anita se pasó por allí cada día. Le hizo la compra, le cocinó y fue a la farmacia a por los medicamentos. Don Ramón le llevaba todos los líos de facturas, hacienda y banco que hubiera debido llevar su hermano. Tenía confianza total en él. Michael, con su fino humor británico, siempre le arrancaba una sonrisa cuando estaba triste. Y Mario, a pesar de su apariencia de estar de vuelta de todo, era un compañero siempre dispuesto a cualquier favor, incluso antes de que se lo pidieran.

—Esto está a petar —bufó Mario, a quien un hombre de mediana edad le había clavado el codo en las costillas—. Odio las aglomeraciones...

—¡Vaya! No dijiste lo mismo cuando nos visitó la comisión de periodistas suecos —sonrió Michael—. Cuando las cuatro valkirias de la radio pública de Estocolmo se empeñaron en estar contigo en la sala de sonido durante todo el programa, ¡te faltó tiempo para decirles que sí!

Mario se encogió de hombros.

—¡Ni un papel de fumar cabía entre vosotros! —se sumó don Ramón a la broma.

Todos rompieron a reír, recordando la escena. Mario era un hombre de metro sesenta y las periodistas nórdicas alcanzaban el metro noventa.

—Ya sabéis que yo, por estrechar lazos con los colegas, lo que haga falta —ironizó el técnico de sonido, que llevaba más de veinte años casado con su novia del instituto.

—Y tú, Michael, no te rías tanto o tendremos que recordarte a...

—¿Otra vez con esa historia, Ramón? ¡Pero si es viejísima! Todos la conocen y a

nadie le interesa —trató de defenderse el susodicho.

—Yo no estaba ese día, te recuerdo que tenía una pulmonía de caballo —bromeó Aurora, que conocía de sobra la anécdota de la becaria Mariló—. Recuérdamela, por favor.

Don Ramón se enfrascó en esa anécdota que sacaba los colores al pobre chico. Una estudiante de Psicología fue admitida en el programa para hacer prácticas. Siempre vestía y se maquillaba de negro, llevaba el pelo hasta el culo y apenas hablaba. Hasta que un día, se encerró con Michael en el cuartito del material de repuesto y, literalmente, se abalanzó sobre él. Oyeron gritos de socorro y golpes desesperados en la puerta. Nadie encontraba al de mantenimiento, que era quien tenía las llaves de repuesto. El hombre había decidido subir al terrado a beberse un par de cervecitas a escondidas. Cuando por fin dieron con él y abrieron... ¡un aterrado Michael esgrimía un plumero en una mano y en la otra, unas tijeras! Se defendía de una Mariló con los ojos desorbitados.

—Reíros, reíros... —dijo un preocupado Michael—. La tía pretendía beberse mi sangre. Me dijo que formaba parte de la hermandad mexicana de la Santa Muerte, como su madre y su abuela, que venían de ese país.

—Estaba loquita por ti, reconócelo —se rio su compañera psicóloga.

—Eso decía y por eso le propuso morderle en el brazo o en el culo y beberse su sangre —le explicó Mario a Aurora—. ¡La sangre la excitaba! Menuda prueba de amor. A mí nadie me la ha ofrecido.

—No era amor —se defendió Michael—. Mariló era una enferma. Mirad lo que os digo, algún día lo que le pasa tendrá nombre.

—¿Vampirismo moderno? —preguntó divertida Aurora.

—Algo así, y si no, tiempo al tiempo. Algún americano o inglés hará un estudio y se inventará un síndrome —terció Michael antes de reconocer que, en más de una ocasión, había contactado con los padres de la chica para saber qué tal le iba.

Desde aquel episodio, les confesó a sus compañeros, vivía internada en un centro, donde era tratada de una extraña esquizofrenia.

—Yo creo que Mariló no es muy diferente de nuestras oyentes —dijo provocador Mario.

—¿Qué? —respondieron todos al unísono, sorprendidos.

—Todas están un poquito locas, la verdad. Reconozco que son menos peligrosas, pero...

—Yo creo que están aburridas —le atajó Anita—. Amas de casa con poco que hacer.

—¡Qué dices! Se nota que tú no llevas una casa —saltó Aurora—. Ser esposa y madre de familia no es fácil. Menos con los tiempos que corren. Siempre contando el dinero...

—No te olvides de las jovencitas con la cabeza como una jaula de grillos. Todo el día pintándose, soñando con príncipes azules y... —se rio don Ramón.

—A mí lo que me parece es que las mujeres españolas saben a rancio —terció Michael—. Tanta moral mojigata, olor a sacristía e incienso.

La locutora se puso a defender a capa y espada a sus oyentes, sorprendida de lo que oía. Para ella, merecían el mayor de los respetos. No conseguía entender cómo sus compañeros hablaban así.

—No se puede generalizar —insistió—. No existe «la mujer española». Existen las miles, millones de mujeres españolas. Cada una con su realidad. Somos un país que está creciendo y ellas son responsables de ese cambio que vivimos.

Su jefe la miró con cariño.

«Esta Aurora siempre consigue enternecerme», pensó y, para evitar que aquello acabara en un derramamiento de sangre, decidió dar por terminada la conversación.

Echó mano de su chistera de anécdotas y recuerdos, y extrajo un par de los más viejos pero más divertidos.

Entre brindis y brindis, todos fueron desgranando sus mejores y peores momentos en la emisora. El tiempo se les pasó volando hasta que don Ramón, como jefe y veterano, dio la orden.

—Chicos, siguiente parada, ¡los fuegos artificiales!

La Avenida estaba a reventar de gente. Familias enteras habían tomado la calzada, instalándose con sus sillas y neveras de playa. Habían cenado allí para asegurarse un buen sitio para ver los fuegos artificiales. Más de un abuelo se había quedado dormido esperando que se hiciera la hora, a pesar de que a su alrededor los nietos más gamberros se entretenían lanzando pequeños petardos.

Por una noche, todos parecían convivir perfectamente con pandillas de adolescentes que bailaban y cantaban abrazados entre ellos y a sus respectivas botellas de cava.

—¿Cuánto cuestan un par de botellas? —preguntó don Ramón a un hombre que cargaba cubos llenos de hielo.

Los hombres del grupo revolvieron en sus bolsillos para aportar a la «causa común».

Dos segundos después, bebían a morro, pasándose la botella entre todos, mientras contemplaban como unos jóvenes universitarios saltaban sobre una hoguera improvisada.

Uno dio un traspie y Aurora, asustada, se tapó los ojos. Se imaginó al chico quemándose como un filete en la parrilla. A punto de gritar, sintió como le pasaban un brazo por los hombros.

Un olor familiar a colonia Varon Dandy y tabaco de pipa la reconfortó.

—Aurorita, ¡no te espantes! Esos chicos tienen muelles en los pies...

Sin abrir los ojos, sonrió.

Como si su gesto diera alas al interlocutor, este apretó con más fuerza su hombro.

—Chiquilla, ¡hay que ver lo sensible que eres! Tú lo que necesitas es alguien que cuide de ti —le susurró don Ramón, envalentonado por las burbujas del cava.

Aurora se zafó del brazo y se acercó hasta su compañera Ana, que en ese momento charlaba con un par de estudiantes que trataban de animarla a saltar. La psicóloga bromeó con ellos sin ninguna intención de hacerlo.

La locutora sintió los ojos de su jefe clavados en su nuca.

Le tenía cariño a aquel hombre tranquilo e irónico. Era un buen jefe y una mejor persona, bajo su dura coraza de veterano periodista. No tenía dobleces, era leal y justo. Sin embargo, por más que en algún momento había acariciado la idea de ceder a sus intentos de cortejo, sabía que entre ellos no había chispa. «Lástima, porque te solucionarías la vida», le decía su amiga y vecina Carmen. «Eso a los veintiocho o a los treinta y cinco vale. Pero tengo más de cuarenta, me defiendo sola. No voy a caer ahora en un amor de conveniencia. Estoy bien como estoy y ya he renunciado al amor», le había respondido ella en una ocasión. Aun así, no se engañaba. Si la atacara la pasión que destilaban algunas de las cartas de sus lectoras, no dudaría ni un segundo en romper con su pasado de solterona empedernida.

«Ojalá, don Ramón, las cosas pudieran ser diferentes con usted», pensó mientras los primeros fuegos rasgaban el cielo.

—Somos jóvenes —gritó divertido Michael mientras le aguantaba la puerta abierta del taxi a Anita.

—¿Y tú, bribón? —preguntó don Ramón a Mario.

La voz del técnico de sonido le llegó justo un segundo antes de que el taxi arrancara:

—¡La edad está en el espíritu y el mío es aún adolescente!

Aurora y don Ramón vieron como sus tres compañeros se perdían en la noche, camino de Bocaccio. Como si hubieran quedado enganchados al asfalto, ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

El hombre saboreaba aquellos segundos robados a solas con su amor. No quería romper el hechizo de la noche de San Juan y, aunque no tenía posibilidad alguna de que aquello acabara en un beso o una copa más, sentir su presencia silenciosa le era suficiente.

Aurora no sabía cómo encaminarse hacia casa. No quería que don Ramón la acompañara, por miedo a que volviera a tomarla del brazo o se atreviera a decir algo de lo que al día siguiente se arrepintieran. «El alcohol convierte a todos los Sancho Panza en Quijotes», se dijo.

Él la miró. Descubrió su debate interior. Era capaz de leer en sus ojos.

—¿Nos vamos?

—Yo estoy cansada y... —empezó a justificarse ella sin que nadie se lo pidiera.

—Y yo también. Mi espíritu no es tan joven como el de Mario —le guiñó un ojo mientras empezaba a caminar.

—Pues yo iré al metro y...

—Ni hablar. Estas calles están llenas de maleantes —la cortó su jefe—. Insisto en acompañarte a casa.

Ella tembló casi imperceptiblemente antes de que él añadiera:

—Paramos un taxi y te dejamos a ti primero.

Sentada en el asiento junto a aquel hombre y mientras cruzaban la ciudad, Aurora se permitió un momento de debilidad. Soñó con una vida diferente, en la que volvía a descubrir el vértigo de los besos de amor.

Tomó los problemas de Nicolás, los recuerdos amargos de Francisco y las facturas que se le acumulaban en la cómoda y los lanzó al fuego de la hoguera que ardía en la esquina de Balmes con Vía Augusta, unos metros antes de llegar a su casa.

A un par de kilómetros, en otro barrio de la misma ciudad, un chico de apenas diecisiete años repitió el mismo sueño y el mismo gesto que la locutora.

Toño escribió en un folio todo lo malo que le había pasado aquel año... y todos los años de su corta vida. Con buena caligrafía apuntó «lágrimas de mamá, gritos de papá, suspensos de mi hermano, deudas...». Junto con los apuntes de todas las asignaturas de aquel curso que ya acababa, excepto los de Matemáticas que le había quedado para septiembre, lo lanzó a la hoguera que la comunidad de vecinos había encendido frente a su portal.

Levantó la mirada hacia el balcón donde sus tres hermanos pequeños agitaban bengalas y pedían a gritos que les dejaran lanzar petardos. Su madre negaba con la cabeza mientras los vigilaba, mordisqueando un trozo de «su primera coca democrática».

Unos susurros llamaron su atención.

Una pareja pasó junto a él, besándose ajenos al resto del mundo.

Suspiró. Miró las llamas con atención y lanzó una promesa al aire:

«El año que viene, yo seré quien bese».

Cerró los ojos y pintó en su imaginación, con mano de artista, cada uno de los detalles de la cara de la chica que se había sentado junto a él en la sala de actos de la academia y que le había robado el corazón.

Dejó para el final su gesto triste y los finos labios.

«Con mis besos, los llenaré de risas».

Deseos que se llevan las olas

«Sobre ellos sigue el cielo tormentoso. Suben juntos el monte. (...) La Muerte, severa, los invita a danzar. Van cogidos de las manos haciendo una larga cadena y empieza la danza. Delante va la misma Muerte con su guadaña y su reloj de arena. (...) Ya marchan todos, hacia la oscuridad, en una extraña danza. Ya marchan huyendo del amanecer, mientras la lluvia lava sus rostros, surcados por la sal de las lágrimas».

Se hizo un silencio de espinas. La pantalla se fundió en negro y los ojos de Elisa se quedaron prendidos. Estaba segura de que, en algún momento, el director se asomaría y trataría de tranquilizarla diciéndole que nada de lo que acababa de ver tenía relación con ella, aunque le pareciera que era así.

Unos aplausos, primero tímidos y luego emocionados, rompieron el hechizo. La chica, con la cara llena de lágrimas, esperó a ser la última para salir de la sala de cine.

Pensó que tal vez ir sola a ver aquella película dramática en la noche de San Juan no había sido una buena idea.

Bajando por Paseo de Gracia, la vida corría desenfrenada a su lado. Grupos de amigos pasaban cantando y bailando, felices de disfrutar cada segundo de la noche más corta del año. Sintió una nostalgia imposible por algo que nunca había disfrutado.

«¿Será una nostalgia de futuro?», se preguntó mientras se paraba frente a los maravillosos escaparates de Santa Eulalia, una tienda fuera del alcance de sus bolsillos, pero no de sus sueños. El buque insignia de la alta costura dirigía, desde la segunda mitad del siglo XIX, los dictados de la moda de las grandes damas de la alta burguesía catalana.

Elisa y su familia no formaban parte de ella, pero sí de los cientos de mujeres que hacían realidad los deseos de las clases pudientes trabajando en la industria textil. Su madre era modista de los talleres de El Dique Flotante, gran competidor de Santa Eulalia y que tenía el local en el mismo Paseo de Gracia. Su tía era dependienta en ese mismo negocio.

«Y algún día, Elisa, tú también podrías trabajar allí. Es un sitio elegante, tranquilo y seguro. ¡Quién sabe! Podrías ser contable, atender a los clientes elegantes o...», le prometía su madre haciendo oídos sordos a los planes de su marido de que trabajara como secretaria.

Ella no estaba convencida de si aquel destino le atraía. Le gustaba la moda, pero

coser o atender al público *snob* eran otro cantar. Pero, ¿por qué discutírselo? Elisa pensaba que no llegaría a cumplir los veinte.

Perdida en sus sueños, tropezó con una pareja que, acaramelada, se había parado frente a la Pedrera para darse un beso mágico.

Cambió de acera para ver de cerca la Casa Amatller.

Este palacio modernista, mucho menos conocido que sus vecinos Casa Batlló y Casa Lleó Morera, era su favorito.

Pasó frente a él. Sorteó a una familia que, cargando un par de muebles viejos, se dirigían hacia alguna de las hogueras populares. La niña más pequeña lloraba asustada en los brazos de su abuela, que le aseguraba que los petardos no podían hacerle ningún daño:

—No son de verdad, mi vida, son solo pólvora.

Con el llanto de la niña aún clavado en los tímpanos, llegó a la altura de Plaza Cataluña, donde un grupo de desaprensivos se entretenían lanzando todo tipo de petardos a los transeúntes despistados.

Elisa tomó aire y corrió casi sin mirar. Como a la pequeña con la que acababa de cruzarse, a ella tampoco le hacían ni pizca de gracia aquellas armas en miniatura, «aunque lo máximo que puedan provocar sea un ataque al corazón a un ratón».

Sin resuello, paró.

Le pareció que estaba a salvo: el único sonido que se oía era el alarido de un pobre perro a la intemperie en un balcón. Buscó con la mirada al animal y, cuando lo encontró dos pisos por encima de su cabeza, le lanzó un beso volador.

Descubrió que sus pasos la habían llevado hasta el Drugstore Liceo, que había abierto cinco años atrás siguiendo la estela del éxito de su hermano de Paseo de Gracia, pero sin conseguir alcanzarlo.

Miró el reloj: más de la una de la madrugada.

Jamás había entrado a esas horas.

Aquella noche estaba siendo toda una aventura. Había cruzado muchas fronteras, como ir sola al cine de noche, vagar sin rumbo por la ciudad de madrugada y acercarse hasta las Ramblas, lo que su padre consideraba «territorio comanche» por las prostitutas y camellos que a esa hora trabajaban allí. ¿Por qué no cruzar una más? Sus padres la creían a salvo en casa de su inexistente amiga Piluca, con la que había ido al cine.

Consecuente con su mentira, no podía volver hasta primera hora de la mañana. Sentarse un rato y tomarse una Coca-Cola la ayudaría a mantenerse en pie hasta cumplir con su misión.

Empujó la puerta del local y le pareció haber cambiado de dimensión.

El bullicio había quedado fuera y entre aquellas paredes no parecía que nadie celebrara la Noche de San Juan.

«Aquí se esconden los irreductibles como yo, los que tratan de mantenerse cuerdos en medio de esta alegría obligada», se dijo Elisa.

Al final de la barra, un par de chicos aferrados a su copa y en medio de una nube de humo muy espesa, parecían discutir sobre el bien y el mal. Enfrascados en sus razones, no parecían darse cuenta de que, a su lado, una mujer mayor, con una cara desconcertantemente pintada, trataba de llamar su atención. A Elisa, sus collares falsos la conmovieron. Un hombre de la edad de su abuelo bebía a sorbos un café, atrapado entre las páginas de un libro. Su aire de genio despistado, un insistente tic con su pie derecho y la barba blanca hasta medio pecho lo convertían en un personaje ajeno a aquel universo.

—Es un antiguo catedrático de Filosofía al que el mal de amores volvió loco —dijo una voz a su espalda.

Absorta como estaba, no se dio cuenta de que se le había acercado alguien. Se giró sorprendida. Tras ella había un chico que vestía una camiseta negra en la que él mismo parecía haber escrito «Soyez réalistes, demandez l'impossible». Recordó que había visto un documental sobre el Mayo del 68 en el que algunos estudiantes pintaban esa misma frase en los muros de París.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? —preguntó Elisa, sin saber muy bien de dónde había sacado el valor para hacerlo.

—Vengo aquí todos los días —respondió el chico mientras le hacía un gesto para que se sentara con él en su mesa—. Si quieres te cuento su historia...

—Está bien. Me siento contigo si me cuentas su historia... y la tuya —respondió más por cansancio que por interés.

Cinco minutos después y con un refresco en la mano, escuchaba atenta a su nuevo amigo, Álvaro, un estudiante de tercero de Letras que soñaba con ser periodista. Este había conseguido captar su atención, haciéndole olvidar por un rato que era una adolescente sola, triste, agotada...

—Lo mío se explica rápido. Se me ocurrió discutir sobre el cuarto poder delante de toda la clase con el dinosaurio de mi profesor de Historia. Si era legítimo, si no... —calló al ver que el tema de discusión no le interesaba lo más mínimo a su interlocutora—. Y lo que pasa cuando contrarías a la autoridad...

—¿Suspenseo?

—¡Bah! Hubiera aprobado en septiembre... No, no... al dinosaurio le va más la tortura lenta. Me espera todas las mañanas, a las ocho, en su despacho de la Universidad Autónoma.

—¿Y le ayudas a preparar las clases?

—Frío —dijo misterioso Álvaro.

—¿Le limpias el despacho?

—¡Helado! —contestó molesto el chico.

Durante un par de minutos, Elisa continuó dando razones hasta que el universitario se cansó y le respondió directamente:

—Le cuento lo que dicen todos los periódicos nacionales, un par de provincias y un internacional. Por eso estoy aquí...

—¿Aquí? —preguntó sorprendida Elisa.

Miró a su alrededor. En la mesa que había a su lado, dos chicas y dos chicos reían sin parar. Ellos eran extranjeros y, se veía a la legua, que se habían conocido aquella noche en alguna fiesta. Detrás, una pareja se hacía confidencias al oído. Los intelectuales de la barra pedían la tercera ronda y empezaban una nueva discusión sobre la literatura mediocre que se escribía en ese momento.

Volvió a fijar la vista en Álvaro e insistió:

—¿Aquí?

—¿No sabías que es uno de los primeros puntos de la ciudad que recibe la prensa cada madrugada? Además, me queda cerca de los Ferrocarriles de Plaza Cataluña para ir hasta la Universidad Autónoma.

Elisa iba a añadir algo, pero el futuro periodista se le adelantó:

—Exacto, Agatha Christie. El día 24 de junio es fiesta y no hay clase. Pero qué quieres... ya le he cogido el gusto a esto —dijo abarcando el local con un movimiento de brazo.

Durante una hora, el chico le fue explicando las aventuras de «la fauna» que poblaba el Drugstore. La primera víctima de sus pesquisas había sido el antiguo catedrático que, en ese momento, dormía sobre la barra, completamente ajeno a la disección que hacían de su vida aquel par de jóvenes.

Álvaro le explicó que lo suyo era una historia muy clásica. Muy joven se había casado con la hija de sus vecinos. La chica le apoyó mientras él estudiaba la carrera, sacaba las oposiciones y conseguía la plaza. Tras la plaza, años encerrado en la biblioteca para dar a luz cientos de obras maestras mientras su mujer daba a luz a solas a tres hijas. Él hacía crecer su carrera y prestigio, ella a su familia. «Y entonces, a los cincuenta, todo se torció. Él alcanzó el éxito y se le cruzó una estudiante de diecisiete años, potente intelectualmente y... físicamente», le comentó su nuevo amigo. El resto había sido una caída cuesta abajo: cuando todo el mundo se enteró, expulsión de sus dos hogares, el familiar y el universitario. Su mujer cayó en una profunda depresión y las hijas acabaron viviendo con sus tíos.

—Claro, la estudiante no quiso saber nada de él y también lo dejó tirado... —murmuró indignada Elisa.

Álvaro negó con la cabeza:

—Los padres de la chica, muy ricos y religiosos, movieron sus hilos. Como era una menor de edad, se la llevaron. Cuentan que está interna en un convento de clausura. Dicen que, arrepentida de haber destrozado un hogar, se ha hecho novicia. Aquí pasa de todo, Elisa —comentó misterioso—. Piensa que este sitio apenas descansa...

Le habló entonces del guitarrista de un tablao flamenco de las Ramblas, el Chato, que se acercaba por allí, siempre del brazo de alguna turista alemana o francesa.

—El tío es feo como el diablo, no habla ni un solo idioma extranjero... no sé que les dará, que las tiene comiendo en su mano —dijo el chico.

Ella contestó:

—Su arte.

Álvaro prefirió no contarle a aquella ingenua que se comentaba que la tenía tan larga que salía hasta en *El libro Guinness de los récords*.

—¡Vaya! Nuestro cronista de la noche —les interrumpió una chica de unos treinta años.

Tenía cara de cansada, pero no parecía venir de ninguna fiesta. Sonriendo y sin ser invitada se sentó a la mesa con ellos.

—Me llamo Mayra —le dijo a Elisa a modo de saludo—. Y soy auxiliar en la farmacia de aquí arriba.

—Yo Elisa. —Alargó la mano para saludarla.

En ese momento, quedaron al descubierto dos pequeñas y viejas cicatrices en su muñeca.

Aterrorizada, retiró el brazo aunque fue demasiado tarde. Eran restos de un naufragio anterior. Mayra la miró con cariño, pero sin hacer ningún comentario.

La chica era otra habitual del Drugstore, donde cenaba las noches que le tocaba trabajar en la farmacia o se tomaba un café con leche cuando acababa el turno. A fuerza de coincidir con el estudiante de Letras, se habían convertido en buenos amigos.

—Esta noche, en esta ciudad, todos los menores de noventa están de verbena. ¿Cuál es vuestra excusa? —les preguntó a ambos—. La mía, tener turno hasta las dos de la mañana.

Álvaro y Elisa se encogieron de hombros sin saber muy bien qué responder. Elisa pensó en explicarle que en realidad ella sí estaba celebrando la verbena, aunque a su manera. Pero abrir su corazón a dos desconocidos era demasiado, incluso en esa noche loca.

A pesar de que opusieron resistencia, Mayra los arrastró de vuelta a la realidad. Las Ramblas eran una fiesta. Cientos de personas habían enloquecido: se bebían a borbotones la primera verbena en democracia, como si no pudieran creer que al otro año, y al otro, y al otro... iban a celebrarla otra vez.

Una corriente invisible, formada de electrones humanos, arrastró a los tres hacía un destino desconocido. Viendo que era imposible oponerse, Elisa, Álvaro y Mayra se tomaron del brazo, y se dejaron llevar entre besos con desconocidos, risas compartidas, frases cruzadas al azar, promesas eternas que duraban el cambio de un semáforo...

Cuando por fin pudieron volver a ser ellos, Elisa sintió la arena bajo sus pies. Cerró los ojos y respiró con fuerza: sus pulmones se llenaron de agua y sal. Y, sin saber muy bien por qué, sintió unas enormes ganas de llorar.

Primero, de emoción por aquella noche tan mágica y los nuevos amigos que había encontrado. Estaba claro que se entendía mejor con las personas mayores que ella. Le era difícil conectar con los de su generación y en cambio, aquella madrugada, sentía

que estos dos pájaros nocturnos y ella habían sellado ya un pacto. Su corazón se había contagiado de la alegría y la pasión que desbordaba a su alrededor. Pero una vez empezó a derramar lágrimas, ya no pudo parar y lloró también por todas las noches de soledad, la nostalgia de lo desconocido, de pánico a hacerse mayor... Y hubiera seguido llorando hasta deshacerse en aquella playa si no fuera porque sintió un brazo rodeándole el hombro.

La ternura de aquel gesto y de las dulces palabras de una joven auxiliar de farmacia fueron para ella el mejor de los bálsamos:

—¿Sabes que en muchas playas del mundo, en este mismo instante, miles de personas escriben sus deseos en papeles que lanzan al mar? Me gusta pensar que las olas llevan estos mensajes a los dioses para que cumplan los de aquellos humanos que se lo merecen.

Mayra le ofreció un par de servilletas que había tomado del Drugstore y un bolígrafo.

Elisa esbozó una tímida sonrisa.

No necesitó pensar dos veces su deseo: «Quiero volver a ver al chico de los dibujos».

Cruce de miradas y cartas

«No puedo esperar toda la vida sentado en la barra de un café a que te dignes a aparecer», murmuró Germán para sí mismo.

Contempló el calendario y grabó en su memoria aquella fecha: sábado 25 de junio. Era el día que su vida iba a cambiar.

«Cada semana recibes cartas, pero todas son para Virtudes Leo, la consejera. Esta semana vas a recibir una para ti, mujer», se dijo mientras abría el cajón del escritorio. «Te la voy a enviar yo, Germán Herrero, viajante de comercio y enamorado de tu voz», añadió.

Sacó la pluma que su padrino le había regalado cuando acabó el bachiller.

Germán escribía siempre con un boli BIC y la guardaba para las grandes efemérides, como cuando había firmado los papeles de la compra de su SEAT. «Sin duda, esta carta se lo merece», pensó mientras acariciaba la Montblanc.

La revelación trascendental le había llegado hacía unas horas.

El sábado era día de colada en la pensión La Perla.

También era su día de descanso, pero aún así tenía que madrugar porque, a las ocho de la mañana, doña Concepción pasaba por las habitaciones de los inquilinos reclamando la ropa sucia. A partir de ese momento, estallaba la tercera Guerra Mundial en el pasillo. Puertas que se abrían y cerraban, el ruido del aspirador, muebles que se arrastraban...

Aquella mañana, para evitar ponerse de mal humor, encendió la radio. Sintonizó una cadena de música y escuchó la lista de éxitos. Y de golpe, Demis Roussos, en el número dos del ranking, le habló directamente a él:

Si tengo que morir, querré que estés allí. Sé que tanto amor me ayudará a descender al más allá.

...

Para cruzar el umbral no deseo nada más. Acariciado por tu voz, morir al lado de mi amor. Me dormiré mirándote...

Dos noches atrás, había celebrado la verbena en una sala de fiestas del Paralelo con un grupo de colegas comerciales. Habían bebido, bailado e incluso ligado con varias mujeres que no estaban del todo mal.

Pero aquella mañana, al abrir los ojos, solo había añorado a una con la que no había estado: a la dueña de sus oídos y de su corazón. Sabía que hasta el lunes no

podría escucharla y la espera se le hacía demasiado larga. Así que, cuando la voz potente del cantante de origen griego inundó su pequeña habitación, supo que tenía que hacer algo.

Había bajado a la papelería de la esquina, donde solía comprar bolígrafos y libretas:

—Necesito un papel especial —dijo en voz no muy alta, a pesar de que no había más clientes en aquel momento.

Tres segundos después, sucedió lo que no quería que sucediera: las tres dependientas se acercaron.

—¿Cómo de especial? —preguntó una con rizos pelirrojos.

—Muy especial.

—Ya... ¿va a escribir a la familia real? —se rio la del pelo liso negro.

—¿O quizás va a redactar su tesis doctoral? —añadió la tercera, con el pelo rubio corto a lo *garçon*.

Él negó con la cabeza.

—Solo quiero un papel bonito.

—¿Cómo de bonito? —intervino de nuevo la pelirroja—. ¿Bonito para su abuelita? ¿Para regalárselo a su sobrina? O...

Tres pares de ojos se le clavaron en la garganta, esperando una respuesta, que no conseguía dar.

Germán tosió.

—Voy a escribir a un programa de radio para hacer una petición.

El desengaño se pintó en la cara de las chicas.

—Entonces, cuartillas normales. —La rubia le alcanzó tres muestras—. Elija el grosor.

—Quisiera algo más personal...

Los ojos de la morena brillaron mientras abría un cajón, dejando a la vista folios de diferentes colores y texturas. Alguno de ellos estaba perfumado y hasta la nariz de Germán llegó una mezcla de jazmín, rosa y lavanda.

«Estas tres brujas no piensan ponérmelo fácil», se dijo mientras veía como ninguna hacía el gesto de acercarle aquellos maravillosos papeles. «Para que veas, señorita Leo, esto que voy a hacer no lo haría por cualquiera... ¡Carajo! Nunca sabrás de mi esfuerzo».

—Está bien chicas —dijo acodándose en el mostrador de madera—. Me habéis pillado. Es para escribir a... una amiga especial.

Si alguien le preguntara, Germán juraría que de repente había sonado música en algún rincón de la vieja tienda. Las chicas empezaron a hacerle preguntas para las que él fue improvisando respuestas.

—¿Qué edad tiene la chica?

—¿La conoces mucho? ¿Es muy amiga o solo conocida?

—¿Es pasional, romántica, tímida o lanzada?

—¿Clásica o moderna?

La estocada definitiva la lanzó la de los rizos, que parecía la más veterana:

—Y lo más importante, ¿cuáles son tus intenciones con esta carta?

¿Cómo podía ser tan difícil comprar un simple papel y escribir una pequeña carta? Por un momento, Germán estuvo a punto de rendirse y huir corriendo sin volver la vista atrás, pero la dependienta rubia le bloqueaba la puerta.

—Entre treinta y cuarenta, han coincidido mucho, pero solo es una conocida, diría que es romántica y más bien clásica —repitió la vendedora morena, mientras enseñaba cuatro muestras a sus compañeras.

Hicieron una votación de la que él quedó al margen y le entregaron un paquete con cinco hojas de color malva claro y dos sobres a juego «por si con los nervios, se equivoca al poner la dirección».

—¡Suerte! —le dijeron las tres al unísono, mientras le acompañaban hasta la puerta entre risas.

—No olvide pasar a decirnos si ella contesta y, sobre todo, si consigue una cita —gritó la pelirroja cuando él ya enfilaba la calle.

Ahora, contemplando todo el material extendido en el escritorio, pensó que si la señorita Leo no le contestaba, «además de romperme el corazón me dejará sin proveedor de material. Tendré que buscarme otra papelería para comprar mis libretas».

Cerró los ojos. Acarició la pluma y empezó a escribir, mientras Camilo Sesto le cantaba a miles de personas a través de la radio.

Querida Señorita Leo,

Me llamo Germán y déjame decirte que soy un gran admirador tuyo. Desde hace más de dos años, no faltó a ninguna cita contigo. Todas las noches escucho tu voz a través de la radio.

Soy viajante de comercio. Vivo en una pensión. No tengo un hogar desde que, con veintiún años, dejé mi pueblo para abrirme camino en la vida. Perdí a mi padre muy joven. Mi madre es una buena mujer a la que llamo cada domingo y visito por Navidad. Ella, mi hermana y mis dos sobrinos son toda mi familia.

No me quejo. Es la vida que escogí. Siempre me ha ido bien así.

¿Mis posesiones? El coche con el que hago kilómetros para visitar a mis clientes, siete maletas llenas de muestras y un buen aparato de radio. Él es la puerta que me permite acercarme a ti y mi más preciada posesión.

No te engañaré.

Llegué hasta tu programa por casualidad. O por culpa de que la ruedecita del viejo aparato que tenía antes no funcionaba muy bien: buscando la retransmisión de un partido, tropecé contigo. Recuerdo como si

fuera hoy que leías la carta que había enviado un ama de casa que estaba convencida de que su marido se había vuelto un ludópata y participaba en timbas secretas de póker.

Me quedé enganchado por morbo. Me gustan las cartas y las apuestas. Nada preocupante, no vayas a pensar. Quería saber qué le ibas a contestar. Estaba seguro de que ibas a cargar contra el pobre diablo y que este no tendría ni posibilidad de defenderse. Pero no lo hiciste y me sorprendió.

Tienes una voz que acompaña, pero además dice palabras con sentido.

Por eso empecé a sintonizar El consultorio. Primero, los días que no había fútbol. Luego, todos. Si me pilla en carretera, lo escucho en el coche o paro en algún bar para cenar y pido que pongan tu programa. Si estoy en mi habitación, dejo de hacer lo que sea para atenderte.

Quiero que sepas que has despertado en mí unos deseos que no creía tener.

Ahora sueño con un hogar. Oigo tu voz, cierro los ojos y me imagino sentado en una butaca, mientras saboreo mi Dyc. Desde la cocina me llega el olor de la sopa que prepara mi mujer. Me entran ganas de decirle lo guapa que es, lo mucho que la quiero y que el domingo saldremos juntos a bailar.

Llamo más a menudo a mi madre. Quiero escuchar sus historias, repetidas una y mil veces, porque hablan de su vida y de la mía. Y he prometido ir a ver a mis sobrinos un fin de semana para llevarlos a un partido de fútbol.

Mira si soy diferente, que incluso he querido escribir una carta. Por favor, no es para que la leas en el programa.

Es para ti. Para darte las gracias.

He fantaseado tanto sobre cómo sería la cara que acompaña a la voz que me hace soñar... No sé qué edad tienes, ni el color de tus ojos o cómo te gusta vestir. Aún así, a veces creo que sé todo lo importante sobre ti por el cariño con el que lees las cartas y la seguridad de tus respuestas. Tienes que ser una mujer reservada pero alegre, dulce pero con carácter.

No sé si lo que voy a pedirte es habitual: respóndeme, por favor.

No quiero un consejo: quiero una carta.

Cuéntame qué te gusta hacer, con qué sueñas o qué te preocupa. Aunque sea solo una vez, seré el hombre más feliz de la tierra.

¿Crees en el amor a primera voz?

Yo, desde que te escuché, sí.

Germán

Releyó su carta, sin tener ni idea de que la destinataria, a unas cuantas paradas de autobús, hacía lo mismo con una misiva que le había llegado desde Alemania.

Querida Aurora,

Espero que estés bien.

¿Cómo está tu hermano Nicolás? ¿Sigue tan tarambana como siempre? Recuerdo cuando estudiábamos Filosofía, de eso hace ya mil años, que el chico ya prometía...

En fin, amiga, a cada una nos ha tocado lo nuestro.

Yo aquí estoy, en Alemania, muerta de frío. ¿Te creerás que en junio aún vamos con abrigo? ¡Y tú estarás a punto de meter los pies en el mar! ¿Quién me mandaría venir a hacer la tesis a este país de bárbaros? Total, para acabar convertida en un ama de casa anónima. (Lo sé, ahora estás pensando que eso me pasa por enamorarme del director de mi tesis, decirle «sí quiero» en mayo y quedarme embarazada en julio. ¡¿Qué quieres?! La toga me ponía tanto...).

Hans me ha prometido que este verano pasaremos las vacaciones de agosto allí. ¡Ya va siendo hora! Que los niños apenas conocen a sus primos y a sus abuelos. Y su castellano, que solo practican conmigo, ¡suena metálico! Resérvanos un montón de mañanas y tardes de tu agenda: no me vengas con excusas de trabajo. Si hace falta, llamo a don Ramón y le cuento una historia tremenda. Tenemos que llevar a los niños al Tibidabo, a merendar un chocolate a Petrichol, a comer en la ballena de Montjuich... y sobre todo al zoo. No sabes qué pesado está mi hijo pequeño, Martin, con Copito de Nieve.

Resulta que aquí, las clases de los pequeños también tienen el nombre de un animal. La suya es la de los Gorilas. Y no sé cómo ni dónde se enteró él de que en Barcelona, la ciudad de su madre, teníamos un gorila blanco. Se lo explicó a su profesor y este le ha pedido que haga un trabajo.

¡Me ha puesto la cabeza como un bombo! Se sabe toda su historia. ¿Tú sabías que nació en Guinea Ecuatorial? Resulta que un cazador de la zona mató a tiros a toda su familia porque le estropeaban los cultivos. Al acercarse al cadáver de una de las hembras gorila descubrió que llevaba aferrado a su espalda a un bebé albino que aún vivía. Ni corto ni perezoso fue y se lo vendió a Jordi Sabater Pi, el gran científico, por 15 000 pesetas. Total, que tengo que pedirte un favor. Para completar un trabajo especial que debemos presentar en julio, necesitamos alguna imagen del «artista».

Martin te pide «por favor, por favor, tía Aurora, mándame una postal de Copito de Nieve. Yo te mandaré una de la casa donde nació Beethoven, que mamá me ha dicho que te gusta mucho».

Ya ves a cuánto se cotiza uno de los grandes compositores de la historia. Escribe sinfonías para que acaben comparándote a un mono.

No somos ná, Aurora. O casi ná. Que tú trabajas en la radio y eso es ser casi famosa, ¿no?

Me tienes que contar exactamente lo que haces. Llevas una eternidad trabajando allí y aún no he conseguido que me des detalles. ¡Chica! Ni que trabajaras para la CIA.

Lo dicho, que este verano nos estamos viendo.

Hasta entonces, cuídate mucho.

Marta

PD: No olvides la postal de Copito de Nieve. ¿Te he dicho ya que era urgente?

Aurora no pudo evitar sonreír cuando el vendedor del quiosco de Las Ramblas le sacó toda la colección de postales de Copito de Nieve.

«Dudo que Martín encuentre tantas postales de la casa de Beethoven», se dijo mientras seleccionaba una.

—¿Lo prefiere usted de perfil o de frente? —le había dicho el vendedor.

—Que se le vea bien —dijo por decir algo.

—Entonces de frente. ¿Lo prefiere posando o haciendo alguna actividad?

—¿Actividad? —se sorprendió.

—Jugando, comiendo, lavándose la cara...

—Posando mejor —respondió sin mucho convencimiento.

—¿Con mirada fiera, dulce o indiferente?

Si una semana antes alguien le hubiera explicado que mantendría esa conversación, no se lo habría creído. ¡Aquello rozaba lo absurdo! Por no tener que pensar más, la locutora se hizo con dos primeros planos y un cuerpo entero del gorila, un sobre y sus sellos correspondientes.

De pie frente al buzón de Ronda San Pedro, escribió la dirección de Martín con una caligrafía esmerada. Tan concentrada estaba, que no se dio cuenta de que un hombre de treinta y tantos, alto y fuerte, se acercaba al buzón con un sobre de color malva en la mano.

—Disculpe —dijo él, alargando el brazo hacia la ranura.

Aurora dio un respingo y dejó caer su bolso.

Antes de que le diera tiempo a reaccionar, el hombre ya lo había recogido del suelo y se lo ofrecía.

—Lo siento, no quería asustarla —sonrió.

Había algo en su manera de moverse y hablar que inspiraba confianza. El corazón de Aurora se tranquilizó.

—No se preocupe. Estaba tan concentrada poniendo los sellos que no le he oído llegar.

Él hizo un gesto caballeroso invitándola a ser la primera en depositar su carta en el buzón.

—Espero que tanto la mía como la suya tengan más suerte que los tres millones

de cartas y postales que esperan en Correos —dijo ella a modo de despedida con una sonrisa.

—¿Qué me dice?!

—Lo que oye... ¡con el voto por correo se complicó todo y se les acumuló el trabajo! La falta de costumbre —añadió Aurora desde lejos, con una sonrisa tímida.

«Cartita, no me vayas a fallar ahora, ¿eh? Has de ser más lista que todas esas momias en sacas. Una mujer muy especial, que aún no lo sabe, te está esperando», dijo Germán al ver como la ranura del buzón se comía también su carta.

«Señorita Leo, estés donde estés, ¡vamos a buscarte!».

Deseos cumplidos

En aquel momento, la biblioteca estaba vacía.

La luz de última hora se colaba entre los visillos y caía directamente sobre el lomo de los libros de las estanterías, antes de barrer el suelo. Los pocos lectores que a finales de junio y a las siete y media de la tarde se aventuraban por allí tenían más de espíritu que de humanos.

«Si hay alguna hora mágica en la biblioteca, es esta», pensó Elisa, mientras se sentaba en una de las mesas del fondo, de espaldas a la puerta.

Era su momento favorito para ir. Elisa era fan declarada de la novela rosa. Ese día había acudido a buscar *El Milagro de San Bruno*, de una autora de prestigio internacional, Philippa Carr.

Ya tenía su ejemplar entre las manos.

Acarició la portada y se dispuso a leer el primer capítulo allí mismo. No podía esperar a llegar a casa. Tenía treinta minutos para perderse entre los prados de la campiña inglesa. Sin embargo, algo llamó su atención. Encima de la mesa había un cuaderno con tapas azules. Elisa lo apartó un poco. Si su dueño se daba cuenta, volvería a por él y no quería que pareciera que estaba cotilleando. Lo mejor era dejarla allí para que pudiera verla.

Trató de concentrarse de nuevo en la lectura, pero aquel cuaderno parecía empeñado en llamar su atención. La tapa era de un azul corriente, pero tenía su personalidad: alguien había pasado muchas horas llenándola de símbolos extraños. Reconoció el de infinito, pero el resto le eran desconocidos. ¿Qué podía contener? ¿A quién pertenecería?

Elisa no pudo evitar que su imaginación se pusiera a cabalgar. ¿Y si pertenecía a alguien de una hermandad secreta? ¿O si contenía los planos de algún edificio antiguo?

Lo más lógico hubiera sido pensar que pertenecía a algún estudiante con peor suerte que la suya. Un chico o una chica al que le hubieran quedado asignaturas para septiembre y tuviera que pasarse los primeros días del verano estudiando. Pero ese día, Elisa parecía haber reñido con la lógica.

Decidió que Philippa bien podía esperar a llegar a casa.

Miró a todos lados y vio que nadie parecía prestarle atención. Atrajo hacia ella la libreta y la abrió, buscando alguna pista.

Una fracción de segundo después, se quedó sin aire. Nunca hubiera imaginado lo que allí iba a descubrir.

«¡Esto es cosa de brujería!», murmuró.

Cerró los ojos. Era veintisiete de junio. Solo habían pasado cuatro días desde que formulara su deseo a los dioses del mar. Y estos, generosos, le habían respondido.

¿Cómo no reconocer aquellos caballeros y sus relucientes armaduras?

Empezó a pasar las páginas del bloc. Estaban llenos de fórmulas y operaciones matemáticas, pero en las esquinas aparecían cabezas de dragón, escudos con blasones imposibles o cascos de guerreros. Algunos estaban pintados con prisa, como si el tiempo se acabara; otros, con dejadez, eran simples bocetos, pero la mayoría demostraban el mimo que su autor ponía en ellos.

Sus dedos y sus ojos quedaron atrapados en aquellos trazos. Como si llevaran toda la vida esperando encontrarlos, no podía parar de pasar páginas, tratando de descubrirlos en los rincones más inesperados. Una multiplicación podía dar como resultado un caballero con lanza y una derivada, esconder las patas de un caballo.

Al llegar al final del cuaderno, el tiempo quedó suspendido a su alrededor.

Sus sentidos quedaron noqueados.

Lo último que el artista había pintado eran sus ojos, los de ella.

Pudo reconocerlos.

La interrogaban. Pero no tuvo tiempo de descifrar sus preguntas, porque una voz desconocida activó de nuevo el universo a su alrededor:

—¿No oyes la música?

Elisa no se atrevió a mirar.

Sabía a quién pertenecía esa voz.

Una mano le quitó con delicadeza la libreta.

—Gracias por cuidármela —añadió—. Para mí es muy preciada. Y no solo porque contiene todos mis apuntes de matemáticas y los necesito para el examen de septiembre...

Elisa siguió sin moverse.

—¿Vamos? —le preguntó la voz.

Ella hubiera seguido como una estatua de sal si no hubiera llegado la bibliotecaria con cara de pocos amigos.

—¿Te habías vuelto a dejar la libreta, Toño? —preguntó la mujer entre susurros—. ¡Un día perderás la cabeza! No sé qué hace tu pobre madre contigo...

El chico sonrió y se encogió de hombros.

—Venga, ¡ya es hora de que os vayáis! ¿O es que hoy queréis estudiar todo lo que no habéis estudiado en un año?

«Toño, Toño, Toño...» retumbó como eco en la cabeza de Elisa, mientras se levantaba y, cabizbaja, seguía al chico hasta la salida.

—Juegas con ventaja —dijo él una vez estuvieron fuera.

—¿A qué te refieres? —comentó sorprendida Elisa.

—Por ejemplo, sabes mi nombre y yo no sé el tuyo.

—Elisa —respondió tímida.

—Bonito nombre. Y, Elisa, además de fisgonear en las libretas de los incautos, ¿qué más te gusta hacer?

Ella se puso colorada y Toño se arrepintió en seguida de su broma. Él era lanzado y muy sociable.

«Esta chica es más bien tímida. Habrá que ir poco a poco», pensó.

—Está claro que te gusta leer —dijo él señalando la biblioteca—. ¿O también te ha quedado alguna asignatura?

—Lo he aprobado todo. Vengo aquí a sacar libros.

—¿Y qué te gusta leer?

En vez de responderle, Elisa le lanzó una pregunta:

—¿Vas a clase de dibujo? Dibujas muy bien. ¿Lo haces desde pequeño?

Para ella, era más fácil preguntar que responder.

Encantado de hablar de su pasión, Toño no se hizo rogar.

—Te lo cuento camino de tu casa. ¡Es una historia larga! —sonrió con el alma prendida de los labios de Elisa.

Se hallaba en una encrucijada: un sí de aquella chica le cambiaría el verano.

Elisa se puso a caminar.

Él la siguió sin saber que, a partir de ese momento, ya no iba a dejar de hacerlo en muchos años.

Falsos regalos

Los domingos soleados eran un regalo para Aurora.

Salía de casa temprano y bajaba por la calle Balmes hasta Plaza Molina. Tenía la costumbre de desayunar leyendo el periódico, siempre en el mismo bar y siempre con un chocolate con churros. Después, sus pasos la llevaban invariablemente hasta las atracciones Caspolino, de la Plaza Gala Placidia. Sin duda, la melodía de la nostalgia los guiaba.

Le gustaba el olor a manzanas de caramelo, las luces de colores y bocinas de los autos de choque. Pero, sobre todo, le encantaba perderse entre aquellas caras de ilusión de los niños y niñas que hacían cola con sus padres para montar en los caballitos.

Ella y Nicolás habían sido dos de ellos. Y aunque algunas de las canas que ya amenazaban su cabello se empeñaran en decir lo contrario, a ella le parecía que apenas habían pasado unos años de aquello. Los Caspolino formaban parte de su vida, pero también de la de miles de barceloneses desde que se abrieran en la década de los cuarenta.

Aquella mañana de julio no había sido una excepción.

Ahora, parada frente a un grupo de adolescentes que jugaban un apasionante partido de fútbolín, pensó en su hermano, como siempre que se acercaba por allí. Hacía muchos días que no lo había visto. Desde que la dejara plantada un par de semanas atrás, habían hablado por teléfono casi cada día, pero no había conseguido quedar con él. Siempre tenía alguna cita o un recado pendiente.

«¿En qué líos estará metido?», pensó la locutora, preocupada.

Miró al cielo, azul radiante.

Una idea acudió a su mente.

«Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña», murmuró mientras bajaba las escaleras de la boca de los Ferrocarriles.

Veinte minutos después, pulsaba el interfono de un viejo portal.

La calle, estrecha y oscura, era una como tantas de las que poblaban el Gótico que no salía en las postales. El olor a orines y a vino rancio envolvieron los sentidos de Aurora. No le gustaba donde vivía su hermano, pero sobre todo no le gustaba con quien vivía allí. Desde que se había cruzado con aquella mujer y su hija, todo iba de mal en peor. No las conocía, pero no necesitaba hacerlo para saber cómo eran ni a qué aspiraban.

Cerró los ojos: «Por favor, por favor... que me conteste Nicolás».

La cara de felicidad y el abrazo de oso de su hermano le demostraron que había tenido una buena idea al ir a buscarlo.

Un Nicolás algo ojeroso y más delgado se alegró tanto de ver a su hermana que a esta le pareció que iba a ponerse a bailar allí mismo. De su brazo, se sintió ligera. Se encaminaron hacia las Ramblas y tras ellos parecieron quedarse las preocupaciones y la tristeza. «Quizás son imaginaciones mías. Quizás Nicolás está bien y muy ocupado», se tranquilizó la locutora.

Se fundieron en la riada de turistas y barceloneses que avanzaban por entre los puestos de animales y flores.

—¡Paquito tiene un hermano gemelo! —gritó su hermano mientras le daba un codazo.

—¡Qué dices!

—Hola, compañero —saludó Nicolás.

Un loro verde lo miró indiferente. Cerró un ojo como si tratara de enfocar al personaje que tenía delante. Volvió a abrirlo.

—Loro bonito, dime algo —insistió.

El ave ladeó la cabeza. A Aurora le pareció que suspiraba una milésima de segundo antes de girarse y darles por completo la espalda.

—Vaya, que loro más poco sociable —protestó su hermano—. Mira que te compro y luego te hago a la cazuela con orejones.

Ella rio.

—O un loro con criterio. No se hace amigo de cualquiera.

Nicolás se encogió de hombros y centró su atención en una jaula con conejitos de indias. Mientras lo veía allá agachado, Aurora volvió a sentir cómo aquella mañana la nostalgia la mordía por segunda vez. «Me estoy haciendo vieja», se dijo con indulgencia justo antes de que su hermano la sorprendiera con un regalo.

—Una flor para otra flor —le dijo mientras señalaba una rosa roja que, solitaria, aguardaba en un cubo de plástico.

Una gitana entrada en años sonrió y se levantó calmadamente de su taburete.

—Nicolás, no hace falta... —dijo suavemente Aurora.

La gitana detuvo los brazos en el aire mientras con la mirada parecía interrogar más al destino que al joven caballero.

—¡Claro que hace falta! ¿O crees que no me acuerdo que te planté hace unos domingos? —contestó entristecido—. No sabes lo mal que me supo, pero... si me lo dejaras compensar con este pequeño detalle, me sentiría mejor.

—Ya está olvidado —sonrió ella, haciendo un gesto afirmativo a la vendedora que se apresuró a envolverla en un papel de celofán antes de que se fueran a arrepentir aquella pareja de indecisos.

Aurora nunca había soportado ver sufrir a su hermano pequeño. Incluso de niños, era capaz de aceptar un castigo por una falta que había cometido él antes de que Nicolás se quedara sin bajar a jugar a la calle o sin el sobre de cromos que le

compraba su padre los domingos. Daba por bien empleado su rato encerrada en el cuarto, al ver cómo salía corriendo con su moneda hacia el quiosco, riendo. Pocas veces se acordaba de darle las gracias por su sacrificio, pero ¿cómo culparlo? Tenía una sonrisa preciosa y una palabrería que, a los cinco minutos, hacía que te olvidaras de todo.

«No me extraña que tenga tanto éxito con las mujeres... Aunque solo mientras dura el espejismo», pensó triste Aurora.

—No estoy muy convencido de que me hayas perdonado del todo —dijo él zalamero—. Quizás si te invito a comer...

—¡Quita, quita! —respondió ella, muy seria—. Siempre vas justo. Prefiero que guardes el dinero para lo que puedas necesitar. Yo ya me siento feliz con esta rosa e ir de tu brazo por Las Ramblas. ¿Has visto con qué cara de envidia me miran algunas?

Nicolás volvió a reír y con fuerza.

Aurora lo miró de reojo.

A pesar de la mala vida que llevaba, más allá de las ojeras, parecía que el hombre hubiera hecho un pacto con el diablo. Su cara, entre los signos evidentes del naufragio, mantenía su belleza. En ese momento, un nubarrón enorme cruzó el cielo de Barcelona, pero también el corazón de Aurora.

«Maldita heroína, maldita una y mil veces».

—Quiero que sepas que las cosas están a punto de cambiar. Creo que por fin la suerte vuelve a estar de mi lado. Tengo algo en perspectiva, un negocio que no puede fallar.

A Aurora, la felicidad, le hacía bajar las armas.

Observando a los turistas detenidos frente a los trileros, que jugaban a esconder una bolita en un cubilete, no se dio cuenta de que a ella también empezaban a tenderle una trampa.

—Está bien, a comer no, pero ¿me aceptas un viaje en golondrina? —insistió su hermano—. ¡Hace tanto que no toco el mar!

—Si subimos al barquito, ¡tampoco lo tocarás! —dijo guiñándole un ojo su hermana—. ¿O piensas darte un chapuzón saltando por la borda?

Tuvieron suerte.

Compraron los tickets justo un par de minutos antes de que cerrara la taquilla. Escogieron un par de asientos cerca de la barandilla.

Nicolás recordó una broma que les hacía su padre de pequeños. Le dio un codazo y le dijo a su hermana:

—¡No te despistes un segundo y verás al delfín!

Según les contaba el hombre, el animal había acompañado durante años a unos pescadores catalanes, mar adentro. En las noches de espera, con la radio puesta, le echaban comida, le hablaban de fútbol... «Entonces, cuando los hombres decidieron que ya estaban mayores para seguir saliendo a la mar y que se volvían a puerto, él los siguió», concluía su padre, esperando el comentario que la pequeña siempre hacía:

«¡Claro! Se habían hecho amigos».

Él y Nicolás reían mientras le contestaban: «¡Qué va! Es que se había hecho del Barça y no podía vivir sin saber cómo le iba al equipo en los partidos. Por eso da vueltas por el puerto y, si algún buen ciudadano recita los resultados del último domingo o la alineación del equipo, el delfín salta y hace una pirueta».

Su hermano se asomó y empezó a declamar, ante una sorprendida pareja de ancianas, el once titular convocado para aquella tarde.

—¡Esto es vida! —dijo Aurora, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el hombro de un Nicolás que seguía concentrado en las olas.

—¿Te gustaría vivir así siempre, Ora?

—¿Así cómo? —preguntó su hermana sin darse cuenta de la segunda alarma que acababa de saltar.

De niños, Nicolás la llamaba Ora. Al crecer, ese nombre había quedado olvidado en el baúl de los recuerdos, junto con los Madelman cojos, los tebeos rayados y el correpasillos. Su hermano solo lo sacaba a pasear cuando había hecho algo malo o estaba a punto de hacerlo.

—Así como si fuera un domingo de julio soleado —le susurró al oído.

Como toda respuesta, suspiró.

Se hizo el silencio por unos breves segundos.

Los graznidos de las gaviotas cruzaron el cielo. A Aurora, aquellas aves carroñeras le parecían de mal augurio.

Abrió los ojos y tropezó con la mirada ardiente, casi enfebrecida, de Nicolás clavada en ella.

—Entonces tienes que ayudarme, Ora.

Alzó la vista al cielo.

Una bandada de gaviotas volaban dando vueltas sobre su barca. Sus gritos desesperados ahogaron los pensamientos de Aurora.

—No sé a qué te refieres... —trató de defenderse.

—He encontrado un par de conocidos que me han ofrecido un negocio que no puede fallar, en el sector de la importación-exportación —empezó a hablar el hombre, con la vista desviada al horizonte—. Es una oportunidad increíble. La que me sacará de problemas. Y tú podrás dejar la radio.

La locutora trató una defensa inútil.

—Pero si a mí me gusta ir a la radio a trabajar. Yo no quiero dejarla.

—Bueno, pues fíjate en lo que te digo, si esto sale bien ¡te podrás comprar tu propia radio! Y harás un programa de altura...

Aurora iba de nuevo a protestar, pero no le dio tiempo.

—¿No te gustaría tener un programa de cine? ¡Con lo que a ti te gusta!

—Sí, claro, Nicolás, me gustaría —calló antes de lanzar la andanada—. Lo que quiero saber es qué me va a costar tu sueño esta vez. Qué tiene que ver conmigo.

—¡Cómo eres! Eres mi hermana mayor, lo único que tengo. Así que en cuanto he

visto la oportunidad de oro, he querido compartirla contigo. ¿Qué clase de hermano sería si no?

«¿Uno normal?», se preguntó en silencio Aurora.

—No te doy más detalles, cariño, porque lo tuyo no son los negocios. Eso déjame a mí. Este es el definitivo. Cosa fina. Relojes suizos, bisutería de primer nivel francesa... Todo a través de Andorra. ¿Qué te parece? ¿Te alegras por mí?

Nicolás le dio un codazo.

—Igual, la próxima Navidad te puedo regalar una cadena de oro para la medalla de la Virgen del Carmen que te dejó mamá al morir. Aún no la has podido lucir. Sé que es mi culpa, que la empeñé en el Monte de Piedad y que tú solo has tenido dinero para desempeñar la virgen y no la cadena...

Aurora suspiró. Esta vez iba en serio: su hermano estaba sacando toda la artillería pesada.

—¿Y esos socios? ¿De dónde han salido?

Aurora se sintió como una cría de gato, lanzando un zarpazo, a un dóberman que la tiene acorralada en un callejón.

—Gente fina, Aurora. Me los presentó Angustias. Ya sé que ella no te gusta —tosió—, pero ya sabes que viene de familia bien, aún guarda algunos contactos con amigos de sus padres y... ha movido los hilos para hacerme un favor, la verdad.

Al oír el nombre de la mujer que tan poca confianza le inspiraba, la desazón le pudo.

«Si esto viene de la manipuladora, no habrá quien lo haga cambiar de opinión. La decisión está tomada», se dijo.

—Si lo ves tan claro, ¿por qué me preguntas qué me parece? —murmuró mientras, en un acto reflejo, agarraba su bolso.

—Uno no puede entrar en un negocio de este calibre y con gente de esta clase sin aportar algo —dijo su hermano apresuradamente—. ¿Lo entiendes, verdad? Ya sabes que en los últimos meses no he tenido mucha suerte y...

«Ni la has tenido ni la has buscado», pensó Aurora recordando la de veces que le había ofrecido pedir que lo aceptaran en el turno de noche de la recepción de la radio. Su hermano se había negado porque eso no era para él.

Nicolás calló. Midió sus fuerzas y lanzó el ataque definitivo, el que hizo temblar el alma de su hermana.

—Además ya les di mi palabra de que entraría, me han explicado algunas cosas y... ya sabes cómo se pone esta gente si creen que les has engañado. Si piensan que me he reído de ellos, que les he dicho que sí, pero era que no o... ¡Quién sabe qué pueden hacerme! Ya te he dicho que son gente de fiar. Tienen amigos poderosos, Aurora, que no es verdad que las cosas hayan cambiado. Los de siempre siguen ahí, pero se han cambiado el uniforme por el traje.

Un par de gaviotas volaron a ras, muy cerca de la cabeza de una pasajera que empezó a chillar. En el cielo, el resto de la bandada seguían haciendo círculos y

gritando por encima de su barco. Los pasajeros empezaron a ponerse nerviosos. ¿Qué les pasaba a aquellos pajarracos?

—¿Qué es lo que quieres de mí, Nicolás? —le preguntó ella, mirándole de frente, tratando de mantener un poco de dignidad.

—Veinticinco mil pesetas, que te devolveré con intereses —respondió apretándole las manos—. Y las necesitaría ya. ¿Podemos quedar mañana en el banco?

Las gaviotas se abalanzaron sobre la cubierta de su barco, como un escuadrón militar.

La pareja de ancianas, un grupo de familias, unos novios... todos corrieron en desbandada hacia el interior de la golondrina.

Solo una locutora de radio con lágrimas en las mejillas y un ausente jugador de ruleta rusa fueron testigos de cómo seis pájaros blancos con almas negras se daban un banquete con los restos de una rata atrapada entre unas sogas de la popa.

Vacaciones de asfalto

—Este calor nos va a matar, chiquilla. No pienso volver a tu casa hasta que te pongas un par de trastos de esos, unos ventiladores bien grandes...

Sole miró divertida a Rosario. La temperatura era la misma que cualquier diecisiete de julio, pero a aquella mujer eso le traía sin cuidado.

La mujer, de origen andaluz, era su mejor amiga. Juntas habían trabajado en el taller de costura cuando eran casi unas niñas. Sole se casó y lo dejó a petición de su Antonio, pero su amiga, con mucho más carácter y un marido «que es un chollo, para qué negarlo», decidió seguir trabajando. Veinte años después, la chica de un pastor de cortijo tenía una hija y su propio negocio, donde cosía por encargo para señoras de la burguesía. De las dos, de Amelita y de su tienda, se sentía muy orgullosa.

Durante esos veinte años, la andaluza había intentado convertirse en socia de Sole, más por el bien de su amiga que porque lo necesitara. Pero cada vez que esta se lo proponía a su marido, él echaba sus sueños por tierra.

—Eso ya lo hablamos. Tú a cuidar de los niños y de mí, de nuestra casa, que es lo que acordamos cuando nos casamos —le gritaba él.

—Está bien —le respondió Rosario la última vez que se vivió aquella escena—. No seremos socias en el trabajo, pero... ni tu marido ni nadie podrá evitar que lo seamos en la vida.

Desde entonces, con una lealtad a prueba de bombas, la andaluza había seguido a su lado a las duras y a las maduras.

—Para pingüinos estoy yo... ¿te imaginas lo que duraría un trasto de esos en mi casa, con cuatro salvajes como los que tengo por hijos? Claro, como la señora solo tiene una princesita...

—¡Ya te la cambiaba yo por Miguel o por Ramón! —resopló Rosario poniendo los ojos en blanco—. Apañados vamos su padre y yo. Solo tiene quince años y ya se da unos aires... ¿Nos habremos equivocado con tanta libertad? Ahora dice que este agosto se va de acampada con dos amigos, como lo oyes.

Sole rio. Era la madrina de bautismo de Amelita y la había visto crecer muy de cerca. «La chica no es mala, solo es presumida y le gusta divertirse. Ya sentará la cabeza», solía decirle a su amiga para tranquilizarla, aunque había días que ni ella misma estaba convencida de eso. Su marido, en cambio, solía decir que «si no atan corto a esa niñata, van a llevarse un buen disgusto. Con esas minifaldas, los tacones y pintada como una payasa desde tan joven...».

Una ráfaga de aire se coló en la cocina justo un segundo antes de que Toño

hiciera acto de presencia. El chico se pasaba casi todas las mañanas encerrado en casa estudiando y alguna tarde se acercaba a la biblioteca antes de irse con sus amigos a la playa o a Montjuich.

«El sol y el aire libre le sientan bien a este muchacho. ¡Qué color de piel tan bonito! Y qué alto está...», pensó la andaluza.

—¡Hola, tía Rosario! No sabía que estabas aquí —le dijo mientras le daba un beso en la mejilla.

—Ya ves, chiquillo, aquí, pasando calor con tu madre. Dicen que el calor es bueno para adelgazar —respondió la mujer, que estaba entrada en carnes—. La cocina es la sauna de las mujeres pobres.

Le guiñó un ojo sin dejar de pelar patatas.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó a su madre.

—Prepararemos una ensalada fría de patata. ¿Te parece?

Sole era la reina de las recetas con pasta, patata o cualquier hidrato de carbono. «Tanto hombre hambriento y en edad de crecer limita la fantasía culinaria», se quejaba siempre.

—Ajá... —dijo mientras su cabeza se perdía en la nevera—. ¿Queda limonada? ¡Con este calor me muero de sed y si me muero de sed no hay quien estudie mates!

Su madre asintió. Dejó sobre la mesa los tomates que estaba troceando para señalarle dónde estaba la jarra. El muchacho sirvió tres vasos y ofreció uno a su tía y a su madre.

—¿Y Toño no se va de vacaciones? —preguntó Rosario, en cuanto el chico salió.

—Claro, nos iremos todos dos semanas a la casa que mis suegros tienen en el pueblo. Cuando Antonio tenga vacaciones...

—Me refiero si no os ha pedido irse solo, como mi Amelita.

Sole la miró estupefacta.

—¡Lo que faltaba! No tiene un duro, debe estudiar, su padre lo despelleja... Tiene muchos motivos para no atreverse ni siquiera a soñarlo.

Rosario se quedó en silencio, pensativa.

—Todos nuestros vecinos ya se han ido o están preparándose para hacerlo —suspiró Sole—. Ayer mismo vi como los González, los del tercero, cargaban el 600 hasta los topes. Excepto a la abuela, que la han dejado con una tía tan vieja como ella, se lo han llevado todo a Benidorm.

—¡¿Qué me dices?! ¿Benidorm?

—Hombre, a mí lo que me parece sorprendente, es que dejen a la pobre mujer, que es un encanto y se pasa el invierno cocinando para todos —protestó Sole—. Irse que se vayan donde quieran.

—En el mercado, algunos puestos ya están cerrados y los otros, con la excusa de que se acercan las vacaciones, ya van teniendo poco género —añadió despistada Rosario, que seguía cavilando algo—. Los de la frutería se fueron también a la playa, creo que van a la Costa Brava. El pescadero y su mujer, este año, se han ido a

Mallorca. Como cumplen veinticinco años de casados...

A Sole, poco a poco, el barrio empezaba a parecerle un decorado de cartón piedra.

Era cuestión de días, le dijo a su amiga, «que los bancos de la iglesia se queden vacíos y los comercios cerrados del todo». Eso a ella, acostumbrada al bullicio de todo el año, le hacía sentirse extraña en su propio paisaje.

—Ahora me dirás que te da miedo ir a comprar el pan... —se reía Rosario.

—¡Serás tonta! Miedo, no. Simplemente, se me hace raro. Y pesado. ¡Tengo que ir mucho más lejos hasta que encuentro una panadería abierta! Y eso que no estamos en agosto... ¡entonces mi casa es un oasis en medio del desierto! —dijo melancólica Sole, a sabiendas de que el mismo treinta y uno de julio su amiga se marcharía con su familia hacia las Alpujarras.

Unas voces conocidas se colaron a través de la ventana de la cocina y las dos sonrieron.

—Al menos, los niños sí que están felices —le dijo Rosario dando un sorbo a la limonada.

—Pues sí, sin coches, las calles son suyas —respondió Sole, que veía salir a los tres pequeños con el balón a primera hora y no los volvía a ver hasta que el hambre apretaba. Improvisaban un campo de fútbol en el patio de la finca y montaban una liguilla que duraba desde San Juan hasta San Ignacio.

Sin horarios, sin deberes, campaban libres a sus anchas. Jugaban al fútbol, al escondite, montaban en bici y se convertían en los verdaderos dueños del barrio.

—Estaba yo pensando...

—¡Por fin me lo vas a contar! —saltó Sole.

—¿Por qué dices eso mujer?

—Porque llevas rato como ausente, dándole vueltas a algo.

—No te lo voy a negar... —sonrió Rosario—. Me conoces bien, ¿eh?

Sole asintió.

—Pues que tu hijo Toño me ha impresionado antes. Se le ve tan guapo...

Su amiga la miró sorprendida.

—¿Tú crees que si yo le pidiera que saliera...?

—Hombre, Rosario, que el chico no ha hecho los veintiuno...

—Por eso es perfecto.

—Ahora no te entiendo.

—Es buen chico, ¿no?

—Buenísimo —dijo orgullosa su madre.

—¿Formal?

—Pues sí. Algo soñador y, últimamente, le veo algo interesado en la política y eso no me gusta mucho... Creo que tiene un profesor de Historia que les da muchas ideas y eso...

—Pero nada serio, ¿no? ¿Tiene carnet? ¿Va de manifestación?

—¡Quita! —hizo un gesto de susto Sole—. ¿A qué viene este interrogatorio?

—Amelita tiene quince años. Sé que le gustan los chicos algo mayores que ella... quizás, un día, si le pidiera yo a tu hijo que saliera con ella... No sé... —suspiró—. ¡Harían buena pareja! ¿No crees?

—¿Buscas un canguro o un enamorado? —preguntó divertida Sole.

—Hombre...

—Lo digo porque como canguro, vale. Pero como enamorado, creo que llegamos tarde.

—¿Quéééééé? ¿Nuestro Toño está enamorado? ¡Qué callado te lo tenías!

Sole calmó a su amiga. Le explicó que no tenía confirmación, pero que desde hacía unos días, veía más soñador que nunca a su hijo: «Con decirte que el otro día, por primera vez en años, lo pillé dibujando... ¡a una princesa! No dragones, ni caballos, ni caballeros, no. ¡Una chica con una larga melena rubia!».

La tarde se coló en la cocina de las dos amigas, que hacía rato que charlaban mano sobre mano.

A lo lejos sonaron unas campanas.

—¡No puede ser! ¡Qué tarde se ha hecho!

—Llama a casa y diles que te quedas a cenar con nosotros. Así podemos escuchar juntas algún programa de la radio —exclamó Sole—. Me haría mucha ilusión por una noche...

Dicho y hecho, diez minutos después, los cuatro hijos de Sole cenaban en la cocina mientras las dos mujeres, en el balcón, escuchaban la radio.

Era una noche tan calurosa como había sido la tarde.

Rosario con un vestido de tirantes y lunares, se abanicaba sin parar.

—Estoy segura de que ellos tienen su buen aparato de aire acondicionado, de esos modernos, y no pasan estos calores.

—¿Quién? —preguntó Sole.

Rosario señaló la emisora con la cabeza.

—Los locutores de la radio, ¡¿quién va a ser?! —rio la andaluza.

—En vez de uno igual tiene una manada —bromeó Sole.

—O mejor aún, ¡tiene un par de esculturales mulatos que los abanican! A todas horas —atacó de nuevo Rosario—. Pero no será el único servicio que tengan.

—Seguro que las locutoras como la señorita Leo, no pelan patatas, como nosotras. Tendrá su cocinera, su doncella... ¡hasta su mayordomo! ¿Crees que también tendrá una estilista que la vista y una maquilladora personal?

—Chiquilla, ¡tú has visto muchas películas! Esto es Barcelona y no Hollywood —dijo Rosario.

Como si Sole no la oyera, perdida en sus pensamientos, siguió hablando sola.

—Pasará sus tardes con las amigas de compras. O tomando cócteles en un bar de lujo por encima de la Diagonal. Seguro que no tiene problemas de fondos —murmuró Sole, que se las veía y deseaba para llegar a fin de mes.

Su pasatiempo favorito a día treinta y uno era «sacarle el dobladillo a la libreta

bancaria» para poder pagar unos nuevos zapatos al pequeño o el dentista al mayor de sus hijos.

—Sole, si no te conociera, diría que estás un poco... ¿celosa?

—¿Por qué lo dices? —dijo divertida—. ¿Sabes lo que de verdad le envidio? El marido guapo y atento que debe tener. Y los miles de fanes que le envían flores a la emisora cada semana.

—Quizás tenga un amante también —contraatacó Rosario guiñando un ojo.

—¡No! Ella no es de esas. Imposible —la defendió Sole—. ¿No oyes sus cartas? Es una mujer de corazón, fiel.

Un suspiro escapó de un balcón del Ensanche y se perdió entre las estrellas. Sole pensó que las cosas del amor siempre resultaban complicadas. Apoyada en la barandilla de su balcón, miró como su amiga Rosario besaba a sus cuatro hijos un segundo antes de girarse hacia ella y decirle adiós con la mano. Cerró los ojos para mantener esa imagen atrapada en su retina.

—No he tenido suerte en esa clase de amor, pero si en todas las otras —dijo a todos y a nadie.

Principios que se dibujan

Tumbada en su cama, vestida con unos escuetos *shorts* y una camiseta de tirantes, Elisa trataba de sobrevivir al calor y al aburrimiento.

Contra lo primero, disponía de un ventilador que llevaba veinticuatro horas dando vueltas sin parar a sus pies. Vencer a lo segundo era mucho más complicado, aunque contaba con su diario y con Roberto Pistuny. El *disc jockey* de Radio España la acompañaba todas las noches «cuando las personas normales se van a dormir» y en su programa *Sin dormir que son dos días* sonaba la mejor música para ella y solo para ella.

Elisa tenía la sensación de que Pistuny descubriría sus estados de ánimo sin ni siquiera conocerla. Sabía qué necesitaba su corazón para seguir latiendo aquel verano que intuía que se le haría muy largo.

En medio de aquella travesía por el desierto que le parecían sus días, el encuentro con Toño en la biblioteca había sido un pequeño oasis. «¿O un espejismo?», se preguntó. Había pasado casi un mes desde que el chico la había acompañado a casa y no había vuelto a tener noticias de él. Es cierto que ella apenas había salido, «pero eso es una triste excusa para alguien que va de caballero como tú», murmuró.

En ese momento, en su emisora sonó *Morir al lado de mi amor* y el griego Demis Roussos, número uno la semana anterior, se desgañitaba. Se concentró en su diario. La última entrada larga la había escrito el día que decidió esperar la señal que la señorita Leo le había anunciado. La noche de san Juan, aquella loca noche que tan lejos le parecía ahora, creyó que era posible que algo mágico pudiera cambiar su vida. Un giro inesperado que la sacara de aquella atonía que le roía los huesos. Cerró los ojos y recordó con una leve sonrisa al futuro periodista y a la auxiliar de Farmacia con los que había acabado aquella noche en la Barceloneta. Habían quemado todo lo malo de su vida y rogado al universo por una nueva oportunidad.

«Un mes, ha pasado todo un mes. Creí que había hecho nuevos amigos pero... aquí sigo sola, bajo las estrellas, como antes», suspiró Elisa, quien solo había conseguido hablar con ellos por teléfono. ¿Cuándo sería mayor y podría salir con quien quisiera y el día que quisiera?

El vacío ocupó todo su cuerpo, como una masa espesa y pesada.

Releyó las frases sueltas que había escrito desde entonces. Suspiró justo en el momento en que Roberto Pistuny puso por tercera vez aquella noche la canción «destinada a ocupar el trono del verano». Camilo Sesto cantaba *Mi buen amor* y aquella letra se le colaba por los poros de la piel a la chica.

De espaldas al mundo, de cara al amor, desafiando al peligro. Entre beso y beso, una hiedra de amor nos abraza hasta unirnos.

Se aferró con rabia a su bolígrafo y empezó a escribir en su diario.

22 de julio

10 RAZONES POR LAS QUE ODIÓ EL VERANO

1. Los días son más largos que en invierno. Son eternos.
2. Las noches son más cortas, pero las pesadillas más intensas.
3. La gente es más feliz. Ríe más. Habla más. Todos, menos yo. Todos, menos mi familia.
4. Los amantes se dan más besos. Se aman más. Con más pasión.
5. Tengo que abrir las ventanas para respirar. Y al abrirlas, la vida se cuelga en mi habitación sin permiso. El sol, las mariposas, los gritos de los niños, el olor de la fruta madura...
6. No me gustan los helados ni los granizados.
7. No tengo horario ni obligaciones. Mi mente está ¿desocupada? Sin muros que la protejan. Los pensamientos se sublevan y los recuerdos me asaltan.
8. Tengo unos brazos muy feos. La tiranía de los tirantes y la manga corta me obliga a enseñarlos.
9. Todos se van al pueblo de sus abuelos. Yo no tengo pueblo ni abuelos.
10. HOY HACE 13 AÑOS QUE MI HERMANO SE FUE. ME DEJÓ SOLA. SE MURIÓ EL MUY COBARDE.

Apagó la radio y la lámpara. La luna se colaba por la ventana. Ya había tenido suficiente veintidós de julio. Solo eran las nueve de la noche, pero esas horas de vacío eran más de lo que podía aguantar.

Oyó como su madre llamaba a la puerta, pero no se movió. Aguardó a que también aquellos pasos pasaran de largo como tantas noches. Un «que descanses» le llegó desde el pasillo.

—Igualmente —respondió despacio.

Sabía que eso sería suficiente para que la dejaran en paz. O al menos lo era todas las noches.

Sin embargo, ese día cambió el guión. Un sobre se asomó bajo el marco de la puerta. Pensó ignorarlo, pero, en mitad de la oscuridad, su blanco la mordía. Cerraba los ojos y lo seguía viendo.

No tenía ni idea de quién podía haberle escrito. Tenía pocas amigas y ninguna de ellas era aficionada a la escritura.

Se levantó despacio. Sus ojos imantados en el sobre.

Dudó unos segundos antes de agacharse a recogerlo. No tenía sello. Su nombre figuraba en letras grandes. Alguien se había tomado muchas molestias y había llevado esa carta hasta su casa... Esa carta se había hecho esperar, pero en cuanto Elisa abriera la carta, perdonaría todos esos días sin noticias.

A la mañana siguiente, cuando su madre entrara a despertarla, la encontraría extrañamente risueña. Como no la veía desde hacía muchos años. La miraría con ternura sin atreverse a llamarla.

Sorprendida, descubriría que se aferraba con fuerza a un dibujo. Desde un papel medio arrugado, una Elisa poderosa, con sus ojos verdes y su melena rubia, avanzaba por un camino que parecía perderse entre unas altas montañas. Vestía una cota de malla de caballero medieval, calzaba botas por encima de sus rodillas y se protegía con un escudo en el que había una estrella de ocho puntas grabada.

¿Quién la esperaría al otro lado de ese misterioso camino?

15 ¿Casualidades?

Germán no la vio entrar.

Con los auriculares puestos y los ojos cerrados, se balanceaba al ritmo de los Bee Gees y las canciones de su *Saturday Night Fever*. Llevaba más de media hora en aquella postura ligado por un cable como cordón umbilical por el que le llegaba el alimento para su espíritu.

Tarareó la pieza que sonaba en ese momento, mientras se la dedicaba a la señorita Leo de sus amores. Aquel día tenía el cabello pelirrojo, mil pecas surcaban su cara y llevaba unos pantalones pata de elefante grises:

Ooooooh,

Hay historias viejas y verdaderas de gente tan enamorada como tú y yo. Y puedo verme a mí mismo dejando que la historia se repita.

A su derecha, una fila de adolescentes con acné y veinteañeros melencólicos hacían lo propio, aunque las notas que inundaban sus oídos eran completamente diferentes. Aerosmith, AC/DC e incluso Bob Dylan competían entre sí, ante el desespero de los vendedores de la tienda que cada sábado veían como «aquella bandada de cuervos», como los llamaba el encargado, ocupaban la sección de discos hasta que les amenazaba con dejarlos allí encerrados hasta el día siguiente. Solo el ruido de la persiana metálica de cierre parecía devolverles a la realidad.

«Siempre sois los mismos. ¿Ya saben vuestras madres que gorroneáis de esta manera? ¡Si por lo menos comprarais un disco ni que fuera al mes!», les diría cuatro horas después mientras los acompañaba hasta la salida.

En cambio, el viajante de comercio se estrenaba aquella mañana en aquel paraíso en el que convivían amas de casa a la búsqueda del electrodoméstico más fiable, con parejas de novios y suegras escogiendo los jarrones de la lista de bodas o con jóvenes amantes de la música sin un duro a la caza del último LP.

Desde que había puesto el pie en Viddosa, a Germán le había parecido entrar en un microcosmos con vida propia en la zona alta de la ciudad.

La esquina de Balmes con Atenas quedaba demasiado arriba para alguien que vivía en la Barceloneta. Si necesitaba comprar algo, se decantaba por los bazares del puerto o, como mucho, subía hasta El Corte Inglés de Plaza Cataluña.

«¿Cómo he podido vivir sin vosotros? Gracias, desconocida, que me has traído hasta aquí», pensó mientras acariciaba los lomos de decenas de vinilos dispuestos por orden alfabético.

Tan concentrado estaba que no pudo ver cómo la destinataria de sus pensamientos, aunque ni siquiera supiera que era ella, se desesperaba tratando de negociar con uno de los vendedores.

—Le prometo que ya pagué el disco —insistía.

—Señora, no lo dudo —meneó la cabeza el chico, inaccesible al desaliento de su clienta—, pero no tiene el resguardo.

—Ya le he explicado que lo perdí —musitó—. Este disco es muy importante para mí, por favor. Soy clienta habitual de la casa, vivo aquí detrás frente a la entrada del Parque Monterols y...

El vendedor, que a Aurora le pareció que podría ser su hijo, miró despreciativamente el disco que sostenía en su mano izquierda. ¿Todo aquel drama por un disco de ABBA?

—Ni siquiera es el último del grupo —suspiró condescendiente—. Son normas de la casa, señora. No me lo he inventado yo.

—Por favor, mañana es domingo y este disco es un regalo para una persona muy importante.

—¿Un novio? —preguntó él con un punto de sarcasmo—. Entonces, si es tan importante, no le importará volver a pagar. ¡No estamos hablando de miles de pesetas!

La locutora sintió una punta de humillación.

«¿Será posible este monigote! No tiene bastante con no darme el disco que encima se permite juzgarme», pensó mientras miraba cómo agitaba el disco ante sus narices en lo que a ella se le antojó un tipo de tortura sibilina.

—De acuerdo. ¿Podría llamar al encargado? —decidió jugar su última baza.

Al vendedor, sin duda, aquella desautorización le molestó.

—El señor Canals no le va a decir nada diferente a lo que yo le digo.

—Tal vez —le miró altiva—, o tal vez no.

«Quizás él sepa distinguir a las buenas clientas y cómo tratarlas». Le dio rabia no haberse maquillado aquella mañana. «Debería haberme puesto el abrigo negro con el broche de aguja y los tacones. Impongo más», reflexionó mientras miraba su vieja falda de pana y sus mocasines.

Realmente, aquel disco era muy importante para ella.

En menos de veinticuatro horas, Nicolás cumplía treinta y ocho años y le había asegurado que lo celebraría con ella.

Aquel mocoso imperturbable sostenía su regalo. Un regalo que ella le había prometido hacía días. Lo había encargado después de la mañana en el rompeolas, en que se sintió culpable una vez más por haberlo regañado. Se había negado a dejarle el dinero que le había pedido.

Contra todo pronóstico, su hermano no se había enfadado demasiado e incluso accedió a comer con ella el domingo de su cumpleaños.

«O sea, mañana. No tengo tiempo de ir a ningún otro sitio a por su regalo. ¡Qué

caray! Además este es mío, que lo he pagado y no estamos para ir tirando el dinero y pagarlo dos veces», pensó mientras sentía como la sangre empezaba a hervirle.

—Me extraña que una tienda de este nivel no lleve registro de qué encargos se pagan o no por adelantado. Sorprende que todo dependa de un pequeño papelito amarillo que el cliente, que es quien paga, deba guardar —dijo airosa y buscando la complicidad de un matrimonio de mediana edad que se había acercado al mostrador para hacer una consulta.

El chico calló y guardó el disco bajo el mostrador al ver cómo la pareja asentía. Pareció dudar y Aurora aprovechó para dar la estacada.

—¿Verdad que el disco estaba separado con mi nombre? —tomó aire—. Eso ya es una pista. Insisto, quiero ver al jefe.

—Creo que no hará falta —respondió una voz a sus espaldas.

Aurora se giró sorprendida.

—¿Disculpe? ¿Es usted el encargado? —preguntó, tratando de lucir su mejor sonrisa.

Ahí estaba su objetivo: tenía que convencer a aquel hombre de que ella era una clienta importante, que ese disco era suyo y que era de vital importancia que se lo llevara. Sin pagar otra vez, por supuesto. «Ojalá estuviera aquí la señorita Leo, ¡seguro que ella tenía un consejo para mí!», pensó para relajarse.

Tosió, pero antes de que empezara a hablar, el hombre la sorprendió.

—¡Dios me libre! Me temo que debe ser un trabajo muy aburrido estar todo el día tras un mostrador, vigilando que los empleados trabajen y haciendo la pelota a los clientes.

Aurora lo miró con atención y dulcificó su rostro ante la confidencia.

¿Conocía a aquel hombre? No recordaba su cara que, aunque no era especial, resultaba atractiva por la franca sonrisa que la cruzaba. Reconoció las canas que plateaban disimuladamente sus sienes: se parecían a las que ella empezaba a teñirse. El jersey de pico color burdeos era de buena calidad, pero no conseguía ocultar del todo el nacimiento de una pequeña barriga. «Nada importante siendo un hombre tan alto y ancho de espaldas», pensó la locutora.

—Seguramente —respondió despacio.

A pesar de haber pasado los cuarenta, cuando hablaba con desconocidos no podía evitar escuchar a su madre: «Aurora, de casa al colegio y del colegio a casa. Si un señor te para, tú ni caso. Y no aceptes caramelos».

Sabía que aquello era absurdo.

Era una mujer adulta, estaban a plena luz del día y en una tienda llena de vendedores repelentes, ¿qué podría pasarle? «Y sobre todo, este hombre inspira confianza», se sorprendió pensando.

Sonrió para sí.

Germán pensó que lo hacía para él y sintió que le daban alas.

—Me ha parecido que buscaba un papel —comentó misterioso—, un papel que

tal vez tenga yo.

«Está claro que no me recuerda», se dijo. Él la había reconocido en cuanto se había quitado los auriculares.

Aquella voz había llamado su atención.

Había barrido el mostrador buscando a quién podía pertenecer.

Y entonces la había descubierto a ella, la mujer que le había sacado temprano de la cama a pesar de que no tenía que ir a trabajar.

Aurora abrió los ojos como platos.

—¿Perdone?

Germán se divertía con la situación, ajeno a la curiosidad del vendedor y del matrimonio que esperaba su turno.

—¿Busca esto?

La mirada castaña de Aurora se quedó prendida de un pequeño papel amarillo con la palabra *pagado* impresa en rojo.

—No puede ser mi albarán... imposible —murmuró.

—*Ring Ring* primer álbum de estudio de ABBA —leyó despacio Germán, saboreando la magia de sus palabras.

—No entiendo cómo... —balbuceó Aurora, mientras cogía el papel que le ofrecían.

Germán bajó la voz y, señalando con la cabeza al joven vendedor, le dijo:

—Disfrute del momento.

Diez minutos después, los dos reían juntos en la puerta de Vidosa recordando el instante en que, con las orejas gachas, el chico había entregado el trofeo a una orgullosa Aurora.

—Se ha convertido en mi caballero, Germán —dijo haciendo una pequeña reverencia.

Él le guiñó un ojo.

—La verdad es que creía que mi buena acción de traer el albarán quedaría en el anonimato... ¡Pero qué le vamos a hacer! Está usted en deuda conmigo —calló un segundo y cambiando de tono de voz añadió—: y su novio también.

—¿Mi novio?

—¿No me dirá que se toma tantas molestias por una amiga? —siguió provocador.

—Por un hermano —respondió divertida Aurora.

El viajante le había explicado que el día que se cruzaron ante un buzón de correos, que ella no recordaba a pesar de haberse intercambiado un par de frases, se le había caído aquel papel del bolso.

—Como Cenicienta, salió corriendo, Aurora, y se montó en su carroza en forma de taxi. Por más que agité el brazo, ¡no se dio usted ni cuenta! —le explicó él.

Hasta ese día no había tenido tiempo de acercarse a la tienda para entregarlo y hacerle un favor a aquella desconocida que, como él, escribía cartas.

—¡Qué caprichoso es el destino! Justo hoy, que yo había decidido venir a recoger

el regalo...

—Le doy las gracias al destino —dijo él, galante—. Siempre es agradable hacer justicia ante un desalmado vendedor y salvar a una bella dama de sus garras.

Los dos rompieron a reír. En ese momento, Aurora oyó las campanas de una iglesia cercana.

—No se lo va a creer, Germán, pero... ¡Cenicienta volverá a salir corriendo!

—¿Llega tarde a casa? ¿La madrastra la espera?

—Hombre, don Ramón es feo, pero tanto como una madrastra... —comentó ella mientras empezaba a bajar por las escaleras de la parada de ferrocarriles de Padua.

Coqueta, lo hizo despacio, consciente de que el hombre le estaba mirando las pantorrillas con disimulo.

—Y ese afortunado don Ramón es... —preguntó Germán a una mujer que estaba a punto de desaparecer de su vista.

Como un lejano eco, ya un recuerdo, le llegaron la risa y las palabras de Aurora:

—¡Curioso!

«Esa voz, esa voz... ¡yo la conozco! Pero ¿de qué?», se preguntó mientras bajaba caminando por Balmes, sintiéndose enamorado de la dulzura contenida y rasgada que prometía.

Poco se imaginaba que, como él, en unos minutos, miles de españoles de todas las edades respirarían embriagados por el mismo sentimiento, cuando la señorita Leo les deseara buenas noches a través de las ondas.

Besos acuáticos

«¿Cómo es posible que esto me pareciera una buena idea?», se recriminó Elisa.

Miró a Toño.

Junto al bordillo de la piscina, él sí que parecía pasárselo bien. En ese instante, estaba hablando con dos amigas suyas enfundadas en un par de bikinis espectaculares.

Sentada en el césped, ella se parapetaba tras un libro y unas enormes gafas de sol. Eran las doce de la mañana y aún no se había quitado la camiseta.

«¡Estoy blanca como la leche! Y más plana que la mesa de planchar», pensó al recordar su imagen frente al espejo aquella mañana.

Imposible. No pensaba deshacerse de su escudo de algodón.

Uno de los amigos de Toño, del que ya había olvidado el nombre y que le parecía extremadamente bajo, se acercó empapado. Agitó su cabeza y la mojó. Ella se ruborizó. Se encogió de hombros, pero no dijo nada.

El chico le tendió una mano que quedó suspendida en el aire. ¿En serio pretendía que ella lo siguiera a la piscina?

Lo suyo no era hacer nuevas amistades. ¿Por qué habría accedido a venir con Toño y sus amigos a pasar el día a Piscinas y Deportes? Pensó que tenía que aprender a no ser tan impulsiva la próxima vez.

La culpa la tenía aquel dibujo que le había llegado hacía unos días. Elisa no pudo evitar que le recorriera un escalofrío al recordar con qué ansia lo había besado mientras se dormía aquella noche. La mano de su amor lo había dibujado para ella. No la había olvidado y, no solo eso, le sorprendió descubrir que a sus ojos era una princesa guapísima, llena de fuerza y energía.

Pero «de noche todos los gatos son pardos. Y él me había parecido diferente...». Ahora lucía un sol espectacular que, implacable, parecía empeñado en mostrarle las grietas de un amor que solo ella parecía sentir.

El amigo de Toño la dejó por imposible y se acercó hasta sus amigos.

Elisa simuló concentrarse en su lectura, *Orgullo y Prejuicio*.

Aún así, sintió como la mirada del aprendiz de dibujante se posaba sobre ella. De nuevo, notó un escalofrío que no supo si asociar a los ojos castaños que la miraban o a las nubes que habían decidido cubrir el cielo.

«¡Por fin! Ahora todos vendrán a recoger sus cosas, podremos irnos a casa y esta tortura habrá acabado», suspiró olvidando que una chica no puede controlar los movimientos de tahir del universo.

«He quedado con mis amigos para ir a la piscina el día veinticinco a las once. ¿Te vienes?» había sido la frase que había desencadenado aquella situación, escrita tras aquel precioso dibujo del que no se había separado ni aquella mañana. Lo buscó, perdido entre las páginas de su novela.

Mirarlo la tranquilizó.

—¡Qué frío! —exclamó una de las sirenas que habían despertado su envidia unos minutos antes.

Se dejó caer en la toalla junto a Elisa, que no tuvo más remedio que dejar la lectura para más adelante.

Como había previsto, la chica empezó a darle conversación, mientras el resto de la pandilla dudaba si salir del agua o no.

—¿Y de qué conoces a Toño?

—De la Academia —resumió Elisa.

—¿Vais juntos a clase?

Ella negó con la cabeza.

Recordó el día de las elecciones. Ella había entrado tarde en el salón de actos y se había dejado caer en el primer asiento vacío para oír cómo su profesor de Historia les hablaba del momento histórico que vivían. De su mano habían salido caballeros, dragones y princesas que prometían grandes aventuras.

¡Qué lejos le pareció ese momento!

—¿Y hace mucho que os conocéis?

Por un segundo, Elisa pensó que aquella chica era bruja. ¿Había leído su mente?

—No. Poco.

—Ya veo que lo tuyo no es hablar. ¿Dibujas también?

Elisa susurró:

—Yo no.

La chica estaba a punto de tirar la toalla cuando los otros tres se acercaron.

—Sandra, ¡no le hagas muchas preguntas a Elisa, que te conozco! —rió Toño, mientras se sentaba junto a las dos chicas—. Es una cotilla —dijo dándole un codazo.

—Da igual cuantas preguntas le haga... la respuesta es siempre la misma —contestó mosqueada.

Elisa la miró.

Desde luego, su presencia no le hacía mucha gracia.

—Está visto que hoy no vamos a ponernos morenas —dijo la otra amiga mientras se secaba con la toalla.

—Ni a nadar —se quejó el amigo bajito.

—Me niego a perder el día aquí sentada —se levantó de un salto la interrogadora—. ¿Quién se viene a jugar al minigolf?

A Elisa le gustó ver que Toño callaba mientras parecía interrogarla con la mirada. Ella le dio a entender sin palabras que no le apetecía mucho.

En realidad, le gustaba jugar al minigolf, pero no quería tener que hacerlo con

aquellos tres desconocidos, pensó mientras veía como se alejaban a las taquillas para alquilar sus palos.

Toño, callado, permaneció a su lado.

A pesar de que había refrescado, seguía con el torso desnudo.

Elisa se concentró en sus antebrazos, ligeramente torneados. Sus codos reposaban sobre sus rodillas y sus manos, largas y finas, parecían acariciar el aire. Sin darse cuenta, se descubrió pensando cómo sería sentir la caricia de esas manos sobre su piel. Cerró los ojos, temerosa de que sus pensamientos se asomaran a ellos.

—¿Qué vas a hacer este mes de agosto?

—Nada especial.

—¿No te vas de vacaciones?

Elisa pensó que aún era demasiado pronto para contarle la verdad. En su casa no había vacaciones. Su hermano se las había llevado al morir un verano. Nadie quería reír ni disfrutar en presencia de su recuerdo.

—No son buenos tiempos, ¿sabes? Mi madre no trabaja... —mintió—. ¿Y tú?

—Toda la familia nos iremos las dos últimas semanas de agosto al pueblo. Como todos los años.

Toño le explicó que sus tres hermanos pequeños no le perdonarían a su madre que les dejara en Barcelona. «En el pueblo hacen lo que les da la gana, con las bicicletas arriba y abajo. Allí mi madre es menos rígida y los abuelos los miman», dijo.

—¿Y tú no te lo pasas bien? ¿No te hace ilusión ir?

El chico sopesó su respuesta.

—Siempre lo he pasado muy bien, pero este verano, no sé, creo que aquí me lo pasaría mejor.

La miró como si tratara de decirle algo, pero las palabras no salieron de su boca.

—A mí me encantaría tener un pueblo para irme de vacaciones. La ciudad se queda tan triste en agosto... A veces, cuando voy por las calles y durante minutos no me cruzo con nadie, me siento un personaje secundario al que el director ha dejado olvidado, fuera de guión.

Toño sintió la sombra de melancolía sobre sus hombros.

—Eh, ¡pero aún falta mucho para el quince de agosto! Te propongo una cosa, que aprovechemos estos días para hacer mil cosas —rio ante su ocurrencia—. Tantas cosas que acabes agotada y solo sueñes con dormir durante el final del verano.

Elisa se imaginó corriendo de un lado para otro acompañada de Toño. Le pareció lo mejor que le había pasado en años.

«En toda mi vida», se dijo.

—De hecho, tengo el primer plan.

—¿Cuál?

De un salto, se levantó y le tendió las dos manos.

Ella se las tomó y él la alzó.

Elisa sintió vértigo con el impulso. Estuvo a punto de caer y, antes de darse

cuenta, estaba siendo arrastrada a la piscina.

—¡Espera! ¡No tengo otra camiseta para volver a casa!

—Ya buscaremos solución a ese problema cuando lo tengamos, ¿no crees?

Antes de que tuviera tiempo de quitarse la camiseta, el chico le había pasado un brazo por la cintura y se había lanzado con ella a la piscina.

Ni siquiera bajo el agua dejó de sentir la mano de Toño aferrada a su cadera. La misma mano que tiró de ella hacía arriba.

«Uno, dos, tres... ¡aire!», pensó al sacar la cabeza.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue una sonrisa.

—¿A que no está tan mal?

«Podría estar toda una vida aquí si me acompañara esa sonrisa», pensó milésimas de segundos antes de decirle:

—Mi camiseta necesitaba un lavado. ¡Gracias! —Se la sacó por encima de la cabeza y la lanzó fuera de la piscina.

Sin decir nada más, se puso a nadar.

Toño no pudo evitar mirar sus hombros. Sintió un deseo irrefrenable de acariciarlos mientras se alejaban, moviéndose al compás de unas brazadas armónicas. «Son perfectos», suspiró antes de desviar la mirada al lazo negro que se recogía tras la nuca.

Ella llegó al borde de la piscina, lo tocó y empezó a nadar hacia él. Segura.

A Toño le pareció notar pequeñas descargas eléctricas por todo el cuerpo. Se hundió bajo el agua. Por una milésima de segundo creyó que el tiempo se había detenido.

Allí abajo todo era silencio.

Abrió los ojos y le pareció ver a una sirena.

Elisa buceaba hacía él.

Toño nunca sabría de dónde sacó el valor para hacer lo que hizo.

La chica lo alcanzó, la retuvo por los hombros y posó sus labios sobre los suyos. Sintió como se estremecía.

Dos horas después, cuando se despedía de Elisa en la puerta de su casa, Toño consiguió unos gramos de valor por segunda vez:

—¿Nos vemos mañana? Podríamos ir de compras.

—¿Para?

—Colecciono cómics de segunda mano. Busco números atrasados de *Metal Hurlan*, una revista francesa.

Elisa no contestó. Se coló en su portal.

Al abrir su mochila, sus manos tropezaron con unas páginas.

Sorprendida, leyó: *Teniente Blueberry* de Moebius.

¡Era un cómic! Pero no cualquier cómic. Una nota resbaló de entre las páginas:

«Mi favorito. Te lo presto hasta mañana. Juntos encontraremos uno para ti en alguna tienda».

Sonrió.

«Te las sabes todas», murmuró bajito a un Toño que no podía oírla mientras corría por los pasillos del metro.

Se cambia corazón por disco

«Naranja, cola, limón. La Casera estrena... ¡tapón!». Germán fumaba junto a la ventana de su habitación, abierta de par en par, mientras escuchaba la radio. Era una noche especialmente calurosa y llena de estrellas. El resto de inquilinos de la pensión La Perla se habían ido de vacaciones. Incluso la urraca del ama, doña Concepción, parecía haber bajado la guardia. Apenas se movía del salón y procuraba no cruzarse con él por el pasillo.

«Esto parece un pequeño trocito de paraíso. Lástima que en unos días me tenga que ir para el pueblo», se dijo observando a un grupo de vecinos que habían salido con las sillas a la calle.

Las mujeres agitaban abanicos de mil colores mientras hablaban sin parar. Sus maridos, cerveza en mano, echaban una partida de dominó. Desde la esquina, le llegaban las voces de un grupo de chiquillos que se lanzaban globos de agua.

Saboreó el último trago de whisky.

La sintonía de su programa favorito captó su atención.

Como cada noche, la señorita Leo acudía puntual a su cita con él. Con él y con miles de barceloneses, pero, como se jactaba ante sus colegas de trabajo, «no me importa, porque nunca he sido celoso».

Cerró los ojos.

Agudizó los sentidos. Le pareció que la voz susurraba a su oído, dándole las buenas noches. Dulcemente, le preguntó qué tal había ido el día. Y antes de que él pudiera contestarle, una nueva carta se coló entre ellos.

Querida Señorita Leo,

Recurro a usted porque estoy a punto de volverme loca.

Llevo cinco años saliendo con un chico. Él quiere casarse conmigo y a mí se me acaban las excusas para postergar ese momento.

La verdad es que es trabajador, buena persona y está profundamente enamorado. Mis amigas dicen que es muy guapo y mi madre, que será el marido perfecto.

Solo hay un problema: que estoy enamorada de su hermano.

Todo empezó como una tontería. Cosas de chiquillos.

Unas miradas, unas palabras amables, un piropo... ya sabe como son estas cosas. De lo más inocente hasta que un día nos rozamos sin querer. Antes de darnos cuenta, nos dábamos un beso. Ya no puedo seguir

escondiéndolo: le amo.

¿Qué hago?

Me he enamorado del hermano incorrecto.

Sin embargo, no soy capaz de enfrentarme a mi novio, a toda mi familia y a la suya. Sé que no me lo perdonarían. ¿Podría empezar una nueva relación con su hermano si todos nos dan la espalda?

¿Llegarían a perdonarnos? ¿Seríamos felices?

Hay días que pienso que lo mejor sería casarme y esperar que el tiempo borre este amor traidor que ahora me corroe.

Otros días, sueño con huir con él a donde nadie nos conozca.

Estoy hecha un lío.

El tic tac del reloj es una amenaza y, si no pongo remedio, tres personas seremos muy desgraciadas.

Espero sus palabras. No me falle.

Un corazón dividido

Germán se levantó de un salto.

Clavó la vista en su viejo aparato de radio, que descansaba en la mesita de noche. Cuando ella acabó de leer la carta, se acercó hasta allí.

—Yo a ti te conozco... —murmuró.

Acarició el aparato, animándolo a que le confirmara sus sospechas.

Sin embargo, en ese momento, un hombre anunciaba un nuevo modelo de auto francés: «Renault 7, todo un coche».

—No es a ti a quien quiero oír, vamos preciosa, vuelve... —suspiró—. Una palabra más, una sola, y por fin...

Corazón dividido,

Realmente te enfrentas a un grave problema...

—¡Tú! ¡Tú! —soltó Germán.

Sacudido por una descarga, se asomó a la ventana.

—¡Es ella! —gritó a los sorprendidos vecinos.

Por un momento, los hombres interrumpieron su partida, alzaron la cabeza y lo miraron. Pero pronto regresaron a su juego y Germán se sintió más solo que nunca.

Había descubierto a la dueña de la voz que le había robado el corazón y al mundo no parecía importarle.

«Peor para ellos», se dijo mientras volvía a llenarse el vaso.

Sin duda, aquello había que celebrarlo.

—No eres como te imaginaba, señorita Leo —suspiró—. Aunque te he imaginado de tantas maneras...

Cerró los ojos para rememorar la última imagen de las pantorrillas de Aurora

antes de desaparecer en la boca de los ferrocarriles de Padua.

Sonrió al recordarla bajando despacio, escalón a escalón, a sabiendas de que él la estaba mirando. Llevaba una horrible falda y unos mocasines. «Sin duda, no esperabas encontrarte con nadie», pensó. Trató de imaginársela con una bonita blusa o un vestido de fiesta, escotado.

—Te tengo —dijo a una invisible mujer.

De encima el armario bajó una vieja maleta de cuadros escoceses. La dejó sobre la cama, la abrió y empezó a sacar libros, jerséis de invierno...

—Tiene que estar por aquí —murmuró revolviendo con insistencia.

Antes de que sus ojos encontraran el tesoro, sus dedos se lo anunciaron.

Una excusa en forma de vinilo: un disco de ABBA difícil de encontrar.

—Señorita Leo, no vas a tener más remedio que darme una cita. Aún no lo sabes, pero el grupo sueco nos va a hacer de celestinos.

Había visto la insistencia de la mujer por conseguir uno de los trabajos de aquel grupo.

«Me dijiste que era para tu hermano, pero ¿no sería para ti y te daba vergüenza reconocérselo a un desconocido?», pensó.

Tenía que trazar un plan.

Para empezar, debía descubrir su nombre completo verdadero. No le bastaba con Aurora y estaba claro que señorita Leo era su pseudónimo. Una vez lo supiera, le dejaría una nota con el disco en la recepción de la radio. «Y a esperar el milagro», suspiró.

Besó el disco.

—Tráeme suerte y tengo la corazonada de que nunca más volverás a dormir en una vieja maleta...

18

Cruce de caminos

Solo eran las diez de la mañana y Aurora ya había estado a punto de abofetearse a sí misma en tres ocasiones.

La primera, en cuanto sonó el despertador, abrió los ojos y se levantó para acudir a aquella cita.

La segunda, frente al espejo. Tenía que reaccionar.

La tercera, al saludar a su hermano con una sonrisa, como si nada hubiera pasado.

Y sí había pasado. Una vez más, Nicolás había ganado la partida.

La noche anterior la había llamado llorando desde una cabina. Le perseguían. No podía volver a casa.

—Veinticuatro horas, Aurora, es todo lo que me han dado. Han aplazado mi ejecución por un día. Si no pago, en unas horas seré pasto de los peces —había gimoteado.

¿Quién sabía si sería cierto?

¿Quién quería esperar veinticuatro horas para descubrirlo?

—Hermana, te debo una muy gorda —le dijo Nicolás a modo de saludo.

«¿Solo una?», pensó la locutora, pero prefirió callar, sonreír y encaminarse hacia la oficina bancaria en la que debían hacer el depósito. Cuanto antes fueran, antes acabarían con aquel mal trago.

Aurora estaba a punto de perder casi todos sus ahorros.

—Te devolveré hasta la última peseta —comentó su hermano, como si pudiera leer sus pensamientos—. Esto es solo un bache. Tú lo sabes.

Nicolás la estrechó por los hombros mientras esperaban en el paso de peatones a que el semáforo se pusiera verde.

Ella asintió.

Se sentía muy desgraciada.

No tenía fuerzas para hablar. Creía que si dejaba salir una palabra por su boca, se derramarían todas las lágrimas que sus ojos escondían.

Había imaginado que, con aquellos ahorros, quizás podría irse con su amiga Carmen a conocer París.

«Solo tres o cuatro días, en primavera», habían soñado las dos amigas mientras tomaban un café en la cocina de su vecina. O quizás podría sacarse el carnet de conducir.

Aurora estaba diciendo adiós a todos aquellos modestos sueños, tan absorta que no vio cómo un hombre sentado en un banco estaba a punto de hacer lo mismo con

los suyos.

Germán la había reconocido de lejos.

En cuanto la locutora puso un pie en la Plaza Cataluña, sus ojos la encontraron. Vestía pantalones azul marino y una bonita blusa blanca con alguna transparencia. Su pelo castaño le caía suelto por la espalda.

Siempre había presumido de buena vista y esa mañana, a principios de agosto, la maldijo. La Señorita Leo cruzaba la plaza del brazo de un hombre que parecía algo más joven que ella. Él le sonreía constantemente y, aunque ella parecía algo ausente, se dejó besar en la mejilla en un par de ocasiones.

Germán sintió que la bolsa de plástico quemaba en sus manos.

Dentro, sus sueños y un disco descatalogado con canciones de amor parecían chamuscarse.

«Maldita sea. ¿Por qué se me habrá ocurrido justo hoy venir a la radio a traerle el regalo?», se regañó.

«¿En qué mundo vives, Germán? Una profesional y guapa como la señorita Leo, soltera... A ti te iba a estar esperando», se dijo, mientras veía como la mujer de sus sueños se dirigía hacia la sucursal de un banco.

Su cabeza empezó a dar vueltas.

«¿La sigo? ¿Me vuelvo a casa? ¿Espero a que salga? ¿Me acerco?», se preguntaba sin parar.

Siempre había sido un hombre de acción, ¿qué le estaba pasando?

Tomó aire.

Alzó la mirada y la perdió entre la bandada de palomas que alzaban el vuelo en el centro de la plaza.

Un chico y una chica giraban movidos por una música que solo ellos podían oír, espantando a las aves. Por un momento, Germán se dejó llevar por sus risas para olvidar sus penas.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Cada día?

—Cada día.

Toño tomó las manos de Elisa. Se las estrechó. Y empezó a girar, arrastrándola con él. Quería dar vueltas más y más rápido, como si así pudiera hacer pasar las agujas del reloj.

—Quince días no son nada. Pasan volando —le había dicho Sole a su suplicante hijo. Le había pedido quedarse en la ciudad aquel verano, con la excusa de estudiar Matemáticas para septiembre.

Sole, que conocía al chico como la palma de su mano, hacía días que tenía la mosca detrás de la oreja así que no cayó en la trampa.

La noche anterior, cuando los pequeños dormían y su marido hacía el último turno de trabajo antes de las vacaciones, lo había invitado a sentarse con ella a la

fresca del balcón. Con una limonada en la mano, inició el tercer grado.

Al principio, Toño se había resistido a dejarle ver los sentimientos que escondía en su corazón. Con paciencia de cirujana, fue abriéndose camino entre las excusas, las pequeñas mentiras y las respuestas evasivas.

En un momento dado, le miró de frente:

—¿Cómo se llama? —le había dicho.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuál es su nombre?

Él iba a contestar que no sabía a qué se refería cuando se dio cuenta de que hacía un buen rato que le habían descubierto.

—Elisa.

Una vez dejó escapar su nombre, todo se volvió más fácil. Le contó a su madre cómo la había conocido en la academia y la suerte que tuvo una tarde en la biblioteca al tropezarse con ella.

Sole escuchó con paciencia y cariño, pero no cedió. Toño se fue a la cama enfadado: pasaría dos semanas lejos de su chica, justo ahora que estaban empezando a salir.

Su madre se quedó un par de horas más, a oscuras, en el comedor de su casa. Y los recuerdos la asaltaron. La primera vez que vio a Antonio, en el taller. El chico llegaba cargado con tres rollos de tela. Al pasar cerca de ella, la punta de uno de seda bermellón se quedó enganchada en la esquina de la mesa. Él no se dio cuenta y siguió caminando, dejando tras él un reguero de metros y metros brillantes. Las chicas del taller empezaron a reír sobre todo cuando vieron a la joven Sole correr tras él, tratando de recoger el rastro de seda que él dejaba.

Desde entonces, ella siempre había corrido tras él: barriendo el suelo que pisaba, lavando la ropa que ensuciaba o recogiendo las migas que tiraba.

Suspiró al pensar lo traidor y engañoso que podía ser un primer amor.

Su hijo Toño, ignorante, dormía soñando con la cita del día siguiente en Plaza Cataluña. Había quedado allí con Elisa para despedirse. Le hubiera gustado decirle que se quedaba con ella, todos y cada uno de los días de agosto. Pero su madre se había mostrado inflexible: se iba al pueblo con todos. Los abuelos los esperaban con ilusión y él no tenía edad para quedarse solo en casa.

Pero en medio de la Plaza Cataluña, mientras se bebía a besos la boca de Elisa, la noche pasada le parecía muy lejana. No recordaba nada de todo aquello porque solo el deseo indomable de recorrer el cuerpo de su chica con las manos ocupaba su mente.

Él le había pedido que le esperara. Ella le había pedido que no la olvidara.

Él le había asegurado que no podría aunque quisiera. Ella había exigido una prueba: un dibujo cada día de los que estarían separados.

En ese momento, Germán apartó la vista de la pareja que, ajena a él, se hacía aquellas promesas.

Los besos eran suyos y solo suyos. No quería robárselos. Quería los suyos propios. Y sabía de quién los quería.

Nunca había sido un cobarde. Llevaba años esperando ese momento.

«¿Ahora te vas a rendir? ¿Vas a tener miedo de un cualquiera como ese? ¿Cómo sabes que ella no está cansada de él? Quizás ni siquiera le quiere...», se dijo mientras empezaba a subir por Paseo de Gracia.

Diez minutos después, discutía con el recepcionista de la Radio, que se negaba a marcar el número de la Señorita Leo para que la saludara...

—Lo único que puedo hacer por usted es recoger el paquete y entregarlo — repuso apiadándose de aquel fan.

El recepcionista estaba habituado a que fueran mujeres las que insistían en ver a la locutora, así que le hizo gracia pensar que aquel hombre, con buena planta, siguiera un consultorio sentimental.

Germán aceptó el atajo que le ofrecía el destino.

«Lo importante es que reciba mi regalo y la nota», se dijo mientras abandonaba la emisora.

Lo que en ese momento no se podía ni imaginar es que cuando se lo dieran a Aurora, esta correría a encerrarse en el baño de la emisora.

Allí, a solas, rompería a llorar. Estrecharía el disco como si fuera un salvavidas. En uno de los peores días de su vida, el universo le había vuelto a demostrar que debía confiar, aunque fuera en un casi desconocido.

«La felicidad existe aunque conmigo sea algo esquiva», se dijo Aurora mirándose al espejo. Sintió el enorme impulso de besar las letras que la mano de Germán había escrito.

El sabor a tinta y humo de sus labios la acompañaron durante las dos horas del programa.

Una carta especial

—Tres, dos, uno... ¡en el aire!

El silencio más absoluto reinó en el estudio de la calle Caspe y en los miles de hogares que a esa hora sintonizaban el programa.

Mario, sorprendido, golpeo el micrófono con el que se comunicaba con la locutora. ¿Habría fallado? Justo ese día en que todo tenía que salir perfecto: ¡grababan en directo! Había sido imposible grabarlo durante la semana por filtraciones de humedad en los estudios... ¿Cómo podía pasar algo así en una radio de ese nivel? Ni el técnico ni nadie lograba explicárselo.

—Tres, dos, uno... ¿me oyes, Aurora?

Se puso de pie. Empezó a hacer gestos hacia la pecera en la que, una cabizbaja Aurora, parecía contar las motas de polvo de la moqueta.

«¡Mierda! ¿Y si le ha dado un jamacuco justo en este momento? Y el resto, se han ido al Café. Mira que les tengo dicho que no lo hagan todos juntos...», pensó mientras enchufaba de nuevo la sintonía del programa. Eso le daba dos minutos de tiempo. Salió de la sala de sonido y corrió hacia la puerta del estudio. La abrió. Como si el sonido hubiera despertado a Aurora, esta alzó la cabeza, esperó oír el último acorde, se acercó al micro y saludó a los oyentes.

Mario respiró y volvió corriendo frente a la mesa de sonido sin saber que ese no iba a ser el único susto del programa.

—Hoy tenemos una carta especial —anunció Aurora con voz temblorosa—. Una mujer muy valiente se ha atrevido a abrirnos su corazón y, nosotros, hemos querido asomarnos a lo que tenía en su interior.

A Mario había algo en el ambiente que no le gustaba. ¿El rictus serio de Aurora? ¿Su voz entre triste y nerviosa? La estocada final a sus nervios fueron las palabras «mujer muy valiente». «Aquí llaman mujeres desesperadas, enamoradas, apasionadas, hechas un lío, aburridas... pero ¿valientes?», pensó.

A él nunca le había gustado demasiado aquel programa que, para colmo, escuchaban todas las mujeres de su casa.

—Como si no fuera bastante pasarse aquí ocho horas, llego a casa y ceno también con la señorita Leo y sus cartas —solía refunfuñarle al jefe.

El carraspeo de Aurora le devolvió al momento presente justo cuando la locutora empezaba a leer la misiva.

Querida señorita Leo,

Hace años que escucho cada día su programa. Soy una fan incondicional y, por eso mismo, sé que mi carta no será leída en directo.

No es del estilo del programa.

No me importa.

Me conformo con la remota posibilidad de que usted sí escuche mi historia.

La admiro no tanto por lo que dice, que imagino que discute con su equipo, sino por cómo lo dice.

La conozco por sus pausas tras leer un desamor, por cómo toma aire justo antes de dar un consejo o por el tono protector que utiliza con las más jóvenes. A ella me dirijo.

¿Quién soy?

Una mujer como tantas de las que vive en este país. He nacido en la guerra y he crecido en una posguerra que parecía que iba a durar siempre. Viendo pasar la España gris, entre visillos como dijo la escritora Carmen Martín Gaité, asustada por el qué dirán.

Tuve una buena madre, pero me educó en el miedo, como a ella la habían educado, en una familia profundamente católica. Lo hizo para protegerme, porque me quería, porque deseaba que nadie pudiera poner en entredicho mi nombre. Durante unos meses fui libre. ¿Sabe cuándo? Cuando estaba atada a una máquina de coser por cuatro duros. ¡Qué contradicción! De jovencita trabajé en un taller. Era aprendiz de modista. Tenía sueños. Muchos. Los tenía solo cogidos con alfileres.

El primero que pasó, se los llevó.

Me casé enamorada. Si dijera lo contrario, mentiría. Y aún hoy estoy enamorada de aquel hombre que me pidió si quería concederle todos los bailes de mi vida. Solo que ya no es con él con quien comparto cama, aunque coincidan el nombre y los apellidos en el documento de identidad.

Dicen que los sapos se convierten en príncipes cuando los besas. Al mío, lo besé tanto al principio que el conjuro hizo el efecto contrario. En pocos años se había convertido en el más feo de toda la charca.

Tengo cuatro hijos como cuatro soles. ¿Tiene hijos, señorita Leo? Sabrá entonces que ellos lo compensan todo. Primero, me obligó a renunciar a trabajar. Poco a poco, fui dejando de lado a mis amigas y mis aficiones. No vaya a creer que son nada del otro mundo. No soy una intelectual ni una artista. Pero me gustaba ir a coser al ropero de la parroquia, por ejemplo, para las familias más pobres. ¡Y fui del grupo de teatro del barrio!

Todo lo dejé porque él me lo pidió. Utilizó a los niños como excusa y yo no supe decir no.

Ese fue solo el primer paso. ¿El segundo? Empecé a salir de casa solo

para ir a comprar o a llevar a los niños al médico. Para todo lo demás, incluso ir a visitar a mi familia, debía ir con él. También accedí.

Una empieza a bajar las defensas de su alma sin darse cuenta. Y un día, ya no hay nada que te proteja. El castillo cae en manos del enemigo.

Gritos, celos, algún pequeño golpe aunque nada importante, noches de ausencia... fue el tercer paso. Fue una época muy dura. Él empezó a beber, perdió su trabajo... ¡llegué a temer que hiciera una tontería! A sus hijos, no. No tiene muy buen trato con ellos, pero sé que no les haría nunca nada. Él quería una chica y como no la tiene dice que la culpa es mía. Está empeñado en que las niñas son del padre y que yo he querido condenarlo a quedarse solo. Tengo cuatro varones.

Quizás se pregunta por qué no le dejé.

Al final, como me dijo mi tía, las aguas volvieron a su cauce. Era cuestión de tener paciencia. Hoy, mi hogar es un hogar tranquilo. Mi marido trabaja de noche y duerme de día. No nos encontramos salvo los domingos. Y él ya es un hombre cansado. Ha perdido sus sueños. Los años le han golpeado. No le disculpo. En mi memoria ha quedado grabado a fuego el día en que él me estiró de los pelos mientras mis hijos miraban escondidos bajo la mesa. ¿Mi pecado? Un filete quemado.

Y es ahora, cuando yo soy ya mayor, cuando él se ha calmado, cuando mis hijos crecen felices... es ahora cuando pienso si esto era todo. Me miro en el espejo y me pregunto: ¿Con esto te conformas? ¿No aspiras a nada más? En la peluquería veo mujeres a las que sus maridos regalan una joyita por el aniversario o chicas a las que los novios llevan de vacaciones a un hotelito en Cadaqués. Hablan de besos, de achuchones y... ¿A todo he renunciado ya? ¿Al amor? ¿A la pasión?

La noche antes de las elecciones, mi hijo mayor me propuso escuchar los dos juntos los programas especiales. Ahí, entre las paredes de mi cocina que están barnizadas con todas mis frustraciones, vi el hombre en que ese chiquillo se ha convertido. Es simpático, listo, soñador, concienciado políticamente, tiene alma de artista...

¿Qué ve él cuando mira a su madre? Eso me pregunté ese día y todos los días después.

¿Una mujer sumisa? ¿Gris? ¿Cobarde?

Si lo conociera como lo conozco yo, que lo he parido, sabría que él jamás me echaría nada en cara. Me quiere y es bueno. Como sus otros hermanos. Son las rosas de mi jardín.

Pero yo sí me lo echo en cara. Ahora y no antes.

Todas las mañanas, cuando me ducho, siento que soy capaz de dar el paso. ¿Qué paso? El de separarme, irme con mis hijos y pedir amparo. Que hoy es siempre todavía, como dijo un poeta que no recuerdo. Que tengo

derecho a ser feliz y a ser querida. A media mañana, entre la colada, me sigo repitiendo que algo podría hacer, aunque fuera poco. A media tarde, cuando mi marido ruge por la comida para no llegar tarde al trabajo, ya no me queda ninguna esperanza. Me acaricio el rastro de uno de sus cigarrillos en el hombro. Es antigua. Pero como si fuera una res, me dejó marcada.

Así pasan los días. Mi corazón vive en una montaña rusa porque a la mañana siguiente vuelvo a empezar a desear.

Señorita Leo, no espero respuesta, pero... ¡si supiera qué aliviada me siento ahora que he escrito todo esto! Lo he vomitado y me siento ligera.

Solo por eso, ha valido la pena.

Quizás algún día encuentre el valor suficiente, haga las maletas y salgamos por la puerta en busca del futuro que nos merecemos los chicos y yo.

Si es así, le escribiré para contárselo.

Siempre su seguidora,

La mujer en busca de destino

Aurora seguía temblando al apartar el micrófono de su boca. Sin darse cuenta, había llegado casi a besarlo. ¿Por miedo a que le cortaran la voz? Despacio alzó la mirada. En la sala de sonido, un acalorado don Ramón discutía con un Mario que le devolvía los gritos. No oía lo que decían, pero el signo que su compañero psicólogo le hizo no dejaba lugar dudas. Con el pulgar, se rajó el cuello.

Sonaba una pieza de música clásica relajante mientras ella trataba de reponerse. Aún no había acabado con el espectáculo. Faltaba lo mejor.

En ese momento, el jefe de comercial de la cadena, al que Aurora solo conocía de las fiestas de Navidad, entró en el estudio hecho un basilisco.

—Estás acabada, idiota. Ve despidiéndote del trabajo y me importa un carajo si tienes diez hijos que alimentar o una madre ciega. Acabada, estás acabada —gritaba dando vueltas y sin mirarle a la cara.

Anita, la psicóloga, aprovechó el momento para colarse y sentarse al lado de la locutora, mientras la amenazaba diciéndole que no pensaba separarse de ella ni un segundo.

Un Mario sorprendentemente cómplice le hacía un signo para que entrara de nuevo en antena. Al técnico de sonido le importaba muy poco la pobre «mujer en busca de destino», pero le encantaba la camorra.

«Por fin hoy habrá sido divertido venir a trabajar», murmuró mientras veía como el director y el joven psicólogo estaban a punto de estallar.

Aurora siguió hablando por el micro como si oyerá llover.

Querida mujer en busca de destino,

Gracias por confiar en mí.

Desde que empecé a leerte, te imaginé como una Bella Durmiente, esperando un beso que la devolviera a la vida. De niñas nos explicaban que debía dárnoslo un príncipe. Creo que tú y yo ya somos suficientemente mayores para saber que, aunque hay príncipes, no tenemos por qué esperarlos para ser felices.

Lo que te devuelva a la vida puede ser un disgusto que te haga replanteártelo todo o una conversación con una amiga que te abra los ojos. En tu caso, ha sido tu hijo mayor, sin ni siquiera proponérselo.

No me pides un consejo para ti y no lo tengo.

Solo quería que supieras que sí, que la señorita Leo te había escuchado. La señorita Leo trata de leeros a todas, aunque no siempre os pueda responder. Tu historia me ha tocado muy hondo y he querido compartirla con las oyentes, que a partir de esta noche, ya son tus amigas.

Decidas lo que decidas, piensa que todas nosotras estamos contigo. No estás sola.

Mañana, cuando te mires en el espejo, pregúntate de nuevo: ¿Esto era todo?

Un abrazo muy fuerte.

Un silencio irreal ocupó el estudio.

Todos dejaron de discutir.

Cada uno trató de asimilar a su manera la frontera que esa noche la Señorita Leo había cruzado y les había hecho cruzar a todos.

El mismo silencio reinaba en un Seat 25 que corría por la carretera. Tres niños y un joven dormían en el asiento trasero soñando con las vacaciones. Un hombre de mediana edad conducía con la vista clavada en la carretera. Tenía medio brazo fuera, porque estaba fumando.

Por un segundo apartó la mirada del asfalto y sus ojos negros como un pozo sin fondo se clavaron en unos ojos castaños con los que tropezaron en el retrovisor. Exhaló y el humo volvió borroso el presente.

Sole tosió, como si sus pulmones ya no pudieran aguantar más nicotina... ni reproches, ni miedos, ni dolores.

Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando Antonio lanzó la colilla, subió la ventanilla y apagó la radio.

Ella sabía que él tenía claro quién había enviado esa carta.

«Haré que desees no haber escrito ni una sola de esas letras», le amenazó Antonio sin palabras.

Después de más de veinte años casados, Sole había aprendido a leer sus pensamientos.

Bajo las estrellas de agosto, lloró su desgracia sin una sola lágrima.

Segundas oportunidades

Germán se quedó helado a pesar de los treinta y siete grados que el hombre del tiempo había anunciado.

Exhaló el humo de su cigarro. Vio como las volutas ascendían y, poco a poco, se diluían en la oscuridad de su habitación. Y de su pasado.

El día en que su hermana se casaba, él le había insistido por milésima vez:

—Consu, no te cases. No me gusta. No es muy trabajador que digamos y no parece un hombre con carácter. Encontrarás uno mejor.

Y ella volvió a ignorarlo. Caminó despacio hacia el altar. A él se le antojó una vaca yendo al matadero, pero ella y su madre parecían sordas a sus comentarios. Mientras avanzaba por aquel pasillo estrecho, se acercaba a su marido y se alejaba de su hermano. Desde aquel día, más de quince años atrás, apenas habían hablado. Y nunca había sido a solas. Ninguno de los dos hermanos había conseguido hacer borrón y cuenta nueva a tantas discusiones.

«Un matrimonio infeliz con un hombre que a mí se me hace un zángano de mucho cuidado. Dos hijos después y Ricardo no sabe hacer ni la o con un canuto», murmuró Germán, que no le había conocido a su cuñado un solo trabajo que durara más de medio año.

El bar parecía el comedor de su casa y el campo de fútbol de tercera del pueblo, el recibidor. Sabía por su madre que, más de una noche, había vuelto a casa demasiado contento, tropezando con los muebles y gritando. Ella se lo contaba sin darle importancia, pero ¿qué se podía esperar de alguien que parecía estarse haciendo mayor a pasos agigantados?

«Los hijos te están saliendo bien de puro milagro. Tú, trabajando todo el día y el otro... ¡buf!», afirmó mirando una foto que tenía en su mesita de noche.

Los niños besaban a la abuela en su último cumpleaños. Eran dos soles y a Germán le daba rabia perderse sus primeros años. Sabía por la abuela que el mayor era muy buen estudiante, «llegará a la universidad» aseguraba orgullosa, y el segundo, un amante de los animales al que todo el mundo adoraba.

Hubieran podido ser tres. Estuvieron a punto de tener una hermanita. Pero sobre aquella noche, en la que su hermana rompió aguas antes de tiempo y mientras su marido celebraba una victoria contra el equipo local, se había corrido un tupido velo. No llegó a tiempo al hospital.

—¿Cómo hubiera sido la pequeña Consuelito? ¿No te preguntas nunca si se podría haber salvado en caso de llegar a tiempo al médico? —le dijo.

La carta que Virtudes Leo acababa de leer le recordó a su hermana, una mujer que había renunciado a ser feliz, a una buena vida, por no quedarse para vestir santos. A él, eso le parecía una cobardía.

«Y por lo menos, “la mujer en busca de destino” tiene arrestos para preguntarse si eso era todo, para acariciar la idea de separarse, aunque no se atreva en este país de mentecatos a expresarla en voz alta», suspiró al oír como la locutora leía: «Quizás algún día encuentre el valor suficiente, haga las maletas y salgamos por la puerta en busca del futuro que nos merecemos mis hijos y yo». ¿Se había planteado alguna vez su hermana abandonar a aquel parásito?

—¡Menudo perdedor! —insultó Germán a una sombra.

Unos minutos después, la voz de su amada, transformaba su enfado en tristeza:

—Decidas lo que decidas, piensa que todas nosotras estamos contigo. No estás sola —dijo la señorita Leo.

¿Se habría sentido sola su hermana y por eso no se había atrevido a tomar la decisión? Seguramente se había casado enamorada, pero con los años la venda que no le dejaba ver quién era su marido tenía que habersele caído. ¿Por qué seguía junto a alguien que no la trataba bien? ¿Por miedo a qué sería de ella y de sus pequeños?

«Consu, ¿no te has preguntado nunca si eso era todo?», se dijo asomándose al balcón de la pensión La Perla.

Le sorprendió una punzada de culpabilidad, un sentimiento al que no estaba acostumbrado. Trató de diluirlo con varias razones que a él le parecían definitivas:

«Es cierto que no te he ofrecido mi ayuda, pero nunca la pediste. Podías haberlo hecho porque tú y yo estábamos muy unidos».

Recordó las verbenas de la fiesta mayor del pueblo. Salían juntos en la misma cuadrilla, pero su hermana siempre le cubría cuando a él le salía un plan de pareja. Habían hecho mil y una excursiones porque a los dos les gustaba la montaña por aquel entonces.

«Y mil planes, como llevar a mamá a París. Pero nunca lo hicimos porque tú te casaste con él, empezó a escasearte el dinero en cuanto tuviste el primer hijo y...», le recriminó el adolescente que había perdido aquel sueño.

«Tantas noches hasta las tantas, soñando con lo que seríamos, con los viajes que haríamos... ¿cómo pudiste olvidar todo eso?», pensó.

Quizás como hermano mayor, al faltar su padre, debería haberse puesto más serio. «Pero ese papel no me va. Esa no era la relación que nosotros teníamos. Era de iguales», regañó a la presencia muda de una hermana. «Tú y mamá siempre cocinasteis las cosas de manera que yo no me enteraba de la misa la mitad. Cuando me di cuenta, ¡ya vestías de blanco!», añadió.

Miró hacia las estrellas y las intuyó.

En el pueblo sí que se veían.

Germán podía guiarse por ellas. Su padrino le había enseñado. Igual que se lo había llevado tantos veranos a cazar conejos.

Aunque se lo negara una y mil veces, echaba de menos aquello. Había espaciado sus visitas «para no liarla», le había dicho más de una vez a su pobre madre.

—Si me quedo, le grito y lo echo de casa —amenazaba.

La santa mujer le decía que «en cosas de matrimonio, no podía meterse» y que no hiciera ninguna locura que convirtiera a su hermana y a sus sobrinos en unos desgraciados. Insistía su madre en que «a pesar de lo que pueda parecer, es un buen hombre. Ciertamente que no tiene mucha iniciativa, que es más bien tranquilón, que tiene algunos amigos que mejor debería cambiar, pero no es malo. De verdad que no».

Tomó aire y volvió a su habitación.

Bajó la maleta que tenía encima del armario.

La abrió y empezó a colocar las camisas y los pantalones.

Había prometido a su madre que pasaría una semana en el pueblo. «Eso es lo máximo. Ni un minuto más», le había dicho tan solo tres días antes. Pero tras escuchar a su adorada voz contar las desdichas de «la mujer en busca de destino», algo se había removido en su interior.

Consuelo no estaba sola. Germán Herrero, su hermano, estaba con ella. Y con sus dos sobrinos. Muy pocos kilómetros y una sola madrugada los separaba. Al día siguiente, harían juntos el aperitivo. En parte, sería gracias a la señorita Leo y sus consejos.

—Ahora todo es más fácil, Consu. ¿Y si aún no fuera tarde para vosotros? ¿Para nosotros? —le espetó mientras apagaba su lamparita de noche.

¿Así que esto es un consejo de guerra?

—¿Sin ni siquiera consultarnos? ¿No somos un equipo?

—¿Cómo has podido?

—Pero, ¿qué has hecho?

—¿Qué pensabas? ¿Qué harías algo así y nos iríamos de rositas?

«Demasiadas preguntas. Ellos son cuatro, yo una», se dijo Aurora observando a su atribulado tribunal. Un dolido don Ramón, que la había recibido con un «¿cómo has podido hacerme esto, a mí, que siempre te he cuidado?», lo presidía.

A su derecha, se sentaba el jefe de comercial, que veía como peligraba uno de sus mejores clientes, el laboratorio que patrocinaba *El Consultorio de la Señorita Leo*. A la izquierda, Anita y Michael, indignados por lo que consideraban una intromisión profesional. ¡Jamás los había visto tan enfadados!

Buscó con la mirada la complicidad de Mario, el técnico de sonido, pero este se encogió de hombros. En su momento le había parecido bien que Aurora leyera aquella carta. No había cortado la emisión del programa con música o anuncios e incluso, cuando el resto del equipo había irrumpido en el estudio desesperado, la había defendido. Pero había recibido una llamada de personal que le había recordado su vulnerabilidad laboral.

«Tengo mujer e hijos, una hipoteca y las letras de un coche», trató de decirle a la locutora antes de abandonar la sala y dejarla sola frente al tribunal.

Suspiró y decidió adoptar la táctica del avestruz. Ocultó la cabeza bajo tierra. Esperaría que los problemas pasaran de largo.

«Tampoco es tan grave», se dijo. Seguro que no había sido la primera locutora del *Consultorio* que hacía algo así.

—Vamos por partes —empezó don Ramón—. Analicemos lo que ha pasado.

Aurora estuvo a punto de responderle, pero se detuvo al tropezar con el rictus tieso de su jefe.

Lo conocía bien: estaba muy pero que muy preocupado. Su cuerpo estaba en tensión. Su mano derecha, convertida en puño, no paraba de golpear la mesa, de manera arrítmica. En ese momento, le pareció un toro que espera en el callejón a que se abra el portón para salir corriendo a defenderse.

Nunca lo había visto así con ella y eso la desconcertó.

Le habían hablado de su carácter, pero hasta ese momento no lo había vivido en primera persona.

Se sintió Alicia en el País de las Maravillas: las paredes empezaron a moverse. La

sala se empequeñecía. Ella era la que se sentaba más lejos de la puerta. Todos tendrían tiempo de salir de allí menos ella.

Aurora cerró los ojos y trató de respirar.

—Es cierto que te di permiso para que te llevaras las cartas que desechamos a casa —siguió don Ramón.

El jefe de comercial iba a protestar contra aquella conducta irregular, pero un gesto autoritario del director del programa le hizo cambiar de idea. Él si conocía el genio de don Ramón y no estaba dispuesto a contrariar al veterano periodista. Nunca se habían llevado bien, pero mantenían una relación educada. ¿Por qué estropearla aquel día?

—Igual de cierto es que te dejé contestarlas —añadió con un deje de arrepentimiento en su voz que no le pasó desapercibido a la locutora—. ¡Pero nada más!

—Tú no eres quien para elegir qué cartas se pueden leer en el programa —estalló Anita, como si llevara años aguardando ese momento—. ¡No tienes ninguna preparación!

Aurora la miró sorprendida. No esperaba el rencor que le había llegado con aquellas frases.

Don Ramón se dio cuenta de que aquello podía escapársele de las manos. Suspiró y pidió amablemente a los dos psicólogos que abandonaran la reunión. Ambos protestaron, pero pronto comprendieron que era inútil.

Al abandonar la sala dieron un portazo, tratando de demostrar que se iban contrariados. Los dos jefes ladearon la cabeza, «niñerías» se dijeron el uno al otro sin palabras.

«Está claro que no todo el mundo estaba de acuerdo con esto», suspiró la presentadora. «Si lo hubiera dejado en vuestras manos esta carta nunca hubiera salido... Solo seleccionáis aquellas que no molestarán al anunciante, aquellas que tienen morbo o que os divierten», pensó Aurora, que empezaba a indignarse con unos compañeros que imaginaba escuchando al otro lado de la puerta.

Don Ramón la observaba sorprendido. No estaba acostumbrado a que estuviera tan callada.

—El anunciante ha confiado en nosotros. Sabe que no le fallaremos —escupió el director de comercial—. Nos presta su nombre a cambio y, sobre todo, monina, paga todas vuestras nóminas. Has puesto en peligro la continuidad del *Consultorio*. ¿Sabes cuántas explicaciones he tenido que dar en cuarenta y ocho horas?

A Aurora le parecía increíble que solo hubieran pasado dos días desde el momento en que había decidido salvar del silencio aquella carta que le había robado el corazón. Durante esos días nadie le había dicho nada. Ni una llamada, ni una visita. Se había cogido el día libre y esperó. Nada. Pensó que quizás cuando volviera, solo quizás, todo se habría olvidado.

En ese momento se dio cuenta de que eso había sido un sueño.

Sentía como si hubiera pasado una vida. Recordó como, la mañana de autos, se había sentado en su cocina a esperar que el café subiera. Ante sí tenía una bolsa con las últimas misivas que habían recibido en el programa y sus compañeros habían decidido descartar. Trataba de cumplir con la palabra que había dado a las oyentes anónimas: leía todas las cartas y trataba de darles respuesta, ni que fueran cuatro rayas, para que todas ellas supieran que alguien había escuchado su voz.

Aquel día tenía el ánimo especialmente turbado. De madrugada había recibido una llamada de Nicolás. Sabía que era él aunque solo escuchó sollozos. Estaba en algún bar, porque oía de fondo la música y los gritos. Ella repitió su nombre varias veces. Trató de calmarlo con palabras dulces. Le animó a que fuera a casa para verla. Le prepararía un café con leche y charlarían un rato. Sabía que su invitación no tendría respuesta. Nunca la tenía.

—Hay borrachos alegres y los hay que se enfadan, pero otros solo en este estado son conscientes del desastre en que viven y se entristecen —le había dicho su vecina cuando le contó la primera vez que recibió una llamada de ese tipo. Desde entonces, su hermano, de cuando en cuando, repetía el mismo gesto.

«Ojalá aquella noche solo hubiera estado tomando alcohol», pensó al recordarlo, estremeciéndose ante la obviedad de que no sería así.

«Nicolás, Nicolás, Nicolás...», se repitió.

La pena por su hermano se mezcló con la pena que le había inspirado «la mujer en busca de sentido». ¿Por qué había salvado su carta de la hoguera? ¿Por qué había decidido arriesgar su trabajo y su vida por ella? ¿Qué le había conmovido de aquella desconocida para dar un golpe de estado en *El consultorio*?

«Tu pregunta, mujer», pareció responderle a una invisible oyente.

«¿Esto era todo?», recordó que decía la carta. Y en su cocina, con el café saliendo a borbotones de la cafetera y manchando el suelo, esa frase resonó una y otra vez, golpeándose contra las paredes.

Y se la devolvió a ella: «¿esto era todo, Aurora?».

La locutora, sentada ante los dos directores que discutían ignorándola, observó sus manos con atención. Ya no eran jóvenes. Tenían alguna manchita provocada por el sol y pequeñas grietas, nada importante, pero suficiente para que no fueran lisas. El dedo meñique de la derecha tenía una pequeña cicatriz, recuerdo de una batalla contra una lata de sardinas.

¿Eso era todo? ¿Preparar el desayuno para ella sola? ¿Tomar el autobús de casa a la radio y de la radio a casa? ¿Poner voz a las palabras de otros mientras las suyas quedaban sin decir? ¿Esperar las llamadas de madrugada de un hermano alcohólico y drogadicto?

Recordar el motivo por el que había decidido leer la carta, saltándose todas las órdenes, le dio fuerzas.

—¿En serio no tienes nada que decir, Aurora?

Oír como su jefe pronunciaba su nombre despacio la devolvió a la realidad.

Estaba en la sala de reuniones de la emisora, frente a los dos hombres que debían decidir si la echaban o, simplemente, la amonestaban.

La cara de preocupación con que don Ramón la miraba en ese momento le permitió intuir que aquel incidente solo sería una mancha en su historial.

—Esa mujer merecía una respuesta —fueron sus primeras palabras.

Don Ramón suspiró aliviado. Al verla tan callada se había preocupado de veras.

—¡Pero si ya te hemos dejado que le escribas! —le respondió con el tono de un padre que trata de negociar con un adolescente.

—El resto de nuestras oyentes también merecían conocerla —se envalentonó.

—Ya que las nombras, ¡trátalas con respeto! —la retó el director comercial.

—¿Y qué he hecho si no? —se defendió la locutora, cansada—. ¿Me han visto nunca reírme de lo que escriben? ¿Imitar sus voces? ¿Leer sus cartas en voz alta para que los de la sección de deportes se diviertan tras un mal partido?

Don Ramón tragó saliva. Sabía que otros miembros de su equipo sí lo hacían. Y otro tanto en el departamento comercial, por lo que su director también calló. «Touché», se dijo Aurora y sonrió al ver como discutían don Ramón y el jefe de comercial. «Bloqueo por luchas internas».

—La próxima vez ni yo podré salvarte, Aurorita —la advirtió un paciente don Ramón mientras se despedían en la puerta de la radio—. Te querían echar. He lanzado un órdago y, por esta vez, he ganado. Pero ya no me quedan comodines, así que no me vuelvas a hacer una de estas. ¿Sabes lo que más me ha dolido? Que no confiaras en mí. ¿Cuándo te he negado yo algo?

Meses después la locutora descubriría cuál había sido aquel órdago ganador, pero nunca llegaría a agradecersele a don Ramón: «Aurora es la voz de mi programa. Si la echáis a ella, a mí también».

Dibujos cargados de intenciones

Elisa estaba radiante. Sus padres, felices.

Aquel año, por fin, el verano había llegado a casa de los Puig.

Por la mañana, se iban los tres a la playa. Cada día elegían una diferente. Castelldefels, Garraf, Ocata, Premiá... ¡no había miedo a los kilómetros! Se llevaban las tumbonas, la cesta de picnic y el aparato de música. Volvían a media tarde, cansados de sol y arena, pero con el ánimo alegre. Si un día salía lluvioso, aprovechaban para ir a comprar al centro comercial o al cine.

Cada día que pasaba, la adolescente tenía mejor aspecto. La vida al aire libre le sentaba a las mil maravillas. O eso creían sus padres. Pero Elisa sabía que eran las noticias que le llegaban desde un pueblo a ochenta kilómetros las que la hacían encontrarse mejor.

Toño había cumplido su palabra. Un extrañado cartero dejaba un sobre a nombre de Elisa todos los mediodías. Los dos primeros llevaban matasellos de Barcelona: su novio los había preparado antes de marcharse. ¿Quién los echaría al correo? ¡Qué importaba! Al atardecer, la chica lo recogía y, sin decir palabra, se encerraba en su cuarto para leer a solas la carta. O más que leer, «descifrar».

—¿Cómo no me lo imaginé? —rió al abrir la carta que acababa de recibir y descubrir un nuevo dibujo.

Estaba fechada a veintidós de agosto. «¡Solo ha tardado dos días en llegar!» pensó sorprendida. Pronto descubrió que el matasellos de urgente golpeaba el sello. ¡Se estaría quedando sin ahorros!

Lo que no sabía la chica es que, además de sin ahorros, se estaba quedando sin amigos: en cuanto se enteraba de que un vecino del pueblo venía a la ciudad o cerca, se plantaba en su casa para pedirle que trajera aquella carta, asegurándole que era cuestión de vida o muerte.

En su habitación, cantaba Eric Clapton. El cantante y guitarrista inglés era el favorito de uno de sus primos mayores y este había convencido a sus padres para que la dejaran ir con él al concierto que había dado en Badalona unos días atrás. Desde entonces, Elisa no paraba de escuchar el disco que su primo le había regalado para que recordara siempre su primer concierto.

Como le había explicado el día anterior a su novio por carta, «una actividad bien diferente a la que me propone mi padre, que se ha empeñado en llevarme al circo. Resulta que en Barcelona se celebra este verano el Festival Mundial y ha comprado tres entradas para el día treinta de agosto. Actúa Buffalo Bill con sus indios del

Lejano Oeste. ¡Cualquiera le decía que no! Si vieras que contento está... Se ve que de niño le gustaba mucho el circo. Genial por él. ¿Cuándo se dará cuenta de que yo ya he crecido? Traté de explicarle que a mí me gusta más la música y entonces mi madre propuso que fuéramos todos juntos en noviembre al concierto de una tal Joan Baez. Mejor me callo... ¡yo acabaré todo el invierno ocupada!».

Diez minutos después, contemplaba todas las cartas que había recibido hasta el momento. Seis en total. Casi una por cada día que hacía que no veía a su amor. «Ha pasado poco más de una semana... ¡y a mí me parece un siglo!», resopló, dejándose caer en la cama.

En la primera, Toño le había propuesto un juego.

—Princesa, no se me da bien expresar mis sentimientos con palabras. Prefiero hacerlo con dibujos. Míralos con atención. Cada uno de ellos es un pequeño enigma. Si lo descifras, estarás más cerca de mí.

Con esta misma nota, el chico enviaba un folio lleno de labios de todas las medidas y colores. Presidía el mosaico un número uno gigante. Fue fácil: le hablaba de besos. En concreto, de uno solo.

El segundo dibujo ya no lo había entendido. De la cabeza de un hombre, que parecía esculpida en piedra, surgía una mujer. Iba vestida como un guerrero antiguo. Junto a ellos, un par de búhos observaban la escena.

La siguiente resultó aún más confusa. Le llegaron una serie de viñetas. En la primera, Toño había dibujado un montón de libros; en la segunda, un montón de alumnos atendían a su profesor; en la tercera, un hombre con una larga barba y túnica, sentado en una roca, parecía contemplar el horizonte.

En aquella carta su novio estaba inspirado: envió dos pistas en vez de una. Junto con las viñetas le llegó un cuarto dibujo era de una belleza que la dejó muda. Cientos de pequeños dibujos ocupaban el papel, tejiendo un tapiz imposible, en el que una manzana convivía con un corazón, un niño con una estrella, un libro con un billete de avión y un perro con una hamburguesa y una bovina de cine.

La cuarta carta contenía un dibujo que era todo lo contrario al anterior: simplemente un círculo enorme, blanco.

La quinta la alegró.

Toño se había dibujado a sí mismo.

De tanto que había besado aquel trozo de papel, los rasgos se habían empezado a borrar. Aún así, todavía se distinguía la perfección de sus cejas, el brillo de sus ojos oscuros y los rizos desordenados que le cabían por la frente. Aquel retrato solo la había desconcertado por una cosa: una mordaza tapaba su boca.

La sexta carta, la que le había llegado ese mediodía, le traía un caballero guapísimo cayendo de un caballo enorme. Vestía como un antiguo soldado romano.

«¿No podías ser como todo el mundo y contarme qué haces? No sé, hablarme de tus hermanos pequeños, de los partidos de fútbol o de las excursiones», murmuró a un Toño ausente, justo cuando su madre la llamaba para comer.

Eran más de las once cuando apagó la luz. Metió la mano bajo la almohada. Sintió el roce del papel.

No entendía qué le decían aquellas cartas, pero saber que su amor las había tocado antes que ella le tranquilizaba.

Una noche más, Elisa se durmió sabiendo que alguien soñaría con ella. Ya no estaba sola. Hasta en el mundo de los sueños un caballero armado con un pincel la protegía.

Flores prometedoras

—Chica, que callado te lo tenías... —dijo admirada la recepcionista.

Aurora se encogió de hombros.

—No sé a qué te refieres, Isa.

—Vamos, no te hagas la mosquita muerta... —insistió su antigua compañera.

Isa estaba cerca de la jubilación, pero seguía tomándose su trabajo con el mismo interés que el primer día. Ya era abuela de un par de nietos: ellos, el ganchillo y la radio eran sus pasiones. Le tenía mucho cariño a la locutora, desde los tiempos en que esta había trabajado con ella en lo que definía como «el puesto de vigía» de la emisora.

—Desde aquí vemos todo lo que pasa: quién llega tarde, quién se marcha con quién, saludamos a los invitados y filtramos las llamadas de los jefes. Esto es un puesto privilegiado, pero también de gran responsabilidad —solía repetirle una y otra vez.

Solo había un defecto de Isa que se le hacía insoportable: era una cotilla.

—¿Me puedes dar el correo de hoy? —le pidió Aurora.

Llegaba tarde y, después de la bronca de hacía un par de días, se sentía en observación. Don Ramón la había disculpado. Sabía que ella y su voz eran piezas clave en el programa. No quería perderla.

—¿Solo el correo? —comentó Isa mientras se lo ofrecía.

—Si tienes algo más para don Ramón, ¡pues también lo subo!

—Para don Ramón, no —añadió divertida la veterana—, pero para ti, sí.

Aurora la miró sorprendida. Isa le sonrió y le alargó un bonito ramo de rosas rojas que le llegaban desde un pueblo que ni siquiera situaba en el mapa.

—En tan pocas semanas, ¡dos regalos! Y los dos son del mismo admirador, porque la caligrafía del sobre es la misma —añadió satisfecha la detective aficionada—. ¿Cuándo le vas a hablar a tu amiga Isa de tu don Juan?

La locutora tomó las flores que iban a su nombre, Aurora. En un acto reflejo, las olió y sonrió. Tenían una fragancia fuerte y embriagadora, que inundó el ascensor mientras subía a su planta.

El primer regalo lo acompañaba una nota que, simplemente decía, «para disfrutar con una copa de vino blanco fresco, cualquier noche, en este tórrido verano».

A Aurora le pareció una nota seria, pero con un punto atrevido. Según le había dicho Anita, que era grafóloga, era letra de hombre con una personalidad segura.

El ramo que ahora colocaba sobre su mesa, también llevaba una tarjeta prendida

en el papel que lo envolvía. La tomó para leerla, esperando encontrar una respuesta a algunas de las miles de preguntas que le asaltaban. De lejos le llegó la voz de don Ramón, que hablaba con alguien por teléfono sobre los primeros pasos del gobierno de Suárez. ¿Sería un regalo de su jefe para firmar la paz? ¿Sería una broma de mal gusto de alguien que quería reírse de una solterona? ¿O tal vez Nicolás quería hacerse perdonar y le había buscado un nuevo novio? ¡Estaba perdida! Tal vez Isa se equivocaba y los dos regalos no eran de la misma persona... La sola idea de que así fuera la hizo temblar. O finalmente ¿sería de quien ella esperaba que fuera? ¡Dos regalos en tan poco tiempo significaban mucho!

«La rosa roja es símbolo de amor y de respeto. Una pequeña muestra de lo que siento», leyó azorada. Seguía sin nombre.

Rápidamente escondió la nota en el bolso. Miró a su alrededor. No parecía haber vida en aquel planeta a aquella hora. Se sentó y empezó a seleccionar el correo: en un montón, todas las cartas que iban a la atención de la señorita Leo, en el otro, las que iban para el director. Isa se había olvidado de hacerlo y ella estaba tan nerviosa que pensó que esa tarea manual la tranquilizaría.

Sonrió al descubrir que ella tenía muchas más. Sintió una puntada de orgullo.

«¡Seré absurda! Si a mí ni siquiera me conocen. ¡La escriben a ella, todos! Todos menos él, sea quien sea», se dijo mirando las flores, que lucían junto al teléfono.

Ya más tranquila, decidió concentrarse en la tarea de ese día. Miró el manojito de cartas que le habían dejado sobre la mesa, las cartas que ese día la señorita Leo leería por antena.

Pronto, ni la voz de don Ramón ni sus cábalas consiguieron despistarla de la historia y la amiga que se la contaba.

Querida Señorita Leo,

Todo empezó de la manera más tonta e inocente, como por casualidad.

Si en ese instante alguien me hubiera dicho las consecuencias que tendría mi decisión, ¡no la hubiera tomado! Créame, por favor.

Llovía. Había quedado con dos vecinas. Las tres somos viudas y nos vemos todas las tardes. Por aquello de matar el rato. Los días sin nadie con quien compartirlos se hacen mucho más pesados. ¡Cómo extraño a mi Manolo! Le tengo que reconocer que no parábamos de discutir, sobre todo desde que se había jubilado. Pero aún así, ¡le echo tanto de menos!

Como le decía, el día en que empezó todo, llovía. Y no un poco. No era un calabobos ni chirimiri. Era lluvia de la de verdad. Así que no podíamos ir al parque ni a caminar por la playa, como tenemos por costumbre. El cine a mí me gusta, pero a ellas, no. Una propuso ir a tomar un chocolate con churros, pero a mí el dulce no me gusta y la otra siempre dice que está a régimen así que... tampoco parecía un plan muy oportuno.

La semana anterior habían inaugurado un bingo en el barrio, justo al lado de casa. Nos habían puesto la publicidad en el buzón. Solo conocíamos el de la parroquia, que se celebra por Navidad para recoger dinero para las familias necesitadas. Así que, ¿por qué no ir a verlo? Las fotos del folleto eran preciosas y decían que, la primera semana, invitaban a merendar buen jamón si jugabas un cartón. Una promoción de esas.

Y allí nos fuimos. Y yo ya no he salido. Entiéndame, señorita Leo. No es literal. Claro que he salido, pero he vuelto cada día desde entonces. Es tan divertido, tan entretenido... el tiempo vuela. Y los premios son tan suculentos. ¡Si cantara bingo, podría pagarme unas buenas vacaciones en Londres, donde vive mi hijo! O podría irme con las amigas al balneario o a cenar a un restaurante de lujo y pagar yo. Siempre me quedo a uno o dos números así que... ¡seguro que lo consigo pronto!

¿Por qué le escribo? Porque ayer vi un programa en la tele en el que hablaban de una enfermedad, la ludopatía, y me asusté. ¿Será que me estoy poniendo enferma? Me identifiqué con los protagonistas, con lo que explicaban... Llevo toda la noche dándole vueltas.

A mis amigas no se lo quiero contar, que chismearían. A mi hijo, tampoco, porque le preocuparía.

Así que me queda usted. ¿Qué hago? ¿Cree usted que si voy al médico de cabecera podrá recetarme algo? ¿Esto se cura?

Espero su respuesta,

Una binguera angustiada

Releyó por quinta vez la nota que acompañaba las flores, mientras saboreaba una copa de vino blanco.

Eran más de las once y, apoyada en el quicio de la ventana, se sintió guardiana de una ciudad en calma. Su barrio era de los que se vaciaba con la llegada de las vacaciones. Buscó con la mirada aquellas ventanas que tuvieran luz, como la suya.

«Veraneantes de asfalto como yo», se dijo al descubrir una ventana abierta por la que escapaba la voz de Humphrey Bogart. Alguien veía la televisión, ajeno a la mirada intrusa de una locutora de radio.

Un maullido tapó la voz del actor americano y despertó a Paquito, que asustado empezó a gritar: «¡Quita, bicho! ¡Quita, bicho! ¡Quita, bicho!».

Aurora empezó a silbar dulcemente la tonada de una nana. Poco a poco consiguió que su loro se tranquilizara y la calma volviera a reinar en su calle.

«¿Cómo has podido adivinar que las rosas rojas son mis flores favoritas?», se preguntó intrigada al ponerse el pijama.

La casualidad, aliada de los enamorados novatos, había hecho un favor a Germán. Pero ella eso no lo sabría nunca.

Cerrado por derribo

—Mamá, este será un verano inolvidable —anunció un exultante Toño, mientras agitaba en el aire su carta.

Sole trató de sonreírle, pero una mueca traicionera ocupó sus labios. Sin embargo, su hijo mayor, borracho del primer amor, no se dio cuenta. La mujer continuó pelando patatas para la comida.

Por el rabillo del ojo vio como los dos pequeños jugaban en el patio con la manguera. El mediano había acompañado a su abuela al mercado.

A Sole aquella aparente tranquilidad no la engañaba. Su cuerpo seguía en tensión. Sus cervicales se habían contracturado en el viaje desde Barcelona al pueblo, al oír cómo la señorita Leo leía su carta. Su mirada se cruzó con la de su marido en el espejo retrovisor del coche y supo que ya no habría paz para ella.

En cuanto Antonio regresara del bar con el abuelo, se habría acabado la alegría que ahora parecía reinar. Las horas de la mañana eran solo un tiempo muerto entre las discusiones de la noche y las del mediodía. Le servían a su marido para cargarse de razones y alcohol en la plaza.

Volvía a casa para despreciar la comida que ella había preparado, reclamar por las arrugas de las sábanas que le impedían dormir la siesta, quejarse de que la camisa que quería ponerse no estaba bien planchada... Cualquiera de estos motivos era suficiente para que le lanzara de nuevo la pregunta que la mujer había oído como quinientas veces aquellos diez días de vacaciones:

—¿La carta era tuya? ¡Dime! ¿Era tuya? Parece que te sobra tiempo para escribir y te falta para ocuparte de tu familia.

Ella, sin saber por qué, lo había negado siempre.

«Como San Pedro negó a Jesús», pensó al oír un gallo despistado que cantó la salida del sol a las doce del mediodía.

Antonio sabía perfectamente que ella la había escrito, pero quería su confesión para ratificar la condena que ya le aplicaba.

En la oscuridad del dormitorio, Sole temía que de las palabras pasara al uso de la fuerza o que a ella se le escapara en sueños la verdad. Hasta que no lo oía roncar, a penas se movía de una esquina de su cama. Solo cuando su marido dormía, ella se atrevía a cerrar los ojos. Aún así, no conseguía descansar. Su subconsciente no conseguía desconectar y vigilaba cualquier señal de alerta.

En cuanto salía el sol, los calambres de su espalda la despertaban. Mejor así, pensaba. Se levantaba antes que nadie y preparaba el desayuno.

—Para las madres de familia no hay vacaciones —le decía a su suegra mientras ambas calentaban la leche, ponían los tazones o discutían qué prepararían para comer ese día. Esta asentía.

Era una buena mujer, que vivía sometida por un marido autoritario desde hacía más de cuarenta años. Al mirarla, Sole creía estar viéndose en el futuro con tanta claridad que le entraban escalofríos.

Lo de menos era cargar siempre con el peso de las tareas del hogar y ser la sirvienta más que la compañera del marido. Para Sole lo aterrador era que el miedo se te quedara clavado tan dentro que ni siquiera te atrevieras a respirar más fuerte que él o a rozar su sombra.

«¿Cuándo se torció todo? ¿Cómo pudimos acabar así?», se preguntó mientras observaba como su hijo mayor leía con entusiasmo la carta de su novia Elisa.

A Sole, la felicidad de su hijo le parecía una de las pocas flores que había traído el verano. Ver con qué nervios esperaba al cartero cada mañana a pesar de que sabía que no siempre recibiría carta, la alegría con la que la abría cuando llegaba y cómo se esforzaba en dibujar para ella, la conmovían. No podía evitar comparar aquel amor con el suyo. No se parecían en nada. Ni siquiera cuando empezaron a salir, su marido había sido con ella tan cariñoso y atento como estaba segura de que era su hijo con aquella chica.

Dejó el cuchillo sobre la mesa.

Sintió como algo parecido a los celos ocupaba por unos segundos su corazón. Ojalá aquella adolescente supiera apreciar a Toño en lo que valía.

Sonrió al recordar la pasión con la que su hijo había asegurado que había encontrado a la mujer de su vida. Por más que ella le había dicho que era pronto para saberlo, que a su edad no se podía saber nada con certeza... el chico no había cedido ni un ápice.

—Mamá, lo sé, como sé que no me gusta el pescado. Y ella siente lo mismo. Somos almas gemelas —le había asegurado encarecidamente.

A ella la comparación con el pescado le había hecho mucha gracia. Y no pudo evitar reírse, algo que su hijo había interpretado como una burla a su amor. ¡Cómo le había costado convencerle de que no era así!

Un portazo anunció el final de la tregua de aquella mañana.

Oyó como su marido gritaba a los dos menores para que se sentaran a la mesa. Desde el marco de la puerta del comedor, vio como los niños corrían asustados. No querían que su padre les diera un coscorrón, algo relativamente habitual. Sintió sus pequeños miedos, que se le escondieron en algún rincón de la memoria, donde tropezaron con imágenes similares de un pasado no muy lejano.

La comida había resultado una catástrofe, tal como era previsible. El arroz se había agarrado, el vino estaba caliente y el pan, duro. Todo culpa de ella, igual que lo era que los chicos no supieran comer sin hacer ruido o sin poner los codos en la mesa.

Sole no contestó a su marido ni una sola vez.

Toño, con el ceño fruncido, comía sin dejar de mirar el plato.

Entonces, con una certeza dolorosa y punzante, supo que su hijo mayor sufría por lo que estaba pasando. Ya no era un niño y estaba claro que asistía con rabia al derribo de su familia.

Con la imagen del chico clavada en la retina, fregó los platos.

En aquella hora silenciosa de la siesta, sus pensamientos empezaron a gritarle. ¿Cómo era capaz de permitir que sus hijos vivieran con miedo? Ella se había acostumbrado a su presencia pegajosa, pero ¿quería que ellos se acostumbraran también?

Le entró un fuerte dolor de cabeza, pero decidió ignorarlo al oír como la puerta de su dormitorio se abría. «¿Ya? Si solo ha dormido media hora», pensó cinco segundos antes de ver aparecer a su marido por el pasillo.

—¿En esta casa no puede un hombre dormir tranquilo? —preguntó de malos modos mientras se dirigía a la nevera y la abría.

Sole no sabía qué decir. La casa estaba en completo silencio.

—¿No me escuchas o qué? —insistió.

Sacó una botella de vino de la nevera y un paquete de jamón.

Ella no pudo evitar mirar el reloj que colgaba de la pared: no eran todavía las cuatro ¿y ya iba a merendar?

Antonio vio el movimiento casi imperceptible de la cabeza de su mujer.

—Yo soy el que paga todo esto, así que puedo disponer a la hora que quiera. ¿No te parece? —siseó—. Sobre todo cuando lo que me han dado para comer no era apto ni para las gallinas.

Sole iba a contestarle cuando vio aparecer a su suegra. No le gustaba tener testigos cuando discutía con su marido. Prefirió callar, mientras se alejaba hacia el salón. Así se calmaría.

Notó cómo Antonio la seguía.

«Va como un perro en celo, buscándome. Quiere discutir», suspiró mientras bajaba las persianas para evitar que el sol recalentara más el ambiente. En la penumbra, sintió como una mano se posaba sobre su hombro. Recordó cuando esa misma mano, en el baile de la fiesta mayor de Gracia, se posaba sobre ella para guiarla dando vueltas.

«¿Quieres bailar conmigo todos los bailes de tu vida?», volvió a oír que le decía un Antonio de veintitantos, repeinado y sonriente.

Pero aquella tarde de agosto, la mano parecía de hierro. Apretaba con fuerza para demostrarle que la fiesta se había acabado hacía ya mucho tiempo. Un Antonio envejecido por la derrota y el rencor le dijo al oído:

—A mí no me des la espalda cuando te hablo. No te vayas de la cocina si te estoy preguntando algo.

Su aliento olía a ponzoña, sapos y culebras.

Sole se armó de valor para darle a Antonio los motivos que esperaba. Estaba

cansada.

—Sí.

—¿Lo dices de veras? —dijo él sorprendido.

—Sí, yo escribí la carta.

Por una milésima de segundo, se sintió grande. Era una mujer fuerte, libre, dueña de su destino. Le miró fijamente. Le gustó aquella sensación. Pero solo fue una milésima de segundo.

Una bofetada hizo caer la noche. Y supo que se había vuelto pequeña de nuevo, aunque no lo suficiente para escapar a tanto odio.

25

Interferencias

—Hola —dijo el chico algo cortado.

—Hola —contestó un hilo de voz al otro lado del cable.

El silencio ocupó la distancia entre un pequeño pueblo del Maestrazgo y Barcelona. Toño y Elisa, pegados al aparato, se oyeron las respiraciones.

—Es la primera vez que hablamos por teléfono. Tu voz suena extraña —se disculpó él—, como metálica.

—La tuya suena como si estuvieras muy lejos —añadió ella.

—Es que estoy muy lejos... ¡he tenido que pedir una conferencia a larga distancia! —rió su novio—. De hecho, a veces pienso que estoy en otro planeta...

—¿Por qué dices eso?

—Aquí hay muy pocas calles asfaltadas, por las que hay días que pasan más ovejas que coches —volvió a reír—. Solo hay un par de bares a los que van los abuelos y una casa de comidas que lleva una prima de mi padre, un súper y...

—Por lo menos tendréis cine... —comentó Elisa intrigada—. Supongo que por la mañana vas a la piscina, pero ¿y las tardes?

—¿Cine? Solo por la fiesta mayor, en la plaza de la iglesia, pasan películas al aire libre... Es divertido porque vamos toda la pandilla, pero desde luego no por las pelis que son de los años sesenta...

De repente, a Toño se le pasó la vergüenza y quería explicarle a Elisa todo lo que hacía. Desde niño, pasaba allí los veranos, en casa de sus abuelos. Tenía amigos y primos de su edad con los que hacía mil planes.

—Piscina no hay. ¡Vamos al río! O al pantano. ¡Es muchísimo mejor!

—¿No es peligroso? —preguntó Elisa, que era una chica de ciudad al cien por cien.

—¡No escuches! ¡Largo!

—¿Perdón? —preguntó sorprendida la chica ante el cambio de voz de su novio.

—Enano, como te pille te doy una paliza...

—¡Toño! ¿Qué dices?

—No es a ti, es a mi hermano el mediano... ¡lo he pillado espiándome!

De lejos, Elisa oyó como una voz débil gritaba llamando a su madre.

—Son unos plastas. Te juro que me encantaría ser hijo único... —explicó el chico, molesto, aunque no lo pensaba en serio.

Elisa se quedó callada. Ella nunca había deseado ser hija única y, sin embargo, la habían castigado con ello.

«Algún día tendré que explicarle a Toño lo de mi hermano. Pero es demasiado pronto... ¡no quiero que me tenga lástima!», se dijo.

Aún así no pudo evitar hacerle un comentario:

—Vigila lo que pides, no sea que el destino te lo dé.

Toño, preocupado en librarse de su madre, que le reclamaba al otro lado de la puerta por haber gritado a su hermano, no prestó atención al comentario de la chica.

—Me gustaría tanto que estuvieras aquí... Podríamos ir de excursión a las cuevas o al pico de la Urraca y...

—Lo de las cuevas, difícil —le interrumpió Elisa—. Tengo claustrofobia.

—¿El qué? —preguntó sorprendido antes de añadir—. ¡Vale! Que sí, que luego le pido perdón.

—¿Perdón? ¿A quién?

—Es mi madre, que me reclama por los gritos. Luego le pido perdón a mi hermano... ¡Mira que son pesados! —suspiró—. En cambio, tus padres te dejan tranquila.

—¡Es que no están! —rio Elisa, quien había fingido tener un fuerte dolor de barriga para no ir al cumpleaños de una tía suya.

—¡Tú sí que te lo montas bien!

—Que va... Están en casa de mi tía, que vive dos portales más allá... Pero como en tu última carta me dijiste que hoy me ibas a llamar, pues les he mentado para esperar tu llamada.

—Casi no puedo hacerla.

—¿Y eso? ¿Tenías planes para esta noche? —preguntó la chica con un punto de celos en la voz.

—¿Planes? Uy, ¡qué va! —contestó divertido Toño al descubrirlo—. Desde hacía dos días, las líneas estaban cortadas. Se ve que unos gamberros de otro pueblo hicieron de las suyas porque nuestro equipo de fútbol ganó al suyo. Además...

—¿Además?

—Mi padre no tenía un buen día hoy... —confesó muy triste.

Elisa captó el cambio de tono en la voz de su novio. Dulcificó el suyo.

—¿No se encontraba bien?

—Nunca se encuentra bien cuando se trata de estar con nosotros. Se pasa el día discutiendo con mi madre por cualquier tontería. Y si nos pilla cerca... —musitó el chico— también la paga con nosotros.

—Lo siento.

—¡Va! Uno acaba teniendo sus trucos para escaquearse... La que no sé como aguanta es mi madre. Porque a ella siempre le toca recibir.

Los dos volvieron a quedarse en silencio.

—Al final se ha ido al bar, así que le he pedido a mi madre si podía llamarte y hemos hablado con la abuela y... me han dicho que podía, pero solo cinco minutos.

—¡Pues llevamos quince por lo menos!

—Quince y aún no me has contado nada. Tendré que pensar que me escondes algo... —la provocó Toño.

Elisa picó.

—¡Nooooo! Es que no hay nada interesante que explicar...

—Pero algo harás a parte de echarme de menos...

—Voy a la playa con mis padres cada mañana. Y por las tardes, leo.

—Debes de estar guapísima... Morenita.

Elisa se puso colorada.

—No te creas...

—Pronto podré verlo.

—¿Cuándo vuelves?

—Que sí, que sí, ¡pesada!

—Oye, ¿por qué me hablas así?

—No te lo digo a ti, se lo digo a mi madre, que no para de llamar a la puerta y...

De repente, unos ruidos metálicos interfirieron la conversación.

—¡Elisa!

—¡Toño!

Como dos náufragos, durante un minuto, no dejaron de repetir su nombre perdidos en un mar de cables.

—¿Me oyes?

—¡Ahora sí!

—¿Qué me decías? —preguntó Toño—. ¡Esto es una conversación por capítulos!

—No me acuerdo.

—Me contabas que lees todas las tardes. ¿El qué?

A Elisa le dio vergüenza confesarle que sus cartas una y otra vez, mezcladas con novelas románticas como *Cumbres Borrascosas* o a Jane Austen. ¿Qué pensaría de ella?

—Algunas novelas que saqué de la biblioteca y... —dudó si confesárselo— y tus cartas.

—¿Has entendido lo que te decía en ellas?

A Elisa le dio apuro reconocer que no, pero no tuvo más remedio que hacerlo.

—¡Es muy difícil!

—La semana que viene, cuando nos veamos, ¡lo entenderás seguro!

—¿Una pista?

—¿Más? Pero si te he dado un montón —rio el dibujante—. Está bien. Es un verso de un poeta...

Esa última frase quedó colgada en el aire y el tiempo.

Nadie la recogió porque los seguidores de un equipo de fútbol seguían enfadados: les habían robado un partido. Volvieron a cortar los cables sin apiadarse de dos jóvenes que, durante un buen rato, habían callado más cosas de las que habían dicho.

Depende del color del cristal

En cuarenta y ocho horas, la cabeza de Germán había dado un giro de ciento ochenta grados que ni él mismo se explicaba.

Lo que dos días atrás le parecía blanco, ahora le parecía negro. Lo que era aburrido, en realidad resultaba divertido. Y aquellos que parecían mala gente, se comportaban como buena.

¿Qué estaba pasando?

Vilardell era un pueblo lleno de vida, casas blancas llenas de geranios y paisanos sonrientes por las calles. Su cuñado Ricardo se desvivía por su mujer, sus hijos y la abuela de estos y madre de Germán. Incluso por el mismo Germán, al que se empeñaba en tratar como a un primo.

El primer día, él y sus dos sobrinos, lo esperaban armados con las cañas de pescar. Germán había intentado disculparse, pero ante la insistencia de su hermana y de su madre, no tuvo más remedio que acceder.

«Solo serán un par de horas», se dijo a sí mismo para animarse.

Tenía ganas de disfrutar de sus sobrinos, pero no en compañía de su cuñado. Había ido al pueblo con dos objetivos muy claros: disfrutar de su familia y hacerles sentir que no estaban solos. Quería que su hermana supiera que él la apoyaba y que podía tomar la decisión de separarse de aquel cretino. La jornada de pesca, que se había alargado más de cinco horas, resultó mucho más entretenida de lo que había imaginado. Sus sobrinos, como ya sabía, eran un par de niños encantadores. Cada uno a su manera, eran listos, divertidos y buenos. La sorpresa le vino de Ricardo, el padre. Los trataba con respeto, ternura y paciencia. Una y otra vez, alababa sus esfuerzos y logros. A penas pescaron un par de pececillos que tuvieron que devolver por pequeños, pero su padre los felicitó como si se hubieran enfrentado a Moby Dick.

«Seguramente, hoy tenga un buen día», se dijo el viajante de comercio.

Tenía claro que las personas cien por cien malas eran difícilísimas de encontrar.

«Hasta los tiranos más grandes de la historia tenían sus amigos o amaban a sus mascotas», reflexionó aquella primera mañana, en el río, al ver como su cuñado y los niños reían sin parar.

Sentado en el terrado de la casa de su madre, a oscuras y en soledad por primera vez en los dos últimos días, aprovechó para repasar todo lo que había vivido desde aquel primer encuentro.

—Bienvenido a tu casa —le había saludado su hermana nada más bajar del coche. Le recibió sin rencor ni amargura, a pesar de sus pocas llamadas y visitas.

«Lo hace porque se lo ha pedido mamá, seguro», pensó en aquel momento. Pero ahora ya estaba seguro de que no.

Consuelo era una mujer serenamente feliz. Trabajaba muchas horas y, a pesar de estar muy cansada, siempre tenía una sonrisa para todos. A veces, unas fuertes migrañas la dejaban tumbada un par de horas. En esos momentos, toda la familia parecía detenerse para evitarle cualquier molestia, como pudo comprobar la primera tarde que había pasado con ellos, nada más volver de la pesca. Como su hermana se encontraba mal, fue a acostarse. Los niños se encerraron con la abuela en el comedor y pusieron la televisión con un volumen muy bajo. Para su sorpresa, su cuñado se puso a recoger la cocina.

Él trató de ayudarle, pero solo le permitió que se sentara en la cocina a fumarse un cigarro.

—Así me das conversación, ¡que esto es muy aburrido! —había comentado Ricardo.

¿De qué podía hablar con él? No quería atacarlo, pero había venido con un plan y tenía que ponerse a ello.

—Y ¿qué? ¿Cómo va el trabajo?

—Más o menos...

—¿Andas en algo?

—Estoy en ello. Es difícil, ¿sabes? Con mi edad y sin estudios... —Le pareció que se excusaba.

—Imagino. Pero ¿nada de nada?

—Bueno, ahora tengo un amigo que igual monta un bar y me da unas horas para que le ayude y así...

Se notaba que Ricardo no estaba cómodo en aquella conversación. Eso dio alas a Germán.

—Tú en bares tienes experiencia, claro —atacó.

Su cuñado se había encogido de hombros sin acabar de captar el doble sentido.

—No mucho, pero no debe ser tan difícil, ¿verdad? Lo pruebo y si no, pues lo dejo.

«Ahí estamos. Siempre igual. Pensando en tirar la toalla antes de empezar», se había enfadado Germán.

—Claro, si es cansado o mucho trabajo —le pinchó.

—¡Quita! Eso no importa. Si veo que no es compatible con los horarios de los críos o de tu hermana, pues lo dejo. Hay que estar pendiente de ellos.

—Vigilarlos, ¿no?

—Acompañarlos, diría yo —respondió Ricardo mientras se secaba las manos—. Si no, ¿para qué forma uno una familia?

En aquel momento, entró su madre en la cocina y la conversación quedó detenida. Germán se quedó toda aquella tarde con una extraña sensación en el cuerpo. Por la noche, su hermana había animado a su marido a que se lo llevara a dar una vuelta.

—Seguro que te hace ilusión saludar a los viejos compañeros —había añadido su madre—. Les dije que venías al hijo de la Pili y al de la Casa Grande ¡y no sabes cómo se alegraron!

A Germán lo que menos le apetecía era salir de copas con Ricardo, pero aquello empezaba a parecer una confabulación en toda regla. Alguien se había empeñado en que pasaran tiempo juntos.

«¿O en que no lo pase con ellas?», se preguntó mirando como su madre y hermana le decían adiós por la ventana.

Al final, la noche había resultado más agradable de lo previsto. Reencontrarse con los compañeros de instituto y recordar anécdotas y motes de los profesores fue divertido. Lo peor, cuando todos le enseñaron las fotos de sus mujeres y sus hijos. Pidieron ver la suya. No querían creerse que él, el primero de todos ellos que había besado a una chica, no tenía mujer ni siquiera novia.

—Es que en la gran ciudad se tercia más tener amigas con derecho a roce, ¿no? Haces bien. Menos líos y más libre —le había lanzado uno de ellos.

A Germán, aquel comentario le había dejado un mal sabor de boca y casi le estropea la noche si no hubiera sido por su cuñado. Este se empeñó en que lo pasara bien costara lo que costara. Y lo consiguió. Se veía que en los bares lo conocían, pero le sorprendió ver que lo trataban con mucho respeto.

«Si fuera un borracho o un mal pagador, seguro que no le hablarían así», dedujo Germán.

Durante todos esos años, había creído que su cuñado bebía mucho y se pasaba los días en el bar. ¿Era o no era así? ¿Los kilómetros deforman así las percepciones?

Perdido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que tenía compañía en el terrado. Su madre interrumpió sus cábalas con un comentario que le pilló por sorpresa.

—Hijo, ¿qué haces aquí solo? ¿No te gusta la señorita Leo?

Germán se giró. Clavó su mirada en aquella mujer bajita, vestida de negro desde que él la recordaba y con andares pausados.

«¿A qué viene eso? ¿Cómo se ha enterado?», se preguntó nervioso.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo me va a gustar o disgustar una mujer que no conozco?

—¿En serio? —le preguntó con los ojos abiertos—. ¿En Barcelona no escucháis *El consultorio*? ¡En casa lo escuchamos todos!

—¿Todos?

No podía ser. ¿Ricardo escuchaba a *su* voz, cada noche, como él? Aquello sí que no se lo esperaba.

—¡Claro! Te lo íbamos a decir, pero como has desaparecido... Los chicos decían que te habías ido al bar, pero Ricardo aseguraba que no le habías comentado nada y que eso sería muy extraño. —La mujer sonrió—. Solo yo he pensado en venir a buscarte aquí.

Se acercó hasta él y le acarició la cabeza con ternura.

Germán no pudo evitar cerrar los ojos ante la sensación agradable que le inundaba.

La noche olía a naranjo.

—Cuando querías pensar, siempre venías aquí, ¿te acuerdas? Desde chiquillo... A tu hermana no le gustaba subir porque creía que los pájaros se le echarían encima. Así que tú lo convertiste en tu refugio cuando tenías que tomar una decisión importante o te había pasado algo...

Los dos se quedaron en silencio.

—Veo que no has cambiado tanto —sonrió—. ¿Qué te preocupa, hijo? Las penas compartidas son menos penas. ¡Somos tu familia!

Germán, que seguía con los ojos cerrados, sintió que estos se llenaban de lágrimas.

Las risas de sus sobrinos subieron por la escalera y se confundieron con todas las risas que él y su hermana habían dejado allí olvidadas.

—Estoy en mi casa —murmuró.

—¿Qué dices? Ya sabes que estoy quedándome sorda.

Miró a su madre.

La vio con el vestido remendado. Sus ojos pendientes de él. Sus manos a punto para recogerlo.

—¿Te he dicho que te voy a llevar a París, madre?

—¡Uy! Mil veces. Pero quita, quita... —respondió ella—. Mejor búscate una buena novia y llévala a ella. Dicen que es la ciudad del amor.

—Y de la luz, madre, y de la luz —añadió él levantándose de la silla en la que estaba recostado.

Le ofreció el brazo y se dirigieron hacia las escaleras.

—Entonces, ¿esta familia escucha a la Señorita Leo?

—Todas las noches, hijo. No nos perdemos ni una. Los cinco.

—Pues vamos allá. Si formo parte de esta familia, también yo tendré que escucharla.

Germán sonrió.

Antes de cerrar la puerta del terrado miró en dirección hacia Barcelona.

«Señorita Leo, te debo una más. Tu voz me ha unido a mi familia todas las noches. Cada vez que he pensado que estaba solo oyendo tu programa, a decenas de kilómetros, mi familia lo oía conmigo», dijo para la mujer que estaba a punto de saludar a todo un país.

Bombones con doble intención

—Final de trayecto —dijo el chófer con voz impaciente.

Aurora alzó la cabeza, sorprendida. Se había quedado sola.

«¿Cómo es posible que no me haya ni enterado? ¿Dónde tendré la cabeza?», murmuró mientras se bajaba del autobús. La pregunta era retórica. De sobras sabía dónde la tenía: en la postal que estrujaba entre sus manos.

Se sentó en el banco de la plaza.

«¿Estás segura, Aurora?», se preguntó mirando la playa, que desde aquel trozo de cartón, parecía llamarla.

Aurora,

Un disco de ABBA, unas flores, una carta y unos bombones... He intentado ser un admirador secreto a la clásica usanza. Pero ya no puedo esperar más. Te espero el último domingo de agosto a las cinco, en la plaza del monasterio de Pedralbes. Si no viene, sabré que no tengo ninguna posibilidad.

Impaciente, cuento las horas.

A penas habían pasado dos días desde que se encontrara esta invitación sobre su mesa, acompañada de una caja de bombones.

—¿Y? —preguntó Michael, desde la puerta del estudio de grabación.

—¿Y, qué? —le respondió nerviosa, sin mirarle.

—No te hagas la tonta —saltó su compañero psicólogo.

—Por su letra, diría que es un hombre de fuerte personalidad, con las ideas claras, firme, quizás algo prepotente, pero... —intervino Anita, sacando a relucir su formación como grafóloga—. ¿Quién no tiene algún defectillo? Y por cierto, ¡insistente! Ya lleva dos regalos en poco tiempo...

—La perfección es aburrida —aseguró Mario—. A mí lo que me parece un detallazo es esa caja de bombones. Por lo menos le ha costado un ojo de la cara. ¡Y nada más y nada menos que de la pastelería Foix de Sarriá!

—Yo creo que deberíamos probarlos a ver si son tan buenos como dicen —sonrió Michael.

Aurora miraba a sus tres compañeros sin dar crédito a lo que oía. Se habían acercado a su mesa, esperando que les ofreciera un chocolate.

—¿Habéis leído una nota a mi nombre? —musitó.

—Nos preocupamos por ti, Aurorita —dijo Mario, mientras aceptaba uno de los

bombones que su compañera le ofrecía.

—Somos buenos compañeros, para que luego digas —sonrió Michael.

—Me parece que... —trató de responderles.

—Entonces, ¿vas a ir o no vas a ir? —insistió su compañero inglés.

—La pregunta ofende. Por supuesto que irá —terció Anita.

—¡Por supuesto que no! —dijo ella indignada.

La charla se interrumpió con la llegada de don Ramón que, de malas pulgas, les instó a ponerse a trabajar. También él había leído la nota y no le hacía ninguna gracia que Aurora tuviera un admirador secreto y menos que este atacara con una propuesta de cita.

«Por supuesto que no, ¡menuda mentirosa estoy hecha! Dicen que la primera decisión es la buena. Así que debería tomar el sesenta y cuatro y volver de nuevo a la civilización», pensó guardando la postal en el bolso.

Entonces vio al chofer mirándola, mientras se fumaba un cigarro junto a su autobús. Parecía estar juzgándola. La locutora creyó leer sus pensamientos: «la solterona esa, en cualquier momento sacará migas de pan para las palomas».

Silbó como si tratara de que ella se le acercara.

«Eso sí que no, ¿¡qué te has creído!?!», se dijo Aurora.

Se levantó de un salto. Se estiró la falda y se recolocó la blusa y, desafiante, le lanzó una última mirada a aquel hombre que representaba a muchos hombres con los que se había cruzado a lo largo de los últimos años.

Enfiló por la cuesta hacia el Monasterio de las Clarisas con decisión.

«Miro y, si no me gusta lo que veo, me voy sin decir ni mu», pensó.

Cinco minutos después, y viendo a lo lejos los pinos que se alzaban frente al monasterio, las dudas la asaltaron de nuevo. Esta vez, eran dudas coquetas. ¿Se habría maquillado poco? Había trabajado todo el verano, no había pisado la playa y su piel lucía blanca. Quizás, aquella blusa sin mangas podía dar a equívocos porque era demasiado atrevida.

«Pronto lo sabré», pensó barriendo con sus ojos la casi desierta plaza.

Un par de turistas franceses, armados con una guía, observaban absortos el monumento. Hacía años que Aurora no subía hasta allí y, por unos segundos, compartió silencio con los extranjeros.

«¿Cuántas mujeres enamoradas se habrán acercado hasta esta puerta?», se preguntó al recordar la tradición que cumplían muchas barcelonesas el día de su boda: ofrecer una docena de huevos a las monjas clarisas de clausura para que pasaran la noche antes de la ceremonia rezando para que no lloviera. Con los huevos, las monjas hacían unos dulces sabrosos que vendían a través del torno para poderse mantener.

Suspiró. Ella vivía como una monja de clausura, encerrada en su estudio de radio

y su pequeño piso, rezando siempre por su hermano Nicolás. Pero nunca había tenido vocación. Le hubiera gustado más parecerse a las que, soñadoras y enamoradas, se acercaban con su docena de huevos.

Las campanas la despertaron de sus ensoñaciones.

«Cinco campanadas. La hora de la verdad», suspiró.

La pareja de franceses había desaparecido. Allí solo quedaban una bandada de palomas, un hombre solitario que hacía fotos y ella.

Fijó su atención en el fotógrafo. No parecía un turista.

De lejos, le recordaba a alguien, pero no conseguía recordar a quién.

Se acercó hasta él con disimulo.

—¡Hola!

—¡Qué casualidad!

—Ni que lo digas... ¿Qué haces por aquí? ¿Vienes mucho?

Aurora se puso nerviosa. ¿Su admirador secreto era el hombre de la tienda de discos? ¿O pura casualidad? Todavía se puso más nerviosa... no conseguía recordar si le había dicho que trabajaba en la radio. Estaba claro que sí, porque los regalos le habían llegado allí o... ¿Germán habría descubierto que ella era la señorita Leo? Imposible. No podía escuchar su programa. ¿O sí y había descubierto que su voz, la de la dama en apuros por un vendedor desconsiderado, y la de la locutora eran la misma?

Germán se apiadó de ella al ver como sus mejillas se teñían de rojo.

—Yo vengo mucho por aquí a hacer fotos. ¡Es tan tranquilo!

—Yo vengo a pasear por lo mismo que tú. ¡Es tan tranquilo! —improvisó con una sonrisa—. Cuando algo me preocupa o tengo que tomar una decisión...

—¿Una mujer tan guapa y simpática con una preocupación? ¡Imposible! —contestó galante—. ¿O de nuevo un vendedor sin escrúpulos te ha atacado? Dime, ya sabes que soy tu caballero andante...

Le guiñó un ojo.

A Aurora le hizo ilusión que él recordara cómo se habían conocido, semanas atrás, en Vidosa.

—No sé si te agradecí suficiente que me salvaras la otra vez... —dijo coqueta—. Si hay algo que pueda hacer por ti...

—Mira, ¡hoy es un buen día para que hagas algo por mí!

Ella sonrió.

Las campanadas anunciaron que eran las cinco y cuarto.

Miró a su alrededor porque aún dudaba si en cualquier momento aparecería el admirador secreto. O no. No sabía a qué atenerse.

—A tu disposición. Tengo un ratito.

Germán sonrió.

—Perfecto. Este monumento ya lo he fotografiado mucho y me gustaría tomar imágenes de otro.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—El monumento lo tengo delante de mí. Quiero tomarte una foto.

Ella le miró sorprendida.

—¿A mí?

—Estoy haciendo un curso de fotografía por correspondencia —improvisó él—.

Necesito practicar.

Germán enfocó. Aurora estaba radiante a través del objetivo. El pulso se le aceleró al ver como ella, en un gesto inconsciente, se desabrochaba un botón más de la blusa.

Sintió el impulso de tocarla. No se lo pensó dos veces.

Bajó la cámara. Clavó su mirada negra y profunda en unos ojos color miel expectantes.

Se acercó despacio, sintiendo como una leve brisa empujaba sus pasos.

Le colocó tras la oreja un mechón de cabello desobediente.

—Así mucho mejor —susurró para sí mismo.

Le hizo un par de fotos junto a la entrada de aquel monasterio centenario y un par más atravesando el arco de piedra que daba entrada al conjunto monumental. Bromeó con ella al comentarle que, desde que Elisenda de Moncada había atravesado por última vez aquel portón, ninguna otra reina lo había hecho. «Hasta que Aurora I de Vidosa lo ha hecho», comentó. Junto a la reja que daba al jardín de la casa de la noble, le hizo algunas más.

Aurora estaba sorprendida: «ni me reconozco, ¡apenas he cruzado veinte frases con este hombre... y aquí estoy, posando para él!», se dijo sin dejar por ello de hacer lo que le pedía Germán.

Y, cuando ella pensaba que la sesión había acabado, él le robó un primer plano, que se convertiría con los años en la foto favorita de su álbum. Una desprevenida Aurora sonreía hacía dentro, para ella misma, con alguna broma que solo ella y sus pensamientos podían oír.

—Son más de las seis —le hizo notar él mientras guardaba la cámara en la funda.

Ella pareció sorprenderse.

¡Cómo se le podía haber pasado tan rápido una hora!

Germán aprovechó el momento de desconcierto de la locutora para continuar con su plan, esta vez ya improvisado. No quería separarse de ella. Había preparado toda aquella treta para pasar un rato con ella, pero la excusa de las fotos se agotaba y sentía que no había tenido suficiente. «Quiero más, mucho más», le dijo sin palabras una fracción de segundo antes de proponerle:

—Me voy para Gracia. ¿Te vienes? Quiero tomar algunos retratos más por allí. Ese barrio tiene mucha vida.

Aurora iba a decir que no, pero, al reconocer el brillo auténtico de la ilusión en los ojos de aquel hombre, se sintió importante. Como no se sentía desde hacía tiempo. Estaba claro que aquella tarde nadie más iba a aparecer por allí. Tendría que descubrir

si el misterioso Germán era o no su admirador. Parecía un juego divertido.

—¿Por qué no?

Esas fueron las últimas palabras que pronunciaron durante un buen rato. Aprovechando la calma del final de verano, caminaron en silencio por Reina Elisenda hasta llegar a la parada de los Ferrocarriles. Los dos se sentían cómodos, uno junto al otro, en el vagón que cruzaba la ciudad bajo el asfalto.

Cuando salieron de nuevo a la superficie, ya en el barrio de Gracia, les acogió una ciudad completamente diferente. De la quietud de Pedralbes a la vida de un barrio lleno de familias paseando.

Como una niña, Aurora se detenía frente a cada fachada o escaparate y se lo comentaba con detalle a un divertido Germán, que no recordaba haber pasado una tarde tan entretenida en años. Le sorprendió descubrir a una mujer segura y llena de vida, que escondía una niña capaz de aplaudir entusiasmada cuando la invitaban a unos churros.

Pasearon sin rumbo, contagiados de la alegría que parecía respirarse, haciendo fotos y charlando como dos viejos amigos. Cuando los pies de Aurora, subidos a unas sandalias de tacón, empezaron a quejarse, Germán le propuso sentarse en una terraza a tomarse el último tinto de verano y un pan con tomate.

La locutora, que seguía como en una nube, no lo dudó ni un segundo.

Igual que no dudó, en cuanto acabaron de cenar, en proponerle a su acompañante marcarse un par de bailes en uno de los *envelats* que a esa hora se llenaban de parejas y grupos dispuestos a seguir pasándose bien al compás de una orquesta.

—Reloj, no marques las horas porque voy a enloquecer —se desgañitaba el cantante de la Orquesta Supersónicos 53 en el escenario.

Ella, agotada y feliz, apoyó su cabeza en el hombro de Germán.

Él tomó aquel gesto como una invitación, un ofrecimiento, una rendición, de una mujer que hasta ese momento se había mostrado amable pero inasequible a sus piropos e indirectas.

La estrechó con fuerza entre sus brazos. Ella no se resistió.

La señorita Leo era mucho más que una voz. Era una mujer de carne y hueso y la tenía suspirando contra su pecho. A Germán le parecía que el mundo giraba más y más deprisa. Él sabía quién era ella, a pesar de que la locutora se había presentado como una simple oficinista de la radio a la que la casualidad había llevado hasta el Monasterio aquella tarde y no una nota en unas flores.

«No importa, sé quién eres. Y no me importa. Aunque tu voz no me hubiera enamorado cada noche, lo habría hecho esta tarde», pensó sintiéndose un poco impostor.

Aurora no tenía ni idea de quién era él. El juego había llegado más lejos de lo que él esperaba, pero no sabía ya como cortarlo a esas horas de la noche.

Acercó sus labios al oído de la mujer, que con los ojos cerrados, seguía danzando al compás que él marcaba.

Siguiendo las notas de los músicos, cantó bajito:

—Ella se irá para siempre cuando amanezca otra vez. No más nos queda esta noche...

Aurora se estremeció.

Y ese estremecimiento le duró toda la noche.

«¿Esto es la felicidad?», se preguntó en voz alta mientras se miraba en el espejo de su cuarto de baño.

Acarició sus labios.

Los resiguió con un dedo, tratando de encontrar el rastro de los besos de Germán.

Una oleada de calor la inundó. Cerró los ojos. Tembló.

Sintió como los brazos de Germán la atraían de nuevo hacía él y como su nariz aspiraba su perfume unos segundos antes de que su boca se lanzara a capturar la de ella.

Aquella noche, en sueños, una y mil veces más intuyó cómo las manos expertas de aquel hombre, guapo y seguro de sí mismo, la acariciaban a través de su blusa, como una promesa a penas formulada.

Misterios de tinta

«Tres cabezas pensando y ni una sola solución», murmuró Elisa.

Los dibujos que Toño le había enviado aquellas semanas estaban dispersos sobre la mesa del Drugstore. Parecían reírse de ella y de sus amigos, invictos.

«Pensará que soy tonta», pensó mordiéndose las uñas.

En apenas tres días, su novio volvería a la ciudad. «Y yo, no tengo ni idea de lo que me ha dicho con sus dichosos dibujos».

Desesperada, el día anterior había decidido convocar una reunión de amigos.

«Cuatro ojos ven más que dos y seis, más que cuatro», se había dicho a sí misma, para superar la vergüenza que le daba que alguien pudiera entender el mensaje secreto de amor que Toño había dibujado para ella.

«El fin justifica los medios», se repitió mientras marcaba el número de teléfono de Álvaro y más tarde el de Mayra.

Desde que los había conocido la mágica noche de San Juan, el estudiante de Periodismo y la auxiliar de Farmacia se habían convertido en una especie de hermanos mayores para la frágil Elisa. Tan solo se habían visto una vez pero había hablado cada semana por teléfono con uno de los dos. Los tenía al tanto de su recién estrenada aventura amorosa y siempre le habían dado buenos consejos al respecto.

Pero esa tarde, en el cuartel general de las Ramblas, ninguno de los dos le era de gran ayuda.

Un montón de labios, un par de búhos, un conjunto vacío y un caballero cayéndose de un caballo blanco no tenían ningún significado para ellos.

—¡Es que sin conocer a ese tío es difícil! —protestó airado Álvaro, que se había tomado aquello como algo personal.

No estaba acostumbrado a perder en ningún juego. Le indignaba que un «adolescente con ínfulas de Miguel Ángel» pudiera derrotarle. Mayra se reía al ver tan mosqueado a aquel universitario siempre seguro de sí mismo.

—Excusas —disparó la auxiliar de farmacia—. ¿Es que tiras ya la toalla? ¿Te vas a rendir?

—Rendir no, pero... ¡llevamos dos horas aquí! Y a ver, listilla, ¿hemos sacado algo en claro?

—No mucho —suspiró Mayra—. Lo mío son las fórmulas químicas, los problemas de matemáticas... no los jeroglíficos.

Álvaro dio un golpe en la mesa.

Sus dos amigas lo miraron asustadas.

—¿Qué has dicho? —preguntó exaltado.

Mayra miró a Elisa, encogiéndose de hombros.

—Que lo mío son las fórmulas químicas y...

—Eso no, eso no —la reprendió nervioso su amigo—. ¡Lo otro! Lo que no se te da bien...

—¿Lo que no se me da bien? ¡Uy! Mil cosas, Por ejemplo, las plantas. Mi madre dice que soy una verdugo de geranios y margaritas.

Elisa exclamó:

—¡A mí tampoco! ¿Verdad que parece mentira que sea tan difícil mantener con vida un cactus? Yo he matado a varios...

—Ya sabía yo que me caías bien. Choca esos cinco —dijo Mayra.

Álvaro golpeó de nuevo la mesa.

—Dejaos de tonterías. Concentraos —las regañó—. Has dicho que los jeroglíficos no se te dan bien, ¿no?

Mayra asintió sin entender muy bien qué mosca le había picado al chico.

—¿Y a ti?

Elisa abrió los ojos como naranjas mientras negaba con la cabeza.

—Ahí está el problema —comentó satisfecho.

—¿Lo compartes con nosotras, Sherlock? —le provocó la auxiliar de farmacia.

Álvaro, arrebatado de una nueva emoción por saber cerca una posible solución, ignoró la ironía.

—Esto no son cartas de amor. No son dibujos —chasqueó la lengua para dar más emoción a su descubrimiento—. Nos hemos enfrentado a ellos de una manera equivocada desde el principio.

—Hombre, un gato no parecen —dijo Elisa y ella y su amiga rompieron a reír.

—Vosotras haceros las graciosas y nunca sabrás qué te ha querido decir Toño. Cuando vuelva, se te quedará cara de tonta y... ¿de verdad no quieres saber de qué va esto? —amenazó el aprendiz de periodista.

—No te enfades, hombre, no te enfades —terció la veterana del grupo.

—Perdona —añadió Elisa—. Dinos qué es lo que has descubierto. No hay nada que me importe más en el mundo en este momento...

—Como os decía, no son dibujos ni cartas. ¿Sabéis lo que son? ¡Jeroglíficos! —les dijo poniéndose impetuosamente de pie.

Elisa no sabía si reír o llorar. Seguían como al principio. ¿Qué más le daba a ella si eso eran jeroglíficos, poemas etruscos o copias de diseños de Leonardo da Vinci? Aún no entendía qué le había querido decir su novio en aquellos papeles. Estuvo a punto de maldecirlo, pero recordó su sonrisa cariñosa y le perdonó incluso antes de haberlo castigado.

Como si Álvaro pudiera leer su mente, condescendiente, dictaminó:

—Zapatero a tus zapatos. Esto hay que dejárselo a un profesional. ¿Verdad que si queréis que os gradúen las gafas no vais al vendedor de legumbres? Pues es lo

mismo.

—Totalmente de acuerdo —opinó Mayra.

—Me temo que en las páginas amarillas no salen los descifradores de jeroglíficos —suspiró Elisa, que veía como estaba a punto de fracasar en su primer verano como novia.

—¿Quién ha hablado de páginas amarillas? Tengo a nuestro hombre —respondió Álvaro, sonriendo por primera vez en aquella tarde.

A oscuras, tumbada en su cama, Elisa trató de imaginarse cómo era un descifrador de jeroglíficos. ¿Cómo se entrenaba? ¿Cómo vestía? ¿Qué cara tenía? Por más que lo hubiera intentado una y mil veces, nunca hubiera descubierto la verdad: era un jubilado que pasaba horas practicando el deporte de riesgo del dominó con un grupo de amigos en el bar y, por las noches, se enfrentaba a solas a los crucigramas de Oción de Oro. Si te acercabas mucho, le encontrabas un gran parecido a Álvaro. Pero en canoso, arrugado, cascado y algo más gordo.

A Vicente nada de eso le importaba. Estaba orgulloso de ser como era, de sus amigos y, sobre todo, de ser «el abuelo del futuro primer español que gane el Pulitzer».

Álvaro se ponía colorado cada vez que se lo oía decir, pero por dentro sentía tanto orgullo que estaba dispuesto a intentarlo con todas sus fuerzas para no decepcionar a aquel anciano.

Una hoja menos en el calendario

—Paquito, me cansé de esperar a que aprendieras a bailar. He encontrado a otro —le soltó Aurora a su loro mientras le daba una pipa como premio de consolación—. Y que sepas, que es más guapo, más alto, más...

El ave, como si hubiera podido entender lo que su dueña le decía, empezó a dar gritos enfadado.

Aurora rio.

—Pero tú tienes más plumas y más verdes, no te enfades... —le respondió ofreciéndole más pipas a modo de disculpas.

Eso pareció calmar a su mascota, que se concentró en pelarlas.

Aprovechó el momento de tranquilidad para poner la radio y volver a concentrarse en su álbum de fotos.

La voz personalísima de Mari Trini vino a hacerle compañía en su primera tarde de vacaciones, algo lluviosa. Era 31 de agosto. Solo tenía una semana, pero estaba dispuesta a aprovecharla a muerte.

De repente cantamos, si brilla nuestro sol; le robamos canciones, a cualquier gorrión. Optimistas pensamos que se empieza a vivir y que esta vida no tendrá jamás, jamás un fin.

—No me negarás, Paquito, que parece escrita para nosotros —sonrió mientras colocaba una foto que Germán y ella se habían hecho en la calle Verdi el domingo.

Recordó como el viajante de comercio, en un arrebato, le había pedido a un matrimonio si les hacían una foto con una pequeña Polaroid que sacó de la bolsa de material que acarrea. A ella le había hecho mucha ilusión que quisiera inmortalizar aquel momento. Al despedirse, él le había escrito su nombre y número de teléfono en el dorso de la imagen, junto con la fecha.

«Eso no significa que piense esperar a que llames. Olvídate, pienso llamarte yo y mañana mismo. Pero es para que recuerdes siempre que me tienes, a la hora que quieras, a una llamada. Solo nos separan estos siete números: si los marcas...».

Sonrió al recordar cómo Germán había cumplido su promesa. A las ocho de la mañana del día siguiente la había llamado solo para desearle un buen lunes. Habían pasado cuarenta y ocho horas.

«De tonterías, que como solía decir mi madre, es lo mejor», suspiró.

Recordó lo que, hacía unos segundos había cantado Mari Trini:

Te quiero con locura y te quiero, sí. Te quiero con locura y te quiero, sí. Te quiero con locura y te quiero, sí.

«Yo aún no te quiero, Germán, pero sé con toda certeza que es cuestión de minutos que lo haga», dijo en voz baja la locutora, mientras repasaba las fotos de aquel verano, que había empezado en una divertida noche de San Juan con sus compañeros de la radio.

Sole cerró despacio la puerta de la casa de sus suegros. No quería despertarlos mientras dormían la siesta. Mantuvo la mirada fija en el espejo del recibidor, que le devolvió la imagen de su ojo morado, sus cuatro hijos y un montón de maletas viejas.

Cuando todo lo que podía ver era un trozo de madera, apoyó la frente en la puerta, a través de la cual se oía la voz de Mari Trini, cantando la última estrofa de la canción número uno de aquellos días, en la radio que habían dejado encendida.

Y entonces pensamos con tristeza que pronto nos vendrá, vendrá, vendrá el fin. Te quiero con locura y te quiero, sí. Te quiero con locura y te quiero, sí. Te quiero con locura y te quiero, sí.

Ella ya no quería a Antonio. ¿O sí?

«Quizás aún te quiero, pero sé con toda certeza que es cuestión de días que deje de hacerlo», pensó al recordar cómo, dos noches atrás y tras veinte años de matrimonio, le había levantado la mano por última vez.

—¿Vamos, mamá?

La voz apremiante y algo asustada de su hijo Toño la devolvió a la realidad. Su marido se había ido al bar, sus suegros dormían. Y ese había sido el momento en que, como ladrones en su propio hogar, habían hecho las maletas y escapado. Debían marcharse antes de que Antonio volviera o el poco valor que ella y su hijo mayor habían conseguido reunir se iría escaleras abajo.

Cerraron la puerta y partieron como una procesión silenciosa. Sin mirar atrás, cada uno rumiando su propio dolor y miedo. Los pequeños lloriqueaban, sin conseguir entender ninguna de las medias mentiras que su madre había tratado de explicarles.

Les esperaba un taxi que los llevaría a la estación de autobuses. Y, desde allí, a casa de su hermana.

Germán miró por el espejo del retrovisor antes de tomar la curva que engulliría las casas de Vilardell hasta el primero de noviembre. Había prometido a su familia que volvería para entonces, para comer con ellos los *panellets* y acompañar a su madre al cementerio. Sus sobrinos, su hermana y su cuñado habían salido a la puerta para

despedirlo. Los vio sonrientes, los intuyó felices. Grabó esa imagen en su retina para que le acompañara el resto del viaje.

Se sentía contento, muy contento, por primera vez en muchos años.

Semanas atrás había llegado al pueblo con un ánimo sombrío y preparado para lo peor. Volvía a Barcelona con las maletas llenas de recuerdos preciosos: días de pesca con sus sobrinos, largas conversaciones con su cuñado, paseos con su hermana por las calles que lo habían visto crecer y la promesa renovada de llevar a su madre a París.

Pero sobre todos ellos, brillaba un recuerdo. El de la tarde en que se había escapado a Barcelona para ver a su señorita Leo y había descubierto a Aurora, una mujer preciosa, que superaba y en mucho la imagen que él se había construido de su amada invisible.

Ahora se debatía entre la alegría de volver a verla y la pena de dejar a los suyos atrás. «Doña Concepción, allá que voy. Prepárese, porque si todo se da como tengo previsto, este será el último invierno que pasaré en la pensión La Perla. Ya se puede buscar otra víctima», exclamó mientras ponía la cinta de Camilo Sesto. La voz del alicantino, cálida y envolvente, viajó con él hasta que el asfalto de Barcelona apareció ante sus ojos.

—¡Por fin! —exclamaron a la vez Elisa y Germán, sin saberlo, separados por unas cuantas calles.

La chica, en su habitación, estaba a punto de irse a dormir. Al día siguiente tenía la cita con el descifrador de jeroglíficos y, dentro de dos días, iría a recoger a Toño a la salida de su examen de Matemáticas. A pesar de que pisaban el mismo asfalto desde hacía unas horas, la situación tan delicada que vivía el chico y le había explicado aquel mismo día por teléfono y los esfuerzos de última hora por un examen que apenas había preparado, les habían impedido verse.

—Por fin... —repitió mirando la hoja del calendario que acababa de arrancar. Los treinta y un días de agosto, tachados en rojo, habían pasado. Y, por primera vez, en muchos años, el recuerdo de su hermano muerto no los había ocupado.

Consejo de sabios

El humo ocupaba todo el espacio existente entre los pulmones de Elisa y el resto del mundo. Tosió varias veces. Aquel local se le antojó más parecido a un sótano de Little Italy en Nueva York que a una bodega de Gracia, y aquel grupo de hombres, a un clan mafioso más que a un grupo de jubilados.

«¿Qué hago yo aquí?», se preguntó sintiéndose ridícula con sus *shorts* rosas y sus chancletas del mismo color. A sus espaldas, en una mochila, guardaba su mayor tesoro: las cartas-dibujo de su amor.

Nadie le hacía caso. Ni su amigo Álvaro, al que el grupo de jubilados habían captado para su causa.

—¡Te ahorco tu doble! —gritó Andrés, un anciano calvo.

—¡¿Qué haces?! —exclamó Manolo, uno con muy malas pulgas.

—¡La has matado! —suspiró Vicente, el abuelo de Álvaro—. Contigo no hay quién se divierta, chico.

Elisa se dijo que, oyéndolos hablar y gesticular de esa manera, uno podría pensar cualquier cosa menos que jugaban una partida de dominó en la que solo podían perder dos garbanzos.

La adolescente se dio cuenta de que esa era su oportunidad y se la debía a un calvo con un palillo en la boca. Mientas el tal Manolo revolvía las piezas con parsimonia bajo la atenta mirada de sus compinches, decidió intervenir.

—No quisiera molestar, pero...

—Pues no lo hagas —respondió Manolo, concentrado.

—¡Manolo! —le gritaron los otros dos al unísono.

El susodicho se encogió de hombros y empezó a repartir las piezas de la siguiente partida.

Álvaro cuchicheó algo al oído de su abuelo, que sonrió a Elisa, como si por fin reparara en ella de verdad.

—Mi nieto me llamó hace un par de noches para pedirme un favor. Me dijo que era cuestión de vida o muerte —tosió como si pretendiera dar solemnidad al momento.

De repente, todas las miradas se clavaron en la chica, que se puso colorada. «Entre que no me hagan ni caso y que me miren todos, ¡hay un punto medio!», suspiró.

—Si tiene un minuto, quisiera enseñarle algo —murmuró Elisa—. ¿Nos sentamos en la barra?

—¡Ah, no! —dijo el calvo—. ¿Has oído hablar de D’Artagnan y los tres mosqueteros, chica? —Ella asintió—. Pues nosotros somos su versión moderna.

—No te pases —le respondió Vicente, dándole un codazo.

El otro jubilado iba a contestar cuando Álvaro intervino para evitar que pasara otra media hora hasta que su amiga pudiera enseñar los papeles.

—¡Por favor! No tengo todo el día. Tengo que ir a la redacción en una hora.

El futuro periodista estaba feliz porque había conseguido prácticas de verano. Hasta ese momento su expediente era intachable y no quería estropearlo llegando tarde la última semana.

—¡Cuánto más seamos, más rápido iremos! —exclamó Vicente—. Mi nieto me ha dicho que tenías unas cartas de amor que eran jeroglíficos...

Elisa volvió a ponerse colorada mientras asentía.

—¡Mujer! En esta mesa todos hemos escrito o recibido cartas de amor. No sé a qué viene tanta vergüenza —añadió al ver cómo la chica se ponía nerviosa.

Elisa sacó los dibujos y los extendió en la mesa.

Los tres abuelos se miraron. Les encantaban los retos. Borraron a Álvaro y Elisa del escenario, se concentraron en los papeles y se pusieron a discutir.

Su amigo le hizo un gesto y se dirigieron a la barra.

—Es mejor que los dejemos solos —aseguró sentándose en un taburete.

Durante diez minutos le explicó el currículum de cada uno de aquellos jubilados. El calvo había sido profesor de Matemáticas e incluso había publicado en alguna revista extranjera.

—Tiene una mente clara, rápida y hace unos análisis buenísimos. Ha dado conferencias por media Europa —aseguró, emocionado—. En cuanto a Manolo, lleva media vida haciendo crucigramas, sopas de letras... ¡le da a todo! Desde joven ha ganado un montón de concursos en la radio, de los de preguntas y cultura general. ¡Incluso se presentó al *Un, dos, tres!* Pero lo descartaron porque en antena quedaba muy mal —comentó indignado.

Elisa los miraba sin tanta admiración. Le costaba reconocer a aquellos genios que su amigo Álvaro describía.

—Tu novio, ¿es más de letras o de ciencias?

Se encogió de hombros.

—¿Qué películas le gustan?

Volvió a encogerse.

—Una pista nos vendría bien, ¿sabes?

Elisa se dio cuenta de que todavía le quedaba mucho por saber de Toño.

Los tres ancianos decidieron ignorarla. Volvieron a enfrascarse en sus discusiones. Vicente golpeó la mesa:

—¡Eureka!

—¡Lo tenemos! —gritó Manolo.

La alegría embargó a todos en la bodega, incluso a los que no sabían a qué se

debía.

—¿Sabías que tu chico es un romántico? —le dijo el calvo guiñándole un ojo—. Uno de los míos.

Los tres jubilados se enfrascaron entonces en una discusión sobre los viejos tiempos. Recordaron las novias que habían tenido, las cartas de amor que habían escrito y los besos que habían robado. Elisa y Álvaro supieron que era el momento de desaparecer antes de verse embarcados en una visita al pasado para la que ninguno de los dos estaba de humor.

Cuando diez minutos después, Álvaro y Elisa corrían por la calle, la chica se sentía muy ligera. En unas horas, sorprendería a Toño.

«Te he descubierto, amor mío», pensó al cerrar la puerta de su habitación.

Cartas sobre la mesa

Germán se sentía como un león enjaulado.

Desde hacía media hora que daba vueltas por su habitación, a oscuras. Estaba triste, rabioso, preocupado, enfadado, desanimado... ¡todo a la vez! Él, que presumía de ser un hombre templado, sentía como si su corazón se hubiera montado en una montaña rusa.

No estaba acostumbrado a esa sensación. Desconcertado trataba de poner orden en sus sentimientos y pensamientos. Se paró frente al espejo de su armario. Iluminado por los tenues rayos de la farola de la calle, que se colaban a través de su ventana, se quedó mirando el bulto que se reflejaba.

—Pero ¿qué narices ha pasado? ¿Qué has hecho, idiota? —regañó a la triste figura que le acompañaba aquella noche.

Se vio más viejo y más solo que nunca.

«Patético, Germán, eres patético», murmuró antes de dejarse caer en la cama. Sobre la mesilla de noche, un hielo olvidado naufragaba entre los restos del recuerdo de un whisky. Germán miró el vaso. Dudó una milésima de segundo antes de incorporarse, apoyar la espalda sobre el cabezal y coger la botella.

La destapó y bebió un trago rápido.

La tarde había empezado como una promesa:

«Mi primera cita oficial con Aurora».

Desde la noche en que habían bailado en el *envelat* de Gracia, había vivido para ese momento. Lo había imaginado cien veces y en ninguna de ellas se había imaginado que acabaría solo, borracho y tumbado en su habitación de La Perla, con doña Concepción aporreando la puerta.

Se había pasado una hora acicalándose para la cita.

«¡Yo que nunca he sido presumido! Quién me ha visto y quién me ve», se había dicho mientras se ponía el *aftershave*.

Pero una mujer de bandera como Aurora se merecía aquello y mucho más.

«Parezco un colegial», había pensado al cambiarse por tercera vez la camisa.

¿Cuál sería la más adecuada para impactar a Aurora? A las cinco, había salido corriendo de la pensión. El tiempo se le había echado encima: nunca se perdonaría si, en su primera cita, la hacía esperar.

«¿Qué les explicará a nuestros sobrinos? ¡Que su tío era un tardón! Y eso si que no», sonrió para sí mismo mientras miraba desde la ventanilla del taxi como algunas hojas empezaban a amarillear. Llegó a Montjuich medio minuto antes que la locutora

de radio.

«Lo justo para que no sepa que casi la hago esperar», había pensado al verla caminar airosa hacia él.

Un vestido de tirantes azul marino, una rebeca blanca sobre los hombros a juego con unas sandalias del mismo color y con un buen tacón... trató de grabar la imagen en su memoria para recrearse en su recuerdo cuando no la tuviera delante.

—Estás preciosa —le había confesado entrecortadamente.

Aurora supo que lo decía de corazón por cómo se estremeció cuando lo tomó del brazo. Juntos habían pasado la reproducción de la puerta de la muralla de Ávila para adentrarse en el recinto.

Había sido ella quien le había pedido ir allí. A Germán, el sitio no le gustaba demasiado. «Pero por ella y con ella, hubiera ido hasta el mismo desierto del Sahara con abrigo y botas», se había dicho.

Aurora le contó que hacía años que no iba al Pueblo Español. «Me apetece darme una vuelta por España contigo», le había dado como explicación. Él había asentido divertido. Si hubiera sabido cómo acabaría aquello, se hubiera negado en redondo.

Todo empezó a torcerse cuando paseaban entre los edificios mozárabes de Teruel. Él llevaba un paquete. Ella, coqueta, intuyó que era un regalo. No paró de hacerle preguntas, intrigada, hasta que él accedió a dárselo.

—Lo he elegido especialmente para ti. Es mi preferido... ¡favorece tanto! —le había asegurado, guiñándole un ojo—. No hay mujer a la que no le quede bien. Ella sonrió al tomar el paquete.

Lo acarició como si tratara de adivinar qué contenía sin tener que romper el papel. Aquel gesto despertó una gran ternura en Germán, que, nervioso, no supo qué hacer con ella. Mientras Aurora rasgaba el papel imaginando que Germán le había comprado un bonito pañuelo o una blusa de verano, él añadió:

—He calculado tu talla a ojo. Tengo experiencia, pero si aún así no he acertado, lo cambiamos sin problemas.

Dos segundos después, ella le miró desconcertada.

Sus ojos iban del sujetador y las bragas de encaje a su cara.

Aurora no sabía que pensar. ¿Quién regalaba a una mujer decente y en una primera cita un conjunto de lencería? ¿Cómo tenía la desfachatez de reconocer que había calculado las medidas mirándola? Se puso colorada solo de imaginarlo.

«Está claro que este se cree que a la primera me voy a ir con él a la cama. ¿Tan desesperada me ve?», había pensado.

No negaba que Germán le atraía y que, alguna de aquellas noches, se había imaginado como él la besaba por el cuello y sus manos volvían a aprisionar sus caderas. Pero de ahí a que él se pensara que aquello le iba a resultar fácil...

Su gesto, cada vez más contrariado, y el silencio con el que caminaba sin ni siquiera mirarle cuando cruzaban los patios cordobeses, le dieron una buena pista. Algo no estaba funcionando. Pero ¿qué?

La inspiración le llegó de golpe: ella no tenía ni idea de a qué se dedicaba. Solo sabía que hacía un curso de fotografía a distancia, porque se habían cruzado en Pedralbes el domingo anterior, y que escribía cartas, porque se habían conocido frente a un buzón de correos. Por un extraño pudor del que se estaba ya arrepintiendo, no se lo había querido explicar. Le había contado que era viajante de comercio sin dar unos detalles que una entusiasmada Aurora no había pedido.

Entonces, se rio.

«Y por estarme callado, he cometido el desliz más tonto que podía cometer», caviló mientras daba otro sorbo a su botella.

Cerró los ojos como si quisiera no ver la imagen que le perseguía desde las siete de la tarde.

Le había puesto la mano en el hombro a Aurora, para que dejara de andar.

—¡Mujer! ¿Qué debes pensar ahora mismo de mí?

Sonrió.

—Nada demasiado bueno —respondió ella.

—Déjame que te explique... —empezó él señalando el regalo que seguía en las manos de la locutora.

Siempre había sido una mujer ecuánime. Si él tenía algo que decirle, quería escucharlo.

—Te escucho.

Él respiró aliviado. Tal vez no estaba todo perdido, se dijo. Y se lanzó al mar desesperado, sin calcular los riesgos. Atropelladamente, dejó salir de su boca lo que él creía que era una disculpa. «Pero en realidad era una sentencia de muerte», murmuró tumbado en su cama, con un par de lágrimas peleando por escapar de sus ojos.

—No me he dado cuenta de que yo jugaba con ventaja. No tienes ni idea de quién soy ni de a qué me dedico mientras yo sí sé quién eres —dijo algo nervioso—. Soy viajante de comercio y represento firmas de lencería. Chérie es la mejor de todas ellas. Este conjunto es exclusivo. Viene directamente de París y nadie lo tiene aquí. He pensado que te gustaría tenerlo, presumir ante tus amigas y... De ahí que tenga experiencia en este terreno.

Germán miró a Aurora.

Seguía callada.

Algo no estaba funcionando.

Su rostro, en vez de relajarse, se estaba contrayendo cada vez más en una extraña mueca. Sus ojos centelleaban.

—¿Qué quiere decir que tú jugabas con ventaja? —pronunció acalorada.

En ese instante, se supo perdido. Recordó las mil veces que su madre le había dicho que «antes se coge a un mentiroso que a un cojo» y que la verdad siempre era el mejor camino para llegar al corazón de las personas y obtener su perdón.

«Siempre hay una excepción que confirma la regla, madre», musitó con una voz

desgarrada aquella noche.

—Me has ocultado información... porque no confías en mí o ¡por algo peor! ¿Cómo se que no me engañas ahora para salir al paso? —le había espetado con los ojos abiertos como platos.

Por más que él se disculpó, que trató de explicarle que tenía buenos motivos, que no había pretendido hacerle daño, que se arrepentía profundamente... ella no le había escuchado. Con paso firme, se puso a caminar hacia la salida del Pueblo Español. Justo antes de atravesar de nuevo la muralla, pareció dudar un segundo. Germán, que la seguía como un perro faldero, contuvo la respiración. «Ahora se girará y dirá que me perdona», deseó con fuerza.

Pero lo único que hizo fue lanzar con rabia el conjunto de lencería en una papelera.

Abrió la puerta del taxi que esperaba en la parada.

Germán, que se había quedado plantado junto a la papelera, incapaz de decir ni hacer nada, escuchó las que creyó que serían sus últimas palabras:

—En los hombres que mienten no se puede confiar. Ese error ya lo he cometido.

Con el sol a punto de salir, Germán seguía oyendo en su cabeza el golpe seco de la puerta del taxi al cerrarse.

«¿Cómo imaginar que se enfadaría de esa manera?», se preguntaba.

Si lo hubiera sabido, jamás le hubiera regalado el disco de ABBA ni le hubiera dejado un ramo de flores en la emisora sin poner su firma. Ni, por supuesto, le hubiera enviado la maldita postal anónima proponiéndole la cita ni se hubiera hecho el encontradizo con su cámara de fotos...

«Ni, ni, ni... ¡Demasiado tarde!», suspiró mientras una sola lágrima resbalaba liberada, por fin, mejilla abajo.

32

Con nota

—¿Cómo te ha ido el examen?

—Mejor no hablar de eso —se encogió de hombros Toño.

Por el semblante serio con el que había salido del aula, Elisa sabía que la respuesta no podía ser positiva. La chica había imaginado que el momento de su reencuentro sería de película. ¡Llevaban días sin verse, pero ella hubiera jurado que eran años!

Y ahora, en mitad de aquella plaza, aquella mañana no sonaban violines, ni su novio la había levantado en volandas al verla.

«Pues será cuestión de ponerle yo un poco de sal», se dijo abrazando al chico sin previo aviso.

Toño reaccionó sorprendido.

Su cabeza seguía en aquellas infernales ecuaciones que se la habían jugado. En aquel verano tan movido, no había conseguido que nada se le quedara grabado. Los recientes acontecimientos le habían vuelto la vida del revés. Los primeros días, aquella chiquilla de melena rubia y lacia que ahora le apretaba contra ella como si quisiera fundirse, le había robado hasta el hambre. No podía dejar de pensar en ella día y noche. Salía de casa temprano para, en la calma del bosque, pasar un rato a solas con ella. «O mejor dicho con su recuerdo», pensó. Su corazón la veía en la piscina, en el mercado, en el bar... ¡incluso en el cielo estrellado!

Toño nunca había estado enamorado. Pronto había descubierto que aquella sensación de mariposas revoloteando en el estómago le gustaba.

Cuando por fin se había acostumbrado a convivir con ella, un mazazo le partió el espinazo. Los gritos constantes de su padre eran un mal augurio que se cumplió la mañana en que descubrió el ojo morado de su madre.

Entonces supo que su infancia y su juventud se habían ido para siempre.

«¿Cómo explicarte todo eso?», preguntó en silencio a la presencia cálida de Elisa. Notó el latido del corazón de la chica contra el suyo y, por fin, tras días de incertidumbre, dolor y miedo, se sintió en paz. Besó su cabello, la estrechó contra él y sintió como se estremecía.

«No hace falta que te cuente todo hoy. Ni que vivo en el salón de la casa de mi tía, ni que he acompañado a mi madre a poner una denuncia a la comisaría, ni que tendré que ponerme a trabajar y abandonar mi sueño de estudiar dibujo...», pensó.

Apartó a su novia. Le sonrió.

Elisa se alegró al pensar que había conseguido apartarle sus fantasmas.

—Mi examen lo has aprobado de sobra —le susurró al oído al chico.

La sonrisa de Toño se ensanchó.

—Ahora veremos si tú has pasado el mío —le respondió guiñándole un ojo.

Ella iba a contestarle que sí, que tenía la respuesta a sus enigmáticos dibujos, cuando el índice de Toño se posó en sus labios.

—Marisabidilla, no tengas prisa. Primero, vamos a un sitio especial, para estar a solas. ¿O quieres darme la respuesta aquí?

Elisa siguió la mano de Toño, que señalaba la puerta de su academia.

Se puso colorada al ver cómo el director de la misma y un par de profesores los observaban. Tres compañeros repetidores se reían, mientras fumaban. ¿Sería de ellos? Por primera vez en mucho rato, la chica volvió al mundo real.

Negó con la cabeza y siguió a su novio, quien de la mano y prácticamente a rastras se la llevó hacia un paradero desconocido.

—Ya sé dónde tendremos algo de intimidad. Quiero que me cuentes de pe a pa tu verano. Cuánto me has echado de menos, lo triste que has estado, cuántas veces has soñado conmigo —le rogó.

«Bienvenido», se dijo Elisa, respirando aliviada al comprobar que el chico bromista y cariñoso que recordaba también había vuelto.

—¿Aquí tendremos más intimidad? —preguntó divertida la chica al ver las decenas de turistas que se afanaban por fotografiar la catedral.

—Frío, frío... —contestó Toño.

Le pasó un brazo por encima del hombro, la atrajo hacia él y, al oído, le susurró:

—No sabía que fueras tan impaciente. —Ella iba a protestar, pero él la interrumpió antes de que pudiera hacerlo—. ¡Me encanta!

Estrechándola contra él enfilaron por la calle del Obispo. Por unos segundos, los dos contemplaron de lejos el puente que la cruzaba de lado a lado.

—¿Sabías que, a pesar de lo que la gente cree, el puente no es gótico?

Elisa negó con la cabeza.

No salía demasiado de su barrio. A diferencia de Toño que, armado con un bloc y un lápiz, recorría las calles de Barcelona buscando inspiración para sus dibujos.

—Es un puente moderno, del siglo veinte.

—Pero es bonito —lo defendió ella.

—¿Quién ha dicho que no?

—¿Vamos a pasar por debajo? Mi madre dice que hay que pedir un deseo al hacerlo —preguntó ella con un tono ansioso en la voz.

«Yo pediré que me beses... un beso de película, hasta que me falte el aire», pensó sin saber que Toño había sido capaz de leer sus pensamientos sin saber muy bien cómo.

—Lo siento, hoy no —le respondió, llevándosela por la calle de San Severo.

En el callejón, la chica le hizo cosquillas.

—¡Pues tú te lo pierdes! Iba a pedir algo para los dos. ¿Te lo digo?

—¡No! Guarda el deseo para otro día. No lo gastes.

Ella rio.

La Plaza de San Felipe Neri era uno de los rincones favoritos de Toño. Siempre que se acercaba, le embargaba la emoción.

No sabía si era por la belleza del espacio, por la tranquilidad que reinaba en él a pesar de encontrarse en mitad del Barrio Gótico o por su historia reciente.

Durante la Guerra Civil, unos aviones habían bombardeado la plaza y las balas aún se podían ver en la fachada de la iglesia. Habían matado a más de cuarenta personas. Algunos eran niños de un colegio cercano.

Sintió un escalofrío y, como siempre le decía su madre que hiciera, agradeció haber nacido en plena paz.

«Solo veinticinco años antes y mi suerte hubiera podido ser diferente», se dijo.

La risa de Elisa le devolvió a esa mañana de septiembre.

Un segundo después, sintió como unas gotas caían sobre su cara.

Su novia jugaba en la fuente del centro de la plaza. Con sus manos trataba de lanzarle agua.

Él se acercó hasta ella y empezó a hacer lo mismo.

—Conmigo llevas las de perder —la amenazó divertido.

Ella se puso a correr alrededor de la fuente, para escapar, mientras él la seguía.

—¡Me rindo! —reconoció ella levantando las manos en un gesto cómico que despertó en él unas ganas locas de besarla.

La atrajo hacia él. La miró.

Elisa tembló.

La besó, primero con ansia. Con el deseo contenido por semanas de espera. O incluso por años.

Cuando sus labios se separaron, ella suspiró.

Toño la miraba como si la viera por primera vez. Había entornado los párpados. El sol los hacía brillar.

El tiempo se detuvo y entonces la besó muy despacio.

—En un beso sabrás todo lo que he callado —susurró Elisa.

Toño sonrió.

Uno de sus versos favoritos de Neruda era la solución al misterio de los dibujos.

Cruce de caminos

Sole miró a sus hijos.

En menos de una semana, volvían a estar con sus viejas maletas preparadas y sus ojos cargados de miedo.

Sintió que su decisión flaqueaba.

—De verdad, Sole, no hace falta que lo hagas —insistió por millonésima vez su hermana—. Rodolfo y yo estamos encantados de teneros en casa. No hay prisa, piénsatelo bien.

Suspiró.

—Mujer, ya nos apañaremos. El colegio del barrio es muy bueno —recalcó su cuñado.

—Los niños necesitan estabilidad. Esto sigue estando cerca de su anterior casa, somos su familia y...

Su hermana lo decía de corazón. Sus palabras sudaban preocupación y cariño. Pero ella sabía que si se quedaban allí, su marido no los dejaría tranquilos. Al principio, había castigado el «delito de su huida» con silencio. Los había ignorado. Sin embargo, ellos no habían respirado tranquilos. Intuían que era una calma falsa.

Al cabo de un par de días habían empezado las llamadas. Primero, Antonio había pedido explicaciones. Más tarde, había tratado de camelarla prometiendo el oro y el moro. Sole se mantuvo firme. Desde que había tomado «la gran decisión», como la llamaba Toño, se sentía en paz consigo misma, algo que no sucedía desde no recordaba cuándo. Su amiga Carmen le había asegurado que no la veía tan tranquila desde que trabajaban en el taller. Había aprovechado para recuperar sus sueños de juventud y le había propuesto que se uniera a su negocio. «Juntas, nos convertiremos en las modistas de referencia. ¡Quién sabe si no llegaremos a la alta costura!», le había asegurado convencida.

Con buenas palabras, Sole se había deshecho de aquella oferta. La había tentado, pero sabía que en ese momento no era una solución. Tenía que poner tierra de por medio al precio que fuera.

—Quién sabe más adelante. De aquí a un tiempo... —le había explicado con más deseo que convencimiento a Carmen.

Pero ahora, al ver a los pequeños, empezó a flaquear. La voz de Toño, su pilar desde que tomara aquella decisión, le infundió ánimos.

Su hijo mayor era el único que entendía su decisión y la apoyaba, aunque él se fuese a quedar en el andén de aquel nuevo viaje.

—Dale, mamá. O perderéis el autobús —le dijo tomando un par de maletas.

Ella suspiró.

Sonrió a sus hijos pequeños, que parecían estar esperando aquella señal para ponerse en marcha.

Con lágrimas en los ojos, se abrazó a su hermana mayor, que en ese momento le pareció mucho más joven que ella. A Sole se le había llenado la cabeza de canas aquel verano. Y ella se había negado a teñírselas. Eran señal de luto por la pérdida de su inocencia como mujer.

Él era un maltratador. Él no cambiaría. Él no la quería.

El chico que la había enamorado pidiéndole todos los bailes de su vida ya no existía. Su lugar lo había ocupado un hombre amargado y violento.

«¿En qué me habré equivocado?», se preguntó, sintiendo que no estaba libre de culpa. Sabía que tardaría años en sacársela de encima. Faltaban muchos días para que dejara de buscar en su memoria en qué momento había cambiado todo, qué gesto que no supo ver anunciaba el cambio, qué podría haber hecho para evitarlo y no supo hacer...

Su cuñado cerró la puerta. Tras ella quedó Inés, que seguía musitando que se lo pensara, que por lo menos lo hiciera por sus hijos.

«No los condenes a esta aventura incierta», repetía como un salmo.

La aventura incierta era un trabajo en el Balneario de Baños de Montemayor, en Cáceres. «Sé que está lejos, esa es su principal virtud», había respondido a su hermana y su cuñado. Antonio jamás creería que fuera capaz de irse tan lejos. Allí no la buscaría nunca.

Unos amigos de sus padres vivían allí retirados. Su hijo ocupaba un puesto en el Gran Hotel y conocía a Sole desde niña. Se había compadecido de la mujer, aunque hacía décadas que no la veía, y le había ofrecido un trabajo como camarera de habitaciones.

—El sueldo no es muy alto —había avisado—, pero la vida en un pueblo es más barata. Mis padres tienen una vieja casa vacía que te ceden para que la ocupes. Además, la escuela en el pueblo es muy buena. Estarán encantados con la llegada de tus hijos. En los pueblos siempre faltan niños —había añadido.

«¿Por qué no?», se preguntó Sole.

No le tenía miedo al trabajo. La vida de pueblo le parecía mejor para los pequeños, que allí pronto harían amigos y olvidarían los malos momentos con más facilidad.

Toño era el único escollo que la había frenado un poco en el camino de su nueva vida. Su hijo mayor debía empezar la universidad y en Baños de Montemayor esa opción era imposible.

Dudó entre pedirle a su hijo que renunciara a su sueño de estudiar Bellas Artes y de buscar trabajo en alguna pequeña editorial o librería o quedarse todos en Barcelona.

«Ya he hecho yo bastantes renunciaciones, hijo, para que tú empieces tu vida haciéndolas también», concluyó.

Pero entonces un puñal en forma de carta se clavó en su espalda.

Antonio la iba a denunciar por abandono del hogar. Sus amigos del bar le harían de testigos. Perdería a los niños y podía acabar en prisión. «Así es el país en que vivimos», le había explicado su cuñado, hundido, «la democracia viene con paso inseguro. Es todavía una niña». Aún así, ella ya no podía dar marcha atrás. «Uno se arrepiente más de lo que no ha hecho que de aquello que sí ha hecho, pero no ha salido bien», le había respondido llorosa.

Toño fue el que tomó la última decisión, obligándola a hacer las maletas. Él se quedaría en casa de sus tíos. Rodolfo trabajaba en la SEAT y le había conseguido un trabajo en el turno de fin de semana, lo que no le impediría entrar en la Massana, la escuela de Arte.

«El sueño universitario no lo abandono, pero tendrá que esperar un poco más. Ahorraré y te mandaré dinero para ayudarte», le había prometido, cariñoso.

Aquella tarde, al pie de la escalera del autobús, dudó de nuevo.

Junto a su cuñado, su hijo le pareció más pequeño que nunca. Rodolfo le había pasado un brazo por los hombros, para evitar que el chico se viniera abajo. Pero Sole era su madre y, a pesar de los esfuerzos de los dos hombres, vio cómo su hijo temblaba.

Alargó la mano para repasarle de nuevo el flequillo. No le quedaba ningún consejo más por darle. Le había dicho que comiera, que trabajara duro, que no disgustara a sus tíos, que fuera bueno con su novia, que no se despistara de los estudios, que...

Un bocinazo interrumpió la retahíla de pensamientos.

—Lo siento señora. Es la hora —suspiró una voz de hombre a sus espaldas.

El chófer, que había sido testigo de toda la escena, intuyó el drama que se escondía tras ella.

Como si pidiera disculpas por obligarla a subir, añadió:

—Ya llevo cinco minutos de retraso. Algunos pasajeros se revuelven en los asientos. Si se quejan, me descontarán parte del sueldo.

Sole mantuvo la cabeza girada hacia donde había dejado a su hijo mayor hasta que este se convirtió en un punto e incluso hasta que su figura pasó a ser un simple espejismo.

Oportunidades de latón

—Germán, ¡ya quisieran muchos compañeros tuyos una oportunidad como esta!

El viajante de comercio le pidió a su jefe veinticuatro horas para pensárselo antes de aceptar el ascenso. Este no daba crédito y, si no hubiera sido uno de sus mejores hombres, lo hubiera despedido por cobarde.

—Chico, no te entiendo —suspiró más rendido que enfadado el jefe—. Un hombre como tú, sin ataduras... ¡Creí que hubieras matado por un puesto como este!

«Un puesto como este» significaba convertirse en jefe de equipo, un aumento de sueldo, un coche de gama alta, viajar por diferentes capitales españolas... «y si cumples objetivos, un viaje a alguna isla bonita, con todos los gastos pagados», le había explicado con todo detalle. «Solo tiene una pega, pero... ¡vamos! Nada importante para ti. En dos días deberías ir para allá. El jefe comercial de la zona nos ha plantado, dejándonos un pastel. Allí la competencia es muy dura», había añadido preocupado.

Germán lo escuchó atentamente y le agradeció el gesto, pero le pidió un día para darle una respuesta. Decir sí implicaba irse a Madrid.

«Es cierto, tan solo tres meses atrás hubiera matado por un puesto así. Pero hace tres meses, era otro hombre. No soy el mismo», se dijo mientras tomaba un carajillo cerca de la plaza del mercado de la Barceloneta.

Desde allí no veía el mar, pero el aire olía a sal, recordándole lo cerca que estaba. Familias enteras subían desde la playa, donde trataban de rascar los últimos rayos al sol del verano. Jóvenes arrastrando sombrillas y turistas dejando rastros de piel tras de sí completaban el cuadro que Germán disfrutaba.

Las campanas de la cercana iglesia de San Miguel le anunciaron que las cinco habían caído sobre él. Antes de las ocho debía llamar a su jefe con una respuesta. Una respuesta que se mostraba esquiva.

Le pidió al camarero un bolígrafo. Tomó un par de servilletas de papel y se dispuso a hacer una lista con pros y contras.

«Quizás eso me ayude a tomar una decisión», pensó.

Lo había leído en un libro que le prestó un antiguo compañero sobre cómo convertirse en un hombre de negocios exitoso: «Valora siempre los pros y los contras. Ponlos en una balanza. No te dejes arrastrar por las emociones sino por los hechos».

Aquella era una de las primeras decisiones importantes a las que se enfrentaba. Al

mirar hacia atrás, Germán tenía la sensación de que la vida le había ido llegando. Se había tomado las cosas como le venían. Sin grandes aspavientos.

Muy joven supo que el pueblo tenía poca calle para alguien como él. Creció en una casa con una presencia femenina muy fuerte. Aunque adoraba a su madre, necesitaba respirar.

—Además, ¿qué futuro tengo aquí? El campo no es lo mío. El ganado, no me gusta. ¿Quedarme de panadero? ¿De chico de los recados en la farmacia? —le había soltado a su madre.

Nunca había soñado con estudiar.

«A mí lo que me gusta es la gente», repetía siempre.

Y a la gente le gustaba él. Así que su trabajo de vendedor le venía como anillo al dedo. Vivía a su aire, sin horarios ni despacho. Era cumplidor y trabajador, así que sus jefes pronto se dieron cuenta de que podían confiar en él.

«Y tienes buen olfato para los negocios... y las personas. No te la cuelan. Y tú sabes cómo ganarte a las vendedoras y a sus jefes», le alababan.

A él le complacía escucharlos. Como un pavo real, presumía en las reuniones de vendedores de zona.

—¡Qué queréis! Tengo mano con las mujeres. Con el don se nace y no hay más —les decía a sus compañeros.

Y ahora, ahora todo era diferente por culpa de una voz que le había hecho soñar... con ser algo más, con ser algo mejor, con otra vida y con compartirla.

Es cierto que no tenía nada que reprocharse «aunque me he movido en el filo que separa lo correcto de lo incorrecto», se dijo al recordar algún que otro *affaire* con mujeres casadas, algún género vendido a un precio inflado o con alguna tara. «Pero no he matado a nadie ni he robado lo que no era mío», se autodisculpó.

Sabía que eso no sería suficiente para una mujer como Aurora. La imaginaba íntegra, recta, buena.

«¡Es de locos! Tu voz perfecta, tus respuestas correctas, escuchadas durante tanto tiempo, hacen que te imagine como una supermujer... Pero, en realidad, ¿cómo eres?», pensó.

Desde que Aurora lo dejara plantado en el Pueblo Español, en vez de quitársela de la cabeza, tenía más ganas que nunca de verla.

Por orgullo, no la había llamado.

«¿Cómo pudiste tirar mi regalo en la primera papelería que encontraste? ¿Cómo pudiste coger un taxi y dejarme tirado como a un perro sin un adiós? ¡No me lo merezco! En cuanto a si hablamos de engaños, ¿no me engañaste tú también sobre quién eras?».

Primero pensó que se le pasaría y que, como en una película, el taxi se detendría y ella bajaría corriendo para echarse en sus brazos. Había esperado diez minutos y nada de eso sucedió.

«Quizás sea de reflejos más lentos», siguió mientras abría la puerta de la pensión.

Pasó toda la noche aguzando el oído. Seguro que le llamaría y debía estar pendiente o la bruja de doña Concepción le haría un interrogatorio de tercer grado a la pobre Aurora antes de pasarle la llamada.

Se durmió vestido sobre la cama esperando, agotado. Aquella noche nadie llamó a la pensión. Se levantó con una resaca seca y cortante de la que no se había librado en toda la semana.

Cada día había esperado que ella llamara. «Cada hora», se corrigió mentalmente.

En ese momento, calculó el tiempo que eso suponía. «Seis días, a veinticuatro horas cada día... Demasiado tiempo por una mujer a la que he visto solo dos veces», se regañó.

Empuñó el bolígrafo. Lo mejor sería que se centrara en su tarea, porque en menos de hora y media debía llamar a su jefe con una respuesta.

¿A favor? «Todas las ventajas que me ha contado el jefe», sonrió al imaginarse en una tumbona de Mallorca o a su bonita secretaria tomándole notas. Suspiró.

«Y añadido una más, alejarme de esta mujer que me ha roto el corazón».

Aurora no iba a llamar. No había dado señales de vida y ya no lo haría. «Está claro que tiene genio. No lo parecía, pero...», reflexionó. «Ojos que no ven, corazón que no siente», rio al recordar los refranes que usaba su madre ante una situación como esta.

«Ese sería un punto negativo: alejarme de mi familia ahora que todo parece haberse encarrilado», se entristeció mientras se acercaba a la barra.

Cada día, su hermana o su madre lo llamaban con alguna excusa. «¿Has comido, hijo? ¿Ya has salido a dar una vuelta? Mira que no todo es trabajar...», preguntaba su madre. «¿Cuéntame alguna película de las que están en el cine ahora! Que aquí solo ponen reposiciones», le pedía su hermana.

Y él se acercaba hasta el cine del barrio para estudiarse la cartelera y contársela por la noche. De lejos, a través del teléfono, le llegaban los besos de sus sobrinos y algún comentario bromista de su cuñado.

«Pero Madrid no es el fin del mundo ni nada es para siempre», trató de convencerse para espantar la tristeza mientras marcaba el número de la oficina encerrado en la cabina del bar.

—Señor Pérez, aquí Germán. Ya tengo su respuesta.

Después es siempre tarde

Aurora había conocido el cielo y el infierno en un solo día.

En ese momento, sentada a los pies de la cama de su hermano, ambos le parecían igual de irreales. ¿Acaso podía existir algo más allá de aquel cuerpo adormecido y del silencio espeso que lo aplastaba contra el colchón aquella madrugada de septiembre?

La respiración entrecortada de Nicolás marcaba el ritmo de sus latidos. Si se aceleraba, el pulso de Aurora también se desbocaba. Si por el contrario quedaba suspendida, su corazón era incapaz de cualquier movimiento temiendo lo peor. Entre un instante y otro, ella se entretenía leyendo, bordando, mirando fotos, pelando patatas... Había vaciado su mente de casi todos los recuerdos y sueños, dedicándose a esperar sin saber muy bien el qué.

Hasta Paquito, contagiado de aquel impase, se había vuelto cauteloso. Quieto, silencioso, dormitaba casi todo el rato. Solo de cuando en cuando, abría un ojo como si quisiera comprobar que su ama seguía allí.

«Siempre has sido uno de los hombres de mi vida, Paquito, desde luego uno de los más fieles», le sonrió Aurora al descubrir cómo la miraba. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar que, a pesar de todo, aquel loro quizás se preocupaba más por ella que muchos que presumían de humanos.

Aurora apoyó su cabeza en el respaldo de la butaca situada junto a la ventana. Una leve brisa agitó las cortinas de encaje y ella pudo entrever su calle vacía. No la había vuelto a pisar desde el día que su destino se jugó su vida a todo o nada. Y perdió.

Se había puesto el vestido azul marino de tirantes y unas sandalias blancas de tacón que le hacían unas piernas preciosas.

Su amiga Carmen la había peinado. «Tú no tienes gracia, hija», la había reñido cariñosamente, «más vale que yo te eche una mano o este Germán saldrá corriendo antes de darte el segundo beso».

La que había salido corriendo había sido ella al descubrir el conocido olor a óxido que desprendía la mentira. Rodeaba a Germán e inundaba cada uno de los rincones del Pueblo Español. Miró la única foto que tenía de los dos.

¿Quién era aquel hombre que la miraba desde aquel pedazo de papel? ¿El cariñoso y divertido Germán, seguro de sí mismo y fotógrafo aficionado? ¿O un acosador que, bajo el disfraz de admirador secreto, se había acercado hasta ella? ¿Un viajante de comercio? ¿O un farsante?

«En cualquier caso, un mentiroso y un tramposo. Me sacó ventaja: él sabía quién

era yo, se aprovechó de mi confianza... ¡y me regaló un conjunto de lencería negro!», recordó.

En aquel momento, le había parecido un gesto ofensivo. Tener a su hermano medio muerto en sus brazos le había cambiado la perspectiva. Ahora le parecía absurdo y, por qué no, algo cómico.

«Espero que alguien lo encontrara en aquella papelera y le sacara partido». Sonrió al imaginarse como aquella noche algún basurero llegaría a su casa con un regalo para su mujer.

«Ojalá tuviera mi talla», pensó, y se sonrojó al recordar cómo Germán le había dicho que le había calculado las medidas a simple vista. «Un profesional dijo que era... ¡un profesional del embuste!», suspiró.

Pero aquella gran mentira se convirtió en una mentira sin importancia conforme las siguientes horas se pasaban en un pasillo de urgencias, sola.

Aquella tarde, había llegado a casa indignada. Decidió subir las escaleras a pie y en cada escalón dejaba un insulto para Germán.

«Si las palabras tuvieran cuerpo, tras de mi habría un reguero de porquería», se había dicho a punto de llegar a su rellano.

Y entonces lo vio. O mejor dicho, vio la punta de una zapatilla deportiva que la señalaba, acusándola de algún crimen que no recordaba. Tuvo una intuición.

Se detuvo en seco como si quisiera darle al universo la oportunidad de repensarse la injusticia que estaba a punto de cometer con ella, pero Aurora sabía bien que los dioses eran implacables.

Unos quejidos débiles la obligaron a continuar andando. Un grito seco y único escapó por su garganta.

El cuerpo desmadejado de Nicolás estaba caído frente a su puerta.

Mil veces había imaginado aquella escena. La locutora pensaba que, con los años, se había preparado para ese momento. Pero allí, arrodillada junto al cuerpo de su hermano, supo que para algo así nunca se está preparado. Le puso una mano en la muñeca para buscarle el pulso. Pudo ver los estragos de la jeringa en el interior de su codo.

«Maldita heroína», murmuró una y otra vez, tratando de sostener el cuerpo de su hermano, que convulsionaba sin parar.

Sabía que debía moverse, buscar ayuda, correr al hospital y, sin embargo, algo la retenía con fuerza sobre el mármol sucio y viejo de su rellano.

El olor a vómito de la ropa de su hermano, sus cabellos pegajosos y el camino que había dejado una única lágrima sobre su mejilla sucia habían atrapado su alma.

«¿Cuándo, cómo, por qué había empezado todo aquello?», se preguntaba, conocedora de que no había respuestas para ella.

De repente, sintió el peso de todos sus defectos sobre los hombros. Las penas viejas que creía olvidadas le cortaron la garganta.

Empezó a sollozar por la suerte de su hermano derrotado y por la suya propia,

engañada por su último amor y por la vida misma.

«Todos jugáis conmigo», le recriminó a un ausente Germán que, en ese momento, contemplaba las olas de la Barceloneta, totalmente descorazonado.

«No me importaría convertirme en una estatua de mármol, como una *Pietà*, aguantando el cuerpo casi muerto de mi hermano para que, de aquí a unos siglos, curiosos y turistas nos contemplen. El dolor de una hermana ante la vida rota y vencida», pensó al sentir las primeras lágrimas que se colaban entre sus labios.

Esos labios que ella se había pintado cuidadosamente tan solo unas horas antes para recibir los besos del amor de su vida.

Y así hubieran seguido por horas los dos hermanos, derrotados sobre el felpudo de su hogar, la espalda de ella contra la puerta y la de él, sobre su regazo, si no hubiera sido por Carmen.

La mujer, que volvía de dar un paseo, no pudo contener un chillido descarnado al ver aquella escena. En solo unos minutos, la placidez habitual del rostro amable de Aurora, se había transformado en una máscara crispada. Daba miedo la fuerza con la que parecía aferrar el cuerpo más muerto que vivo de su hermano.

«Como si estuviera mirando de frente a la muerte, negándose a soltar a Nicolás», pensó Carmen mientras la acariciaba y llamaba para hacerla volver en sí.

Pero eso solo lo consiguieron los médicos del hospital, cuando le dieron un tranquilizante y la dejaron descansar en una habitación vacía mientras se hacían cargo de su hermano.

Les costó lo indecible que la mujer soltara al chico. Había viajado en la ambulancia tumbada junto a él, cantándole sus canciones favoritas de cuando eran niños.

A Carmen, la soledad de su amiga le había roto el corazón en mil pedazos. Ella tenía a su hija, a sus padres, amigos... Pero ¿a quién tenía Aurora?

«A Germán», se respondió en aquel momento, aunque pronto supo que algo no había ido bien en la primera cita.

«Germán es la respuesta», volvió a pensar aquella tarde, mientras aguardaba a que su vecina le abriera la puerta.

Todas las tardes bajaba a hacerle un rato de compañía. En una semana, la mujer apenas se había movido de la habitación en la que descansaba Nicolás.

«Por los pelos», había dicho la enfermera, tratando de traducir un parte mucho más largo de los médicos de urgencias.

«Reposo para el cuerpo y para el alma es lo mejor», le había aconsejado una de las madres de la asociación de lucha contra la droga en su barrio. «Sobre todo, Aurora, que no vuelva, que se quede contigo, aquí. Retenlo», añadió prometiéndole toda la ayuda y compañía posible para sobreponerse a lo que iba a venir.

Carmen sonrió a su amiga mientras juntas se tomaban un chocolate en la cocina.

«Han pasado siete días, Nicolás está estable... es el momento», pensó justo antes de lanzar una pregunta sobre Germán, para tantear el terreno. Descubrió que los

ánimos estaban mucho más predispuestos y decidió aprovechar que Aurora tenía las defensas bajadas para atacar.

Tres horas después, sin saber muy bien cómo, Aurora se encontraba montada en un taxi camino de la pensión La Perla.

Si hubiera sido la Aurora de unos meses atrás, no se hubiera dejado liar de aquella manera, pero apenas tenía fuerza para levantarse, ¿cómo iba a tenerlas para llevarle la contraria a Carmen, un torrente de energía? Se sentía como una marioneta sin hilos.

«Carmen siempre me ha querido bien y tiene razón. Si no voy a ver a Germán y le pido explicaciones, nunca podré cerrar esta herida», suspiró mientras el auto enfilaba el Paseo Juan de Borbón.

Hacía horas que había empezado a perdonarlo. «O al menos, a no estar enfadada», se había dicho frente al espejo mientras se peinaba.

Luchar a brazo partido contra la muerte, para arrebatársela a su hermano, le había hecho evaluar los pecados de Germán. Si era capaz de perdonar a Nicolás, que la había engañado y robado tantas veces, ¿por qué no disculpar a aquel hombre bueno por algo mucho más tonto?

«El corazón es como un señor feudal, impone sus propias reglas y las cambia a su antojo», le decía su madre cuando era niña.

El sol había desaparecido por el horizonte, pero aún no había oscurecido. Aquel momento entre horas siempre le había gustado. Como si en aquel limbo todo fuese posible.

«Merendar o cenar, salir de casa o volver... enfadarse o perdonar», se dijo mientras pagaba la carrera.

Ante el cartel dorado de la pensión La Perla, se esforzó por pintar una sonrisa en su cara. De nada le sirvió el ahínco que puso en cuanto oyó las palabras de una mujer sesentona que la miraba con más curiosidad que acritud.

—¿El señor Germán?

—Sí, soy una compañera de trabajo y tengo que darle un recado —improvisó ella sabiendo que no eran horas para estar allí—. El jefe quiere que le diga...

—¿Germán Herrero? —insistió con un tono un poco impertinente.

Aurora asintió. No quería que una mujer en bata y con rulos la derrotara.

—¡Qué curioso! Según me dijo hoy mismo el señor Germán, por otro lado un hombre muy reservado habitualmente —le clavó la mirada como si tratara de leerle su documento de identidad para saber quién era ella realmente—, ha dejado su trabajo aquí porque le habían propuesto un ascenso.

El suelo se movió bajo sus pies. Lo podía jurar.

—¿Quiere pasar? ¿Le ofrezco un café?

—No, mejor no. Tengo a mi madre enferma —«¿Otra mentira, Aurora?»—, y debo volver a casa.

La mujer se encogió de hombros.

—¡Lástima! Ha sido cosa de minutos...

—¿Qué quiere decir? —preguntó esperanzada.

—Llega usted cinco minutos antes y se lo encuentra en este mismo rellano con sus dos maletas —dijo mientras se metía de nuevo en su casa.

—¿A dónde iba?

Doña Concepción miró a aquella mujer. Evaluó sus arrugas. Calculó sus dolores. Olió las horas de soledad entretejidas en su piel. Y se reconoció. Y se apiadó de ella.

—A la Estación de Francia, a tomar el nocturno para Madrid.

Trenes que se van, futuros que llegan

Corrió como una desesperada. Entonces, cuando sus pies ya no tenían donde apoyarse, sus ojos siguieron corriendo por los raíles tras aquel tren que le robaba al que podía haber sido el amor de su vida.

—¡Se acabó! —exclamó Aurora.

Gritó con tanta fuerza que varios pasajeros que transitaban por la estación se giraron para mirarla.

Apretó sus labios. Después de la última semana, ya no le quedaban lágrimas. Las invocó porque se sentía muy desgraciada, pero fue inútil. Creyó que los ojos se le iban a resquebrajar, como la tierra árida que no recibe a la lluvia. Se los tapó con las manos.

¿Cuándo volviese a mirar quizás el tren estaría entrando de nuevo en la estación? ¿O tal vez ella ya no estaría allí, sino en su casa junto a Nicolás, de donde no debería haber salido aquella tarde?

Respiró hondo.

Germán se había ido.

Aquel hombre atento, divertido, cariñoso, detallista, guapo, valiente e inteligente ya no estaba a una llamada de teléfono.

Entonces se dio cuenta de la magnitud real de la tragedia.

«El problema no es que se haya ido, el problema es que lo ha hecho sin saber que me he enamorado de él», pensó.

La contundencia de su pensamiento le devolvió la fuerza.

Por un momento, acarició la idea de correr a la ventanilla, comprar un billete para el siguiente tren y plantarse en Madrid. Lo buscaría por las calles. Se sentaría en un bar de la Plaza Mayor, con una guía de teléfonos, y llamaría a las principales pensiones de huéspedes. «O visitaré las mercerías más importantes y les dejaré una tarjeta. Seguro que acabará presentándose. No importa si tarda un mes o tres. Llevo toda la vida esperándole. No me vendrá de ahí». Mientras, podría cuidar de Nicolás y trabajar. El lunes tenía que volver a la radio, la nueva temporada de *El consultorio de la Señorita Leo* tenía que empezar. Los oyentes la esperaban.

Empezó a caminar con paso desesperado hacia la taquilla.

Más de diez personas aguardaban frente a ella para comprar un pasaje.

Se sumó a la fila.

Los minutos de espera empezaron a pesar sobre su ánimo.

«Germán se ha ido sin ni siquiera llamar para despedirse», musitó. «¿Por qué lo

hizo? Él fue quien me engañó, aunque fuera una mentira inocente. Es normal que yo estuviera enfadada. ¿Por qué no me llamó? Si no se atrevió la primera noche, ¿por qué no lo hizo la segunda? ¿O la tercera?», se preguntó.

En el estómago se le hizo un nudo. Empezó a sentir mucho calor.

«Ni una llamada ni una nota de disculpa». Le entraron náuseas.

Ese comportamiento solo podía tener una explicación.

«Serás tonta, Aurora, después de leer tantos cientos de cartas con historias parecidas... ¡tú también has caído! Tal vez estaba casado, como Francisco, o tuviera una novia esperándole en su pueblo. Y la fascinación por conocer a la locutora de radio famosa...», rio amargamente.

La Señorita Leo siempre inmiscuyéndose en su vida. No solo le había robado lágrimas y noches, sino que le había robado a dos amores.

«Pero ahora ya te ha conocido, ya te ha visto... Quizás solo quería eso para poder explicarles a sus amigos que te había besado y quién sabe qué más. Le has salido barata, unas flores, unos bombones y un conjunto de lencería...».

Nada de todo aquello cambiaba lo más importante: Aurora se había enamorado de aquel hombre. Del trazo firme de su letra y de su sentido del humor un punto atrevido. De cómo la miraba y de cómo la estrechaba entre sus brazos.

La estación de Francia empezó a girar a su alrededor, como si fuera una atracción de feria.

Lo hizo tan deprisa que desapareció de su vista. Se vio de nuevo en su casa, dándole pipas a un Paquito con cataratas y esperando la llamada que sellara definitivamente la suerte de Nicolás. O quizás sería un nuevo director del programa de radio quien la llamara para decirle que habían encontrado una locutora menos díscola que ella... En la estantería del comedor, junto a la foto de bodas de sus padres, la imagen de ella y Germán en el *envelat*, la noche de su primer y último baile.

«Eso es lo que me quedará de ti, hasta que tu nombre se me pierda en los pliegues de la memoria», suspiró.

Sintió como las piernas le fallaban.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Un chico con el pelo largo y una guitarra al hombro, la agarró con fuerza para evitar que se cayera.

—Me siento algo mareada —respondió muy flojito—. Será el calor. Este verano que no pasa... —trató de disculparse.

—Quizás debería sentarse un momento —le dijo su salvador—. Yo le guardo el sitio. Aún queda rato porque hay un grupo de alemanes que no se aclaran y el pobre vendedor está desesperado... Cuando le toque, yo la aviso, no se preocupe.

Ella trató de esbozarle una sonrisa a aquel amable joven que podía haber sido su hijo.

«Mi hijo...», y al pensarlo se estremeció.

—O mejor entra en la cafetería y se toma algo —terció una mujer algo mayor que ella, que guardaba cola con sus dos hijos adolescentes—. Yo envío a uno de los chiquillos a buscarla. Tiene muy mala cara. Hágame caso, mujer. Una manzanilla le vendrá bien.

«¿Una manzanilla cura el mal de amores?», estuvo a punto de preguntarle, pero calló.

—Seguro que después se encuentra mejor —insistió la mujer.

«Lo mío no tiene arreglo. Ya no volveré a sentirme mejor nunca más», pensó, pero en vez de decirlo, asintió.

No iba a comprar ese billete. No tenía a quién seguir.

¿Por qué hacer la cola?

Las cafeterías de estación siempre le habían recordado al limbo. Aquel día no fue diferente cuando cruzó la puerta. Miró a su alrededor. Gente en tránsito: unos llegaban, otros se iban.

«Excepto yo», se dijo sentándose en la esquina de la barra y pidiéndole al camarero una manzanilla. Clavó la mirada en un reloj del FC Barcelona que presidía el local y decidió no apartarla de ahí por mucho follón que oyera a su espalda. Se bebería la infusión rápido y, en cuanto se hubiera repuesto un poco, se marcharía para casa.

«Y nunca, nunca más, volveré a pisar esta estación», pensó mientras daba el primer sorbo. Encerraría a Germán en una celda de su corazón, junto a Francisco. «Y con los años, como me ha pasado con él, perderé la llave que abra esos barrotes. Dejarás de dolerme», exigió a un ausente.

Con el segundo sorbo, hundió los hombros.

«Pero eso será con los años. Hoy me dueles. Me dueles muchísimo». Mil agujas de tristeza se le clavaron en el cuerpo. Empezó a faltarle el aire. Tenía que salir de allí.

Se bebió de golpe su infusión, como quien apura la última copa de madrugada. Golpeó la barra con la taza. El camarero la miró con acritud. Notó como todos en aquel bar, en aquella estación, en aquella ciudad, lo hacían así.

Ella solo quería llorar. Llorar por la mujer que era y por la mujer que podía haber sido. Pero no podía.

—¿Va a tomar algo más? Acabo mi turno —explicó señalando con la cabeza el reloj.

Las agujas marcaban implacables el paso del tiempo.

Aurora negó con la cabeza.

Abrió su bolso. En un acto reflejo, metió la mano. Su gesto quedó congelado. No había nada dentro. Ni la agenda, ni las llaves, ni el pintalabios ni, lo más importante y definitivo, el monedero con el dinero.

Con las prisas de salir de casa, se había llevado un bolso que hacía tiempo que no usaba. Carmen le había dado un billete para pagar el taxi de ida... ¡y ni se había dado

cuenta de que ese era todo el dinero que llevaba!

Abrió el bolsillo interior para ver si se le había quedado una moneda olvidada.

«Una manzanilla no puede valer demasiado», pensó avergonzada.

Nada.

Le dio la vuelta al bolso con la vana esperanza de que cayera algo, ante la acusatoria mirada del camarero que, al final del día, había vivido muchas escenas como aquella.

Desesperada, presa de un ataque de nervios, lo agitó.

Pero el vacío al caer no hizo ruido.

—Llamaré al encargado.

—¿Por una manzanilla? —se atrevió a murmurar.

—Llamaré al encargado.

Aurora metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Su último recurso. Salió de ellos una peseta olvidada y roñosa.

—¿Busca algo, señorita?

Aquella voz... aquella voz capaz de parar el tiempo.

—Quizás yo pueda ayudarla —insistió la misma voz.

La mano de su dueño alargó un billete por encima del mostrador.

Ella no quiso girarse. Si lo hacía, podría llevarse una desilusión al comprobar que no conocía a aquel hombre.

El camarero, amargado, recogió el dinero. Ya no podría meterse con aquella clienta que le había hecho perder tiempo. Por su culpa, no había visto los primeros minutos del partido que daban por la tele, pero ya no podía regañarla. La mirada extraña y penetrante del hombre que le había dado el billete le dio a entender que no sería buena idea.

—Disfruta del momento —susurró a su oído.

El corazón de Aurora supo, una milésima de segundo antes que su cabeza, que Germán había dejado escapar aquel tren.

Sus ojos arrasados por las lágrimas le confirmaron el presentimiento.

Solo entonces ella pudo también llorar.

Él se acercó y le besó los párpados.

—No seas tonta, mujer, que tu caballero andante ya está aquí. Y juro defenderte de todos los vendedores y camareros malvados de esta ciudad, hoy, mañana y siempre...

Germán selló su promesa con un beso, el primero de los muchos que tenía guardados para aquella mujer que había vuelto su mundo del revés solo con su voz.

Agradecimientos

A todos aquellos que crecieron cerca de una radio, descubriendo el mundo gracias a las ventanas que sus profesionales les abrían.

A Francesc Miralles, que soñó esta historia antes de que fuera escrita porque sin él las ondas de esta novela no se escucharían.

A Esther Sanz, mi primera editora y quien al pasar los años vuelve a creer en mí. Pero sobretodo a Esther, mi amiga desde que el universo nos hizo chocar en una oficina en aquella otra vida, la de periodista.

A Sandra Bruna, mi superagente, por su apoyo personal, su esfuerzo profesional y las hamburguesas con risas compartidas.

A los míos, estén donde estén. En la tierra, en el cielo o... al otro lado del Charco.